

Quehacer editorial

1

El libro en busca de lectores



Jorge Aller • Juan Domingo Argüelles • Antonio María
Ávila Álvarez • Juan Alfonso Castillo Burgos • Lourdes
Cervantes Cota • Francisco Goñi • Laura Lecuona • Miguel
de la Madrid Hurtado • Mónica Mansour • Miriam
Martínez Garza • Alida Piñón • Alexandro Roque • Miguel
Ángel Tenorio • María Eugenia de la Vega García • Lauro
Zavala • Alejandro Zenker

www.solareditores.com

Quehacer
Editorial 1

Director general

Alejandro Zenker

zenker@solareditores.com

Coordinadora editorial

Ivonne Gutiérrez

ivonne@solareditores.com

Redacción

Elizabeth González

ego@solareditores.com

Desarrollo creativo

Beatriz Hernández

bety@solareditores.com

Fotografía

Alejandro Zenker

Formación

Víctor Daniel Abarca

victor@solareditores.com

Reporteros

Francisco Goñi

francisco@solareditores.com

Alida Piñón

alida@solareditores.com

Director de comercialización

Miguel Ángel Sánchez

mas@solareditores.com

Ventas de publicidad y suscripciones

Mary Carmen González

maryc@solareditores.com

Todas las fotografías incluidas en este número son de Alejandro Zenker, excepto las de Consuelo Sáizar y Jorge Herralde.

Las citas de la revista están tomadas de Febvre, Lucien y Henri-Jean Martin, *La aparición del libro*, 2a. ed., México, Ediciones del Castor-Universidad de Guadalajara-CIEFEL-Libraria, 2000, y corresponden, por orden de aparición, a las páginas 308, 187, 149, 302, 321, 217, 324.

Quehacer editorial es una revista trimestral editada y publicada por Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V., Calle 2 número 21, San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F. Teléfono y fax 5515-1657 con 12 líneas. Este número se terminó de imprimir en noviembre de 2002

Quehacer editorial es una publicación abierta, de análisis y debate, por lo que las opiniones expresadas en sus páginas no reflejan forzosamente las opiniones de sus editores sino de los autores, los cuales son los únicos responsables de sus artículos. No respondemos por originales no solicitados, pero invitamos a todos los involucrados en el proceso de producción y en el ciclo del libro a enviarnos sus colaboraciones y opiniones a la dirección qe@solareditores.com. La versión electrónica de la revista la encuentran en nuestra página www.solareditores.com.

- 5 Presentación, **ALEJANDRO ZENKER**
- 9 La enseñanza universitaria como promoción
de la lectura especializada, **LAURO ZAVALA**
- 21 La lectura como hábito, **JORGE ALLER**
- 35 El FCE ha desempeñado un papel de liderazgo
en el fomento a la lectura:
CONSUELO SÁIZAR GUERRERO
- 43 Lo fundamental es apostar por la calidad
literaria y por la pertinencia cultural:
JORGE HERRALDE
- 51 Ahora soy más cínico frente a la escritura
y no me interesa escribir mal: **GUSTAVO SAINZ**
- 61 Editores en busca de lectores,
MÓNICA MANSOUR
- 65 El espacio del libro en la posmodernidad,
MIRIAM MARTÍNEZ GARZA
- 73 Los editores frente al fomento de la lectura,
LAURA LECUONA
- 83 ¿Quién abrirá los libros?,
ALFONSO CASTILLO BURGOS
- 97 El que lee no se aburre ni se aburra, y si la zurra,
la compone, **MIGUEL ÁNGEL TENORIO**
- 106 La lectura como valor escolarizado,
JUAN DOMINGO ARGÜELLES
- 122 Desde el Estado y a pesar del Estado,
ALEXANDRO ROQUE

- 129** Lenguaje y comunicación: editor-texto-alumno,
MARÍA EUGENIA DE LA VEGA GARCÍA
- 136** El fomento de la lectura: el caso español,
ANTONIO MARÍA ÁVILA
- 143** El hábito de la lectura en México,
MIGUEL DE LA MADRID H.
- 147** Comercialización editorial,
LOURDES CERVANTES COTA
- 151** Colaboradores

Presentación

De tiempo atrás se viene hablando de la necesidad de desarrollar políticas y actividades encaminadas a promocionar el libro y aumentar el número de lectores en México, y con tal fin se están promoviendo diversas campañas de lectura por parte de algunas instituciones y editoriales. Paradójicamente, las estadísticas nos revelan que en los últimos años han disminuido la producción editorial, la venta de libros e incluso el número de editores. Por su parte, la nueva reforma fiscal contiene disposiciones que han suscitado gran polémica y dividido tanto a los legisladores como a los afectados, y que podrían encarecer el precio del libro y agudizar la crisis si no se toman drásticas medidas de apoyo a la producción editorial y al fomento de la lectura.

Por otro lado, en nuestro país no existe propiamente la carrera de editor, por lo que el oficio se va aprendiendo en la práctica, mediante la transferencia de conocimientos de los veteranos a los novatos. Con la incorporación de las nuevas tecnologías a la industria editorial, ese sistema, que funcionó medianamente bien a lo largo de muchos años, ya no es viable.

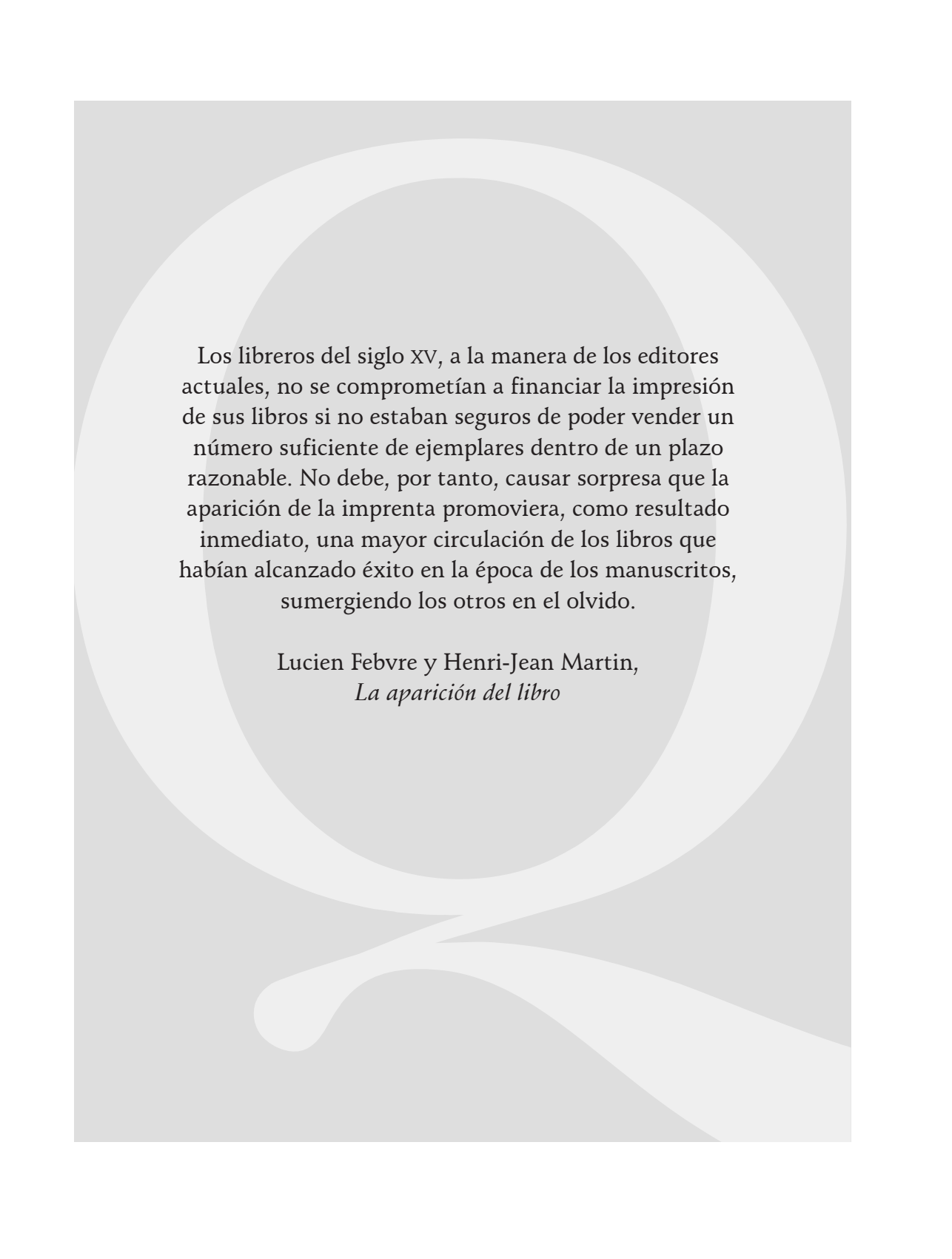
¿Cómo afrontar una crisis editorial de tal envergadura? Pensamos que la primera medida, y la más urgente, es crear espacios amplios donde debatir públicamente un asunto con tantas ramificaciones, tan polémico y que tanto afecta a nuestra cultura. Preocupada por contribuir a esclarecer la situación, Solar inauguró en la pasada Feria Internacional del Libro de Guadalajara el Pabellón Tecnológico,

Antecedentes

y publicó en la colección “Yo medito, tú me editas”, de Minimalia digital, un volumen acerca de las nuevas tecnologías y los editores; además, organizó el Primer Coloquio sobre el Libro y las Nuevas Tecnologías, en el que participaron unos cincuenta editores y escritores. Libro, Pabellón y Coloquio han servido, sobre todo, para demostrarnos la buena acogida que tienen los espacios de esta índole y convencernos de la urgente necesidad que los editores tenemos de esta especie de ágoras para analizar nuestro problemático quehacer e informarnos sobre las últimas tecnologías, los peligros que acosan a la industria del libro y las nuevas oportunidades que se nos presentan, donde libreros y bibliotecarios aporten sus opiniones, donde se manifiesten los lectores, y donde, entre todos, podamos trazarnos metas a corto, mediano y largo plazos.

Nueva Revista

Orientados en esta dirección, creamos la revista *Quehacer Editorial* (QE), un espacio que presentará de manera especializada la información, el análisis y el debate a disposición de aquellos que participan en el ciclo del libro, desde el autor hasta el lector. Es, pues, una revista dirigida fundamentalmente a los editores, que son los que tienen a su cargo el ejercicio de la edición, ya sea en las empresas editoriales o en instituciones académicas y entidades públicas y privadas. Pero también abordará temas de sumo interés para quienes, de una u otra forma, están relacionados con el libro en cualquiera de sus expresiones. Paralelamente, trabajaremos en la creación de espacios de capacitación profesional, ya que la profesionalización del medio es condición *sine qua non* para aproximarnos a lo que tanto anhelamos: que México sea un país de lectores.



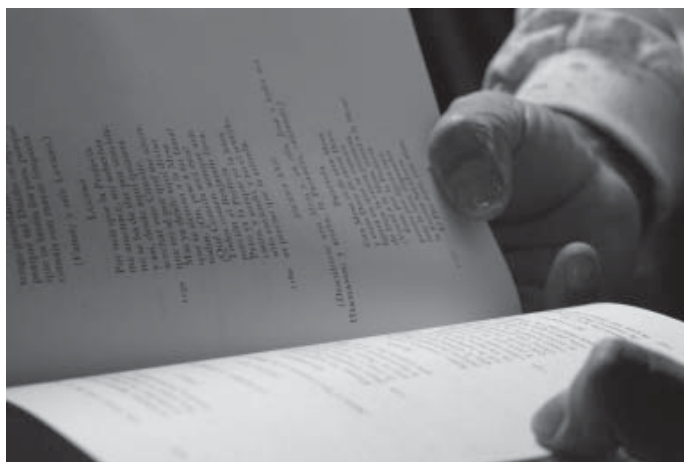
Los libreros del siglo XV, a la manera de los editores actuales, no se comprometían a financiar la impresión de sus libros si no estaban seguros de poder vender un número suficiente de ejemplares dentro de un plazo razonable. No debe, por tanto, causar sorpresa que la aparición de la imprenta promoviera, como resultado inmediato, una mayor circulación de los libros que habían alcanzado éxito en la época de los manuscritos, sumergiendo los otros en el olvido.

Lucien Febvre y Henri-Jean Martin,
La aparición del libro

La enseñanza universitaria como promoción de la lectura especializada

La enseñanza universitaria cumple la función de promover la lectura de materiales especializados precisamente entre aquellos lectores que serán quienes, a mediano y largo plazo, nutrirán de manera sistemática la tradición de la escritura igualmente especializada.

El profesor universitario desempeña así un papel de mediación entre el autor y el lector de materiales especializados, pero a menudo se olvida que es también un promotor de la lectura que se encuentra entre el distribuidor y el vendedor de materiales universitarios. Todo esto es otra forma de decir que el profesor universitario se halla entre el editor y el librero, aunque todos estos profesionales de la industria editorial parecen olvidar la labor estratégica que



cumple aquél, dejándolo aislado y sin apoyo en el complejo proceso de investigación y de formación de investigadores.

El profesor universitario como lector

Un profesor no sólo indica qué conviene leer (para aproximarse a un tema, profundizar en él o abrir nuevas líneas de investigación), sino que además conoce y pone en práctica las mejores estrategias de lectura, precisamente aquellas que pueden generar una nueva interpretación a partir del contexto de cada lector, de sus conocimientos, apetencias y expectativas.

En las instituciones de educación superior que hay en México (como la UNAM, es decir, la Nacional, y en las universidades privadas) la docencia y la investigación son actividades separadas institucional y laboralmente. Es decir que, mientras la *docencia* se realiza exclusivamente en las escuelas y facultades, la *investigación* se realiza, también exclusivamente, en los centros e institutos universitarios. Sólo algunas universidades (como la UAM, es decir, la Metropolitana) han adoptado institucionalmente la tradición europea, según la cual un mismo individuo es contratado como profesor y como investigador.

En este último modelo de enseñanza-investigación (que nació en la Edad Media con el concepto mismo de *universidad*, y que apenas fue anunciado como un proyecto deseable para la Universidad Nacional en su Congreso de 1989), el profesor tiene una intensa experiencia personal de escritura y, por tanto, ha adquirido estrategias de lectura que pone al servicio de la construcción de nuevos conocimientos.

Por ello, el profesor universitario es un lector que a su vez propicia las condiciones para que cada lector próximo a su trabajo, es decir, cada uno de sus alumnos, sea capaz de descubrir la vocación de sus lecturas como paso previo a la elaboración de sus propios trabajos de investigación.

El profesor universitario es un lector permanente. Alguien que cotidianamente lee al menos un diario, incorporando esta lectura a su trabajo de docencia y relacionando en lo posible su materia con la actualidad inmediata.

El profesor universitario es un lector permanente, que visita las librerías, tiene una biblioteca personal, y que ha adquirido la disciplina de utilizar el lenguaje de la manera más precisa.

El profesor universitario es un lector que visita las librerías universitarias (y las librerías especializadas en Internet) al menos una vez por semana, y está actualizado en su disciplina y en terrenos afines a ésta.

El profesor universitario tiene una biblioteca personal que le permite convivir en relación íntima con los libros más próximos a sus intereses profesionales.

El profesor universitario es un lector natural del diccionario de la lengua y de los diccionarios y enciclopedias de su especialidad, con lo cual ha adquirido la disciplina de utilizar el lenguaje de la manera más precisa y económica posible.

El profesor universitario es un lector disciplinado que por convicción personal y por razones profesionales trata de leer todo aquello que atrae su atención, independientemente de su área de conocimiento, su nivel de ingresos y su situación personal.

El profesor universitario es, en fin, un autor de libros, por lo menos en potencia, pues la práctica constante de la lectura lleva al deseo de escribir, y la práctica constante de la docencia lleva al deseo de explicar el mundo de manera sistemática.

Un lector con estas características, que suele ser también un autor de textos estratégicos en su área, merece que su función en la cadena editorial sea reconocida y apoyada por editores, libreros, vendedores, distribuidores y bibliotecarios.

En México la masa crítica de estudiantes universitarios todavía es muy pequeña en comparación con la que hay en otros países. Quienes han estudiado o enseñado en universidades de Europa, Asia o Estados Unidos saben que en esos países quien profesa la enseñanza universitaria dispone de varias opciones de apoyo bibliográfico para su trabajo de promoción de la lectura especializada. A continuación señalo algunas condiciones que existen en otras latitudes.

Comparaciones ilustrativas

- a) Bibliotecas óptimas. Una biblioteca funcional es aquella que, además de tener un acervo completo y actua-

Las grandes cadenas internacionales de librerías no han llegado todavía a nuestro país, y eso lo resienten los lectores de materiales especializados.

- lizado, ofrece un servicio de préstamo por medios electrónicos y está abierta las 24 horas todos los días del año. Las instalaciones son espaciosas, y el diseño funcional y la buena iluminación favorecen el trabajo de investigación. Ante semejante oferta, cualquier lector está tentado a dedicarse a leer a sus anchas todo lo que le atrae. Los estudiantes tienen acceso al sistema de fotocopiado en las máquinas de autoservicio que están disponibles en cada pasillo, sin tener que esperar su turno, mediante tarjetas magnéticas con crédito para utilizar estas máquinas. Y los demás servicios (como cafetería, catálogos y espacios que muestran las nuevas adquisiciones) están integrados en un concepto de funcionalidad tal que produce la sensación de pertenecer a una comunidad de lectores.
- b) Librerías universitarias. Las grandes cadenas internacionales de librerías no han llegado todavía a nuestro país, y eso lo resienten los lectores de materiales especializados, pues aquéllas ofrecen títulos recientes en todas las áreas imaginables, y cuentan con una sección especial dedicada a lo publicado por las editoriales universitarias del país y del extranjero. Por supuesto, estas librerías se convierten en centros naturales de reunión y confluencia de estudiantes e investigadores, y la sección de libros para niños es más atractiva que algunos espacios de juego.
 - c) Catálogos de libros. La publicación anual de *Books in Print*, cuya edición (ahora asequible en CD-ROM) está organizada por temas, autores y títulos, carece, al parecer, de equivalente en lengua española. La revisión de estos materiales puede resultar muy gratificante para el lector especializado.
 - d) Librerías académicas en Internet. Como todo usuario de la red electrónica sabe muy bien, a través de Internet ya es posible tener acceso directo y rápido a materiales bibliográficos de carácter universitario. Algunos sitios ofrecen una selección de textos académicos de frontera, como es el caso de Frontlist.com para las

humanidades (estudios sobre ciencia, cine, literatura, teoría, etc.). Algunos otros, como Faculty Online, ofrecen los libros de texto universitarios disponibles en el mercado, aunque todos ellos sólo cubren, hasta ahora, la producción en lengua inglesa.

Estos recursos técnicos que facilitan el acceso a la información bibliográfica actualizada podrían alterar radicalmente la profesión de investigador universitario tal como se concibe en nuestros países. Su simple enumeración los hace parecer algo sencillo: estamos hablando de la creación de bibliotecas que den servicio las 24 horas, de librerías competitivas en el ámbito internacional, de catálogos temáticos de carácter exhaustivo y de redes de distribución de los libros universitarios de los distintos estados y del extranjero. Sin embargo, nada de eso existe en México, en parte porque la investigación siempre ha sido menospreciada por el gobierno y los partidos políticos. Y tal vez el único modo de cambiar esta situación sea mediante la iniciativa de los editores en su conjunto.

Cualquier observador atento al estado actual de la investigación universitaria sabe muy bien que la teoría literaria sigue ocupando uno de los lugares estratégicos en las transformaciones de las humanidades y las ciencias sociales, si bien el concepto mismo de disciplina está siendo reformulado a partir de los distintos objetos de estudio.

Ahora bien, debido a que la lectura es la actividad natural en la investigación literaria, y como una forma de aprender de lo que está ocurriendo en otros espacios, a continuación comentaré algunos de los trabajos que se publican en otros sistemas universitarios, y que son muy útiles para apoyar la docencia e investigación.

- a) Libros colectivos sobre la enseñanza universitaria. Por ejemplo, la Asociación de Lenguas Modernas (MLA) —a la que pertenecen más de 30 000 profesores de

Un caso paradigmático: la investigación literaria





Cada libro universitario
que se publica en
Estados Unidos tiene un
tiraje inicial en pasta
dura de varios miles de
ejemplares, cuya compra
está garantizada por las
bibliotecas universitarias.

lengua y literatura de más de 2 000 universidades de Estados Unidos y de Canadá— tiene manuales elaborados colectivamente acerca de las experiencias de la enseñanza de obras literarias que forman parte del canon, como *Cien años de soledad* o *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Cada uno de estos volúmenes contiene artículos sobre distintas estrategias para la enseñanza de la obra, y una bibliografía comentada de las ediciones y de los principales estudios de la obra en cuestión. Dichos volúmenes sirven para orientar la lectura inicial de los expertos que están formando su criterio de docencia. Sería muy útil contar con volúmenes similares en nuestra lengua acerca de las experiencias de docencia universitaria de textos como *La muerte de Artemio Cruz*, *El llano en llamas* o *Noticias del imperio*.

b) Libros colectivos sobre la investigación. Por ejemplo, *A Beowulf Handbook* (ed. R. Bjork & J. Niles, U. Nebraska Press, 1997) contiene 18 capítulos correspondientes a cada una de las áreas de investigación de esta obra narrativa del inglés antiguo, y en cada uno de ellos se ofrece una cronología de los libros y artículos que han marcado la historia de la investigación de cada aspecto de la obra (como la prosodia, el contexto social o la estructura). Y al igual que las anteriores, estas bibliografías sirven de orientación para la lectura inicial de los expertos que están formando su criterio de investigación. Sería muy útil disponer de volúmenes similares sobre la evolución de las líneas de investigación que existen respecto de textos como *Popol Vuh*, *La suave patria* o *El laberinto de la soledad*.

c) Libros de texto universitarios. Por supuesto que este género sí existe en nuestro país, pero está muy lejos de tener las características que ha alcanzado en otros sistemas universitarios. Por ejemplo, cada libro universitario que se publica en Estados Unidos (sea o no libro de texto) tiene un tiraje inicial en pasta dura de varios miles de ejemplares, cuya compra está garanti-

zada por las bibliotecas universitarias. Un par de años después, el mismo libro se publica en rústica para profesores y estudiantes, en tirajes mucho más grandes. Esto garantiza la difusión y la recuperación de los costos de cualquier material especializado, y convierte la publicación de los libros de texto universitarios en una de las industrias más estables del panorama editorial nacional.

Es necesario señalar aquí que una diferencia esencial entre los sistemas universitarios del extranjero y el nuestro consiste en que las editoriales universitarias de los primeros envían a los profesores un ejemplar, sin costo, de los títulos recientes para que decidan si les interesa utilizarlos en sus cursos y prescribirlos como libros obligatorios entre sus estudiantes. Este sistema, junto con el nivel adquisitivo de los estudiantes y las redes de librerías universitarias, hace pensar en lo deseable que es escribir un libro de texto en tales condiciones, pues el éxito de ventas le garantiza al autor ingresos suficientes para financiar su trabajo de investigación.

¿Qué estrategias podrían adoptarse en México para apoyar el trabajo de promoción especializada que desarrollan el profesor, el investigador y otros lectores profesionales (como el periodista y el escritor)?

En primer lugar, las editoriales que publican materiales especializados podrían invitar sistemáticamente a los expertos en las distintas materias a elaborar *reseñas bibliográficas* a cambio de un ejemplar de los títulos reseñados. Muchos expertos estarían dispuestos a poner en juego su conocimiento sobre materias especializadas para escribir un ensayo extenso en forma de reseña (o una reseña en forma de ensayo).

Otra estrategia de apoyo, muy similar a la anterior, es la invitación de las editoriales a estos mismos expertos a participar en las *presentaciones de libros*, a cambio igualmente de un ejemplar de los títulos a presentar. La mayoría de los

**Apoyo al
trabajo
universitario
de promoción**

Las mesas de discusión que se organizan en los medios masivos tienen siempre como invitados a periodistas y escritores, mientras que la participación de los expertos es una rareza.

profesores e investigadores está interesada en participar en esta clase de actividades, pues la presentación de un título nuevo perteneciente a su disciplina es una oportunidad para organizar por escrito las ideas propias sobre tal o cual materia.

La escritura de reseñas de libros especializados es una de las bellas artes, y su práctica podría fomentarse con la creación de espacios para la publicación de esta clase de materiales. Actualmente hay muy pocas publicaciones en nuestro país dedicadas exclusivamente a reseñas de libros recientes (*Hoja por Hoja*) o entrevistas a los autores de algunas novedades bibliográficas (*Op. cit.*). Por supuesto, estas revistas y suplementos de libros son insuficientes para cubrir todo el terreno de las publicaciones mensuales que se producen en el país, y no hay una publicación exclusiva dedicada a presentar y comentar la producción editorial de los centros de investigación y, en general, de las universidades públicas y privadas.

Estas estrategias se utilizan en grado mínimo, en parte debido a que en los países de tradición latina todavía se considera que son los escritores (no los investigadores) los que pueden hablar con autoridad sobre cualquier asunto de interés colectivo. En otras palabras, apenas se empieza a invitar a los *expertos* a opinar sobre los temas de su competencia. Y dejando a un lado los congresos académicos, las mesas de discusión que se organizan en los medios masivos (especialmente la televisión, la radio y la prensa escrita) tienen siempre como invitados a periodistas y escritores, mientras que la participación de los expertos es una rareza, a pesar de ser los que producen los materiales en los que se apoyan aquéllos.

En resumen, se podría invitar a los expertos universitarios de todas las disciplinas a presentar las novedades bibliográficas, a escribir reseñas, a ser entrevistados y a participar en las mesas de discusión que organizan los medios masivos de información, especialmente la televisión, la radio y la prensa escrita. De esta forma se difundiría un poco más el conocimiento especializado de los expertos y

se apoyaría la labor de promoción de la lectura que todo investigador realiza de manera natural, como parte sustancial de su trabajo cotidiano en el salón de clases y en los centros de investigación.

El reconocimiento de la función esencial que cumple el investigador en el circuito natural de producción de conocimientos como promotor de la lectura especializada no debe ser soslayado al diseñar las políticas de promoción de la lectura.

Por último, podríamos preguntarnos: ¿cuáles son las condiciones sociales y personales que favorecen que un individuo se convierta, a la larga, en lector profesional, y que dedique su trabajo a formar a las siguientes generaciones de docentes e investigadores universitarios? Averiguar la respuesta estimularía la formación de estos perfiles profesionales.

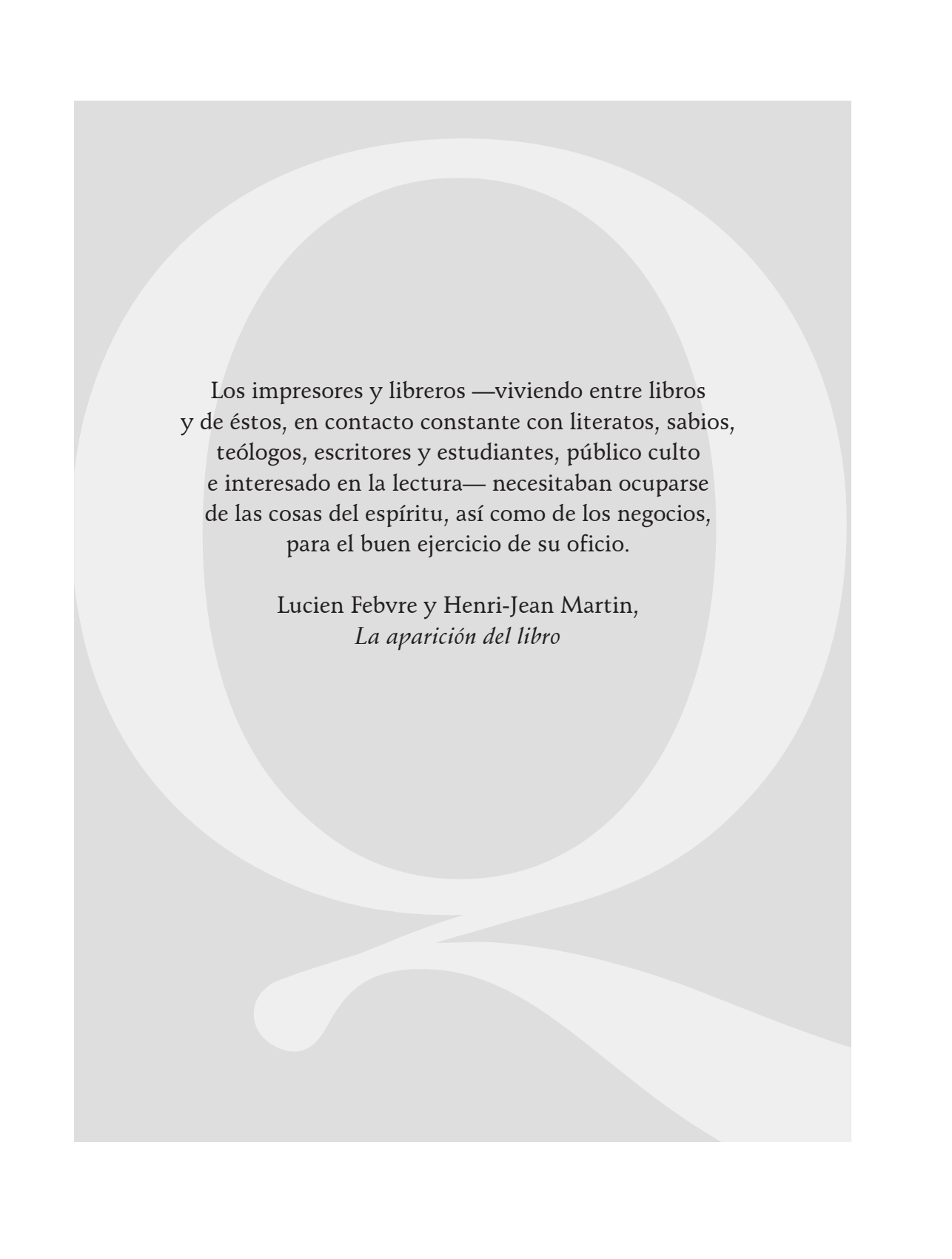
Un primer paso para conocer estas condiciones sería entrevistar a los docentes e investigadores sobre el tema, o solicitar a cada uno la redacción de un relato donde se conociera de primera mano la experiencia personal que les llevó a este proceso individual. En nuestro país son todavía muy pocos los testimonios de esta clase. Sin embargo,

Promoción de los promotores



ya existen diversas entrevistas periodísticas a los Premios Nacionales en Ciencias y Artes, recuentos de investigadoras universitarias distinguidas, y la redacción de algunas memorias y autobiografías de profesores universitarios destacados.

Estos testimonios nos llevan a la conclusión de que el azar, la persistencia personal y el talento —en ese orden— parecen ser los elementos determinantes para que alguien descubra su vocación hacia el trabajo de investigación, y para que se dedique institucionalmente a esa actividad de manera profesional. Sin duda, las condiciones señaladas en estas notas contribuirían al reconocimiento de la lectura y la producción de materiales especializados como actividades centrales en el trabajo de todo profesor e investigador universitario, y del lugar estratégico que ocupan en los procesos de promoción de la lectura.



Los impresores y libreros —viviendo entre libros
y de éstos, en contacto constante con literatos, sabios,
teólogos, escritores y estudiantes, público culto
e interesado en la lectura— necesitaban ocuparse
de las cosas del espíritu, así como de los negocios,
para el buen ejercicio de su oficio.

Lucien Febvre y Henri-Jean Martin,
La aparición del libro

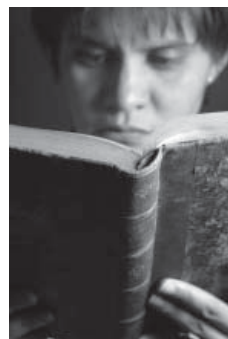
La lectura como hábito

El libro es el mensajero de un más allá
cuyo rostro no acabamos de percibir.

ÁLVARO MUTIS

Partimos del supuesto de que *los hábitos pueden adquirirse*, pueden reformarse y pueden perderse (desaparecer). No son algo definitivo e intransferible; son móviles, se desplazan. Son algo vivo que aumenta y crece; y cuanto más se los alimenta y se repiten más se desarrollan. Y también se contagian, se transmiten; y se puede influir en ellos. La práctica de un hábito genera nuevos adeptos. En grupo o individualmente, los hábitos, como las modas, se fomentan, se adoptan, se imponen, se transmutan. En una época son muy activos, y en otra quedan en estado latente. Y siempre pueden resurgir. Hay hábitos muy persistentes, robustos, bien plantados; y hay hábitos más débiles, menos decididos, como dudosos. Son caprichosos los hábitos. Encierran una aureola de misterio, pero también imponen rotundamente su tiranía. Uno se la pasa fumando durante muchos años de su vida, y de pronto, un buen día dice: “¡Se acabó!” O viceversa, alguien que nunca había fumado de pronto empieza a fumar. Y todavía, en otro momento de la vida, el que había dejado de fumar vuelve a hacerlo. Los hábitos siempre están ahí, al alcance de la mano. Es importante recordarlo. Van y vienen. Pasan de largo por delante de nosotros, o se quedan a nuestro lado. Quizá hasta el propio

**El hábito sí
hace al monje**





*El hábito tiene que ver
con el uso, con la práctica,
con la experiencia, con la
rutina; con la facilidad y
la destreza; con las
manías y con los
caprichos.*

hecho de vivir sea una cuestión de hábito. Por supuesto, hay hábitos que están muy bien vistos, y otros no tanto. Y hay épocas para los hábitos. El mismo hábito de fumar, que durante largo tiempo se consideró como una manifestación de estatus, llegando a adoptarse el cigarrillo casi como un complemento del

atuendo semejante al bastón y el sombrero, de pronto está mal visto y hay que ocultarlo, practicarlo casi en privado, a hurtadillas. Otras veces, de tanto insistir —pensemos en nuestros hijos, en los alumnos— en inculcarles determinado hábito lo único que conseguimos despertar en ellos es una negativa, un íntimo rechazo. ¿Qué otra cosa es la educación sino el intento de infundir en alguien hábitos que juzgamos como los mejores, el empeño por convencer a alguien de que adquiriera determinados hábitos?

En cuanto a su *funcionamiento*, la manera de conducirse o comportarse, la actividad que desarrollan, podríamos decir que el hábito es una mezcla aleatoria de ingredientes cuyo desempeño es analizable, sobre todo, *a posteriori*, una vez que está implantado en nosotros o en alguien. Los hábitos son entes complejos que se descomponen en elementos de índole diversa. Tienen que ver con el azar, a la vez que con la planificación y los proyectos. Se podría establecer —se me ocurre— una triple clasificación de los hábitos: tal vez unos sean instintivos, automáticos, primarios; quizá otros sean adquiridos, conscientes o semiconscientes, secundarios, y tal vez otros sean mixtos. Los hábitos tienen mucho que ver con el automatismo, aunque también se reflexiona sobre ellos, se flexibilizan, se acomodan a uno y a las circunstancias. Pensemos en la variedad de hábitos que rodean el rito de la comida, por ejemplo, y cómo fueron variando con el tiempo y la historia. Posiblemente la vida

del ser humano, nuestra vida, no sea sino un entreverado de hábitos y costumbres. Pues el hábito tiene que ver con el uso, con la práctica, con la experiencia, con la rutina; con la facilidad y la destreza; con las manías y con los caprichos. En fin, con nuestro empeño del ensayo y el error, del intento fallido, con la acumulación de experiencias, negativas y positivas. Somos imitadores, y aprendemos por repeticiones y aproximaciones. Después de probarlo en sucesivas ocasiones, el hábito se convierte en algo conocido a lo que nos asimos, algo que nos da estabilidad, consistencia, confianza. Una vez establecido en nuestra vida se vuelve familiar, se hace parte de nuestra carne, se queda con nosotros. Y así lo recibimos y aceptamos. Quizá los principales parámetros que establecemos en las distintas épocas de nuestra vida, y que si desaparecieran de pronto nos tambalearíamos, no sean sino hábitos, rutinas que funcionan como los andamios de una casa. Unas veces nos controlan, y otras nosotros los controlamos. Se produce pues entre los hábitos y nosotros una interacción nada clara, un confuso juego de conveniencias, un toma y daca, una especie de pacto.

Quizá los principales parámetros que establecemos en las distintas épocas de nuestra vida, y que si desaparecieran de pronto nos tambalearíamos, no sean sino hábitos.

¿Y cuál es el *mecanismo del hábito*, su engranaje, la maquinaria? Pienso que es la repetición. Es mediante las sucesivas reiteraciones de un acto como se adquiere, se implanta, se impone y se activa el hábito. Pero estas repeticiones nunca son iguales, no son coincidentes. Como tampoco nosotros somos los mismos una y otra vez, en uno y otro acto, antes y después. Ahora bien, el hábito necesita en un primer momento del aprendizaje. Se aprende por sucesivos intentos y acercamientos, hasta que se domina algo. Y una vez que se domina ya se puede repetir. Es el aprendizaje el que nos permite practicar lo aprendido, el que por tanto nos conduce al hábito. Y en esta primera etapa se comprueba si nos conviene o no nos conviene, si concuerda con nuestra persona, si se amolda a nuestra manera de ser, si va con nuestro comportamiento, si se instaura esa especie de entendimiento recíproco. Aprendizaje y repetición pueden considerarse entonces como dos tiempos, dos momen-

*Habituarnos es crear
una relación de
proximidad entre
nosotros y un objeto
(o una acción) mediante
sucesivos acercamientos,
hasta que se establece
esa familiaridad que
nos lleva a frecuentarlo.*

tos del mecanismo de ese ente que denominamos e identificamos como “hábito” y que se completaría con un tercer tiempo, que no es sino otro aprendizaje derivado precisamente de la práctica que nos impone el propio hábito. De esta forma se cierra el círculo: aprendizaje inicial + repetición + aprendizaje posterior = hábito. Se produce pues aquí una doble retroalimentación, un aprendizaje en cadena: el aprendizaje posterior refuerza el hábito, y la práctica del hábito hace crecer nuestro aprendizaje posterior. En conclusión, se podría afirmar que el hábito es la manifestación de una inclinación, el fruto de una tendencia —o una autoimposición—, y en último término, una habilidad adquirida por el ejercicio. Pensemos en el caso de la lectura. Primero se aprende a leer (se conocen las letras, las palabras, los signos, los sonidos) y se practica hasta que se alcanza o conquista la lectura comprensiva; es decir, se desarrolla esa capacidad de absorción característica del ser humano y que nos resulta tan misteriosa. Luego viene la implantación del hábito de leer; es entonces cuando se profundiza en la lectura, cuando se van conociendo las aportaciones o ventajas de esta actividad, lo que nos ofrecen los libros en cuanto a conocimientos, satisfacciones, crecimiento personal; todo lo que nos sugieren, infunden, revelan; y es entonces cuando empezamos a descubrir cuánto contribuyen los libros a desarrollar nuestra mente, nuestro cerebro, nuestra persona; cuánto nos ayudan a vivir, a sobrellevar la vida en los momentos difíciles, a abrirnos horizontes. Finalmente, nos invade el convencimiento de la bondad de la lectura y firmamos el pacto, explícito o tácito, con el hábito de leer.

Llegamos así al *motor que dirige y maneja el hábito*, esas repeticiones en serie, ese ejercicio constante. Habituarnos, acostumbrarnos es crear una relación de proximidad entre nosotros y un objeto (o una acción) mediante sucesivos acercamientos o contactos, hasta que se establece esa familiaridad que nos lleva a frecuentarlo, a repetirlo, a practicarlo ya de una manera menos arbitraria, un poco sistematizada, por decirlo de alguna manera. Y entonces lo asimilamos, le hacemos un lugar en nuestra vida, en nuestro tiempo, en

nuestras vivencias y emociones. Una vez que ese objeto nos es familiar, se genera en nuestro interior una corriente de energía que va y viene de él a nosotros y viceversa, energía que tal vez no sepamos muy bien de dónde procede, dónde reside, si en el objeto, si en nosotros mismos, si en ambos a la vez... El hecho es que esa familiaridad con el objeto nos agrada, nos complace, nos aquieta. Y entonces se crea ese lazo que hace surgir, aparecer el hábito, que sería la relación de continuidad que se establece entre el objeto y nosotros. Evidentemente, el hábito se adquiere y se repite porque proporciona una satisfacción, porque satisface o compensa algo, una necesidad, alguna carencia, un gusto. Por eso los hábitos se identifican, están en relación directa con el placer, con el deleite, con la tranquilidad. Así el objeto del hábito nos enajena, nos crea dependencia, nos impone y exige sometimiento, lo cual concedemos a cambio de lo que nos proporciona, de lo que obtenemos de él. Y por eso, también, los hábitos están tan estrechamente relacionados con las adicciones, ligados a ellas. Un hábito se convierte muy fácilmente en adicción. Hay hábitos tan arraigados que son auténticas adicciones. El adicto es el incondicional, el simpatizante, el propenso, el aficionado, el enajenado. Por eso repite, y al repetir se hace adicto, se ratifica en su adicción y la refuerza. La adicción es una afición desmedida; la dependencia —física, psíquica, moral— que emana del consumo habitual, asiduo de algo.

¿Cómo se aplica todo esto a la lectura y los libros? ¿Qué es la lectura para nosotros? Para unos la lectura es una verdadera adicción, como una droga sin la que no pueden pasar sin caer en el síndrome. Para otros es un hábito, una costumbre más o menos frecuente y satisfactoria. Para algunos es una tarea, un ejercicio impuesto, una obligación a la que se someten más o menos dócilmente. Para muchos un libro es algo intocable, numinoso, algo divino y lejano al mismo tiempo. Para otros es la indiferencia total, la despreocupación absoluta, la vida paralela que pasa a su lado sin que se encuentren nunca. Así de variadas y distintas son las actitudes, los hábitos y no hábitos, que los seres

El adicto es el incondicional, el simpatizante, el propenso, el aficionado, el enajenado.

Para unos la lectura es una verdadera adicción, como una droga sin la que no pueden pasar sin caer en el síndrome.

El libro es un objeto tan múltiple que puede adaptarse al gusto y las circunstancias de cualquier humano. Hay tantas lecturas de un libro, es tal la variedad de mensajes y recepciones, como lectores que lo leen.

humanos adoptamos respecto de la lectura y los libros. Y, por supuesto, para los adictos devorar un libro es un banquete, un auténtico deleite. ¿Cómo conseguir que la lectura sea placentera, y por consiguiente necesaria, de modo que se transforme en hábito? ¿Cómo desarrollar ese primer aprendizaje de la lectura, aprender a leer inteligentemente, de modo que uno entienda, comprenda, saboree y deguste lo que lee? ¿Cómo establecer esa relación de familiaridad entre un mortal y un libro? ¿Cómo despertar el entusiasmo, la amistad, el amor, el gusto por los libros? ¿Cómo hacernos adictos a la lectura? Pienso que cuando el hábito de leer no surge por sí mismo, como algo personal, instintivo, azaroso tal vez, entonces se busca de manera consciente, reflexiva, poniendo empeño, fomentándolo. Es nuestro convencimiento personal lo primero que transmitimos, el que llega a contagiar a otros. Y también el ejemplo. Fijémonos primero en el objeto de este hábito, es decir, el libro. Un objeto tan múltiple que puede adaptarse al gusto y las circunstancias de cualquier humano. Hay tantas lecturas de un libro, es tal la variedad de mensajes y recepciones, como lectores que lo leen. Y todavía más, porque uno puede volver a él, releerlo una y otra vez, y el libro sigue sin perder esa multiplicidad incontable. El libro multiplica el significado y la combinación de las palabras hasta un límite incalculable. Pensemos luego en la variedad de libros, en el número de lectores, en la diversidad de eventualidades. Y así iremos multiplicando hasta perdernos. Queda claro, pues, que todos tenemos cabida en los libros. El caso es que queramos entrar en el juego y que nos decidamos. Los libros tienen palabras para todos y para todas las ocasiones. Sin ellos el hombre es un ser perplejo, extraviado en un páramo de espejismos, abandonado a su incierta suerte y a un azar que lo trae o lo lleva sin una finalidad definida ni conocida. El hombre tiene la posibilidad de trascender su informe existencia, de darle un sentido y una dirección. Y para eso tiene a su disposición un medio, un instrumento, un recurso tan contundente como los libros. En nuestras manos está que acudamos a ellos, que bebamos en ellos, que en

ellos logremos trascender la inmediatez y vislumbrar “otras voces, otros ámbitos”...

Alguien puede sentirse *atraído por la lectura*, desearla, estar dispuesto a ejercitarla más o menos asiduamente, a volver a ella en distintos momentos, a leer un libro, si encuentra en él algo que le interesa, algo capaz de vencer la inercia inicial, una fuerza o energía igual o superior a la desarrollada por la pereza, por la pasividad, capaz de romper y desplazar la apatía, la indiferencia. Es decir, si la acción de leer le proporciona algo útil, si el libro le enseña algo que le sirve para su vida, para sus planes, o simplemente si le hace pasar un rato divertido, agradable, entretenido. Esa reiteración, esa constancia en el tiempo que se manifiesta en el hecho de empezar a leer un libro, de continuar su lectura y de terminarla es lo que va a convertirse, posiblemente, en hábito, en costumbre, en una actividad periódica más de nuestra vida, con la que vamos a contar y a la que vamos a dedicarle algún tiempo, en la que vamos a consumir algunos momentos que tendremos que sustraer a otras ocupaciones, aunque sea al propio descanso, si bien la lectura puede ser en sí ya un dulce sosiego. Los libros invitan a soñar, a viajar, nos transportan a ese más allá de donde ellos proceden, son reclamos permanentes que se empeñan en atraer nuestra atención, en despertar nuestro interés, en sugerirnos y conmovernos, conmocionarnos y desestabilizarnos. Son realidades fantasmales, se podría decir, que nos hablan de otros mundos, de otras realidades distintas de las que vivimos, aunque a veces nos parezcan tan semejantes. Los libros son como entidades vivas que se desplazan mediante pseudópodos; son como esos pulpos con tantos brazos que se arrastran sigilosos para envolver a la presa; una materia viscosa que resbala y nos penetra. Así se comportan con nosotros los libros. Y una vez adentro, nos remueven. Pero también actúan a la inversa. Nos meten en su interior, nos capturan y nos llevan. Nos introducen en una zona de *suspense*, juegan amigable o peligrosamente con nosotros, nos muestran sus entrañas. La sustancia de que

Leer es un placer

*Los libros son realidades
fantasmales que nos
hablan de otros mundos,
de otras realidades
distintas de las que
vivimos, aunque a veces
nos parezcan tan
semejantes.*



están hechos los libros es porosa, se absorbe y se mezcla con la nuestra. De esta forma nos moldean los libros.

El hombre es un *animal de costumbres*, según reza el dicho tan común. Se habitúa a un horario, a realizar un trabajo muy similar cada día, a descansar los fines de semana, a comportarse casi como un autómatas la mayor parte de su vida. Pero al mismo tiempo, continuamente está experimentando nuevas situaciones, desconocidas vivencias, sensaciones ignotas u ocultas. Necesita al mismo tiempo que la rutina el contraste. Es un ser cambiante también; acusa cansancio, se aburre y busca cómo vencer esa situación de hastío, el tedio. Le atrae la novedad, lo lejano, lo exótico, lo incomprensible. Quizá para satisfacer todo esto que tanto afecta a su vida es que el hombre ha inventado los libros y ha instituido, ha creado el hábito de leerlos; un hábito que por repetitivo —todos los hábitos lo son por definición— podría considerarse aburrido, monótono, si no fuera porque la lectura en sí misma es siempre una novedad, un descubrimiento aunque uno se limite a releer, a repetir la lectura de un libro ya conocido.

La lectura en sí es una actividad que se desarrolla en la conciencia, que requiere lucidez, percepción, para no resbalar por las palabras como quien va rodando por un precipicio.

Y este *hábito de leer* llega a hacerse instintivo: cuando uno padece el hábito de la lectura agarra un libro e inconscientemente, como una acción automática, irreflexiva, se pone a leer y se va adentrando y perdiendo en la lectura. Es un acto reflejo, como cuando enciende un cigarrillo. Pero si la disposición a leer (la moción del hábito) es muchas veces automática o semiconsciente, la lectura en sí (la práctica del hábito) es una actividad que se desarrolla en la conciencia, que requiere lucidez, percepción, para no resbalar por las palabras como quien va rodando por un precipicio. Aunque también se puede caer, una vez metido en el libro, en una especie de hipnotismo o sopor que a veces surge, se desprende de algunas lecturas. Y entonces uno se aísla por completo del entorno, se mete en la historia y se deja transportar a lugares y tiempos, se mezcla con seres y situaciones que le llaman y le hablan, le inducen pensamientos y emociones como si lo hubiesen poseído, y como tal se abandona dejándose imbuir, traspasar.

¿Qué es lo que se desarrolla con *la lectura*? ¿Qué nos proporciona? Si logramos responder medianamente estos interrogantes, tal vez lleguemos a aclarar un poco —¡quién sabe!— cómo se adquiere, cómo se instauro en nosotros este hábito, esta necesidad, este placer, esta satisfacción; esta adicción, este (suave) yugo. La lectura es, puede ser, un acto lúdico. El lector llega a identificarse con un personaje, o con aspectos de diferentes personajes, y de esta forma se introduce en el juego, participa en la historia que lee. Toma partido y se transforma, vive las peripecias literarias como si le ocurriesen a él mismo. El lector se convierte en el *homo ludens*, en jugador. Y este juego que se va desplegando ante sus ojos le ofrece otra perspectiva de la vida, porque en los libros late la vida.

¿Cuál es *el camino que hay que recorrer*, o que se puede recorrer, entre el planteamiento de los hábitos en general y el hábito final de la lectura, ya implantado en uno? Pues aquí tendremos que recurrir al cerebro, a la mente, a la inteligencia; a la vida, a la calidad de vida, a la finalidad de la vida, a ese anhelo (a veces muy implícito) que todos tenemos de mejorar, de avanzar, de progresar, de ir hacia delante, de caminar hacia el horizonte, de rasgar un poco el velo que nos envuelve. Y cada uno a su nivel, en la medida de sus posibilidades, de acuerdo con sus aspiraciones, anhelos, deseos, ansias, secretos. Se dice comúnmente que el cerebro, la inteligencia se comporta como si fuera un músculo. Y ya sabemos que los músculos se desarrollan, crecen mediante el ejercicio, la práctica. De lo contrario, se atrofian. ¿Cuál es el ejercicio, la práctica que acrecienta el músculo de la inteligencia? Pues el estudio, la instrucción, el aprendizaje. ¿Y qué actividad es la que nos procura el aprendizaje que pone en funcionamiento el músculo del cerebro? Pues la lectura, por ejemplo. ¿Y por qué?

En los libros podemos encontrar absolutamente todo: lo bueno y lo malo, el amor y el odio, el placer y el dolor; la vida misma en todas sus facetas; la infancia, la juventud, la

Gimnasia mental

*Los libros son como
nuestra "piel de zapa":
no podemos morirnos
sin leerlos,
y cuantos más leemos
más nos faltan por leer.*

*Cada vez que en
cualquier parte del
mundo alguien abre y
lee un libro, todo lo que
hay encerrado en él
revive.*

plenitud, la vejez, la muerte; el más allá; la soledad, la amistad, la angustia, la depresión, la alegría... las guerras... la destrucción; la maldad del hombre, y su bondad; lo que existe, lo que intuimos que existe y lo que no sabemos si existe; lo creado y lo increado; lo posible y lo imposible; nuestra impotencia... Absolutamente todo. Y esto por una razón muy sencilla. Los libros están escritos por los hombres, y el hombre es todo lo que vive y todo lo que conoce e ignora. En los libros los hombres han ido plasmando todo lo que se les ha ocurrido, hasta sus grandes dudas, sus incertidumbres, sus problemas irresolubles, sus interrogantes, sus sueños y fantasías también. Absolutamente todo. El sufrimiento, el castigo, la culpa, la penitencia; y también el placer, la gracia, el perdón. ¿Qué cosa no se le habrá ocurrido al hombre? Pensemos, a ver si hay alguna. Por eso, los libros nos sirven, nos sirven muchísimo y nos sirven a todos; y todos encontramos y descubrimos en ellos lo que queramos, lo que necesitemos, eso que más ansiamos. ¿Qué es pues lo que nos impide acercarnos a los libros? ¿Qué es lo que nos aleja de ellos, lo que nos desaconseja leerlos, lo que nos disuade, lo que nos hace desistir de su lectura? ¿Qué es? No se me ocurre otra cosa que nuestra ignorancia, nuestra tozudez, nuestra nesciencia, nuestra torpeza y nuestro olímpico rechazo de lo que nos conviene, nuestro masoquismo. Los libros son como nuestra "piel de zapa": no podemos morirnos sin leerlos, y cuantos más leemos más nos faltan por leer; mientras leemos estamos vivos, y la piel de zapa crece en lugar de disminuir porque los libros son interminables. Y entonces llegará el fin de la vida sin enterarnos, disputándole a la muerte el último instante para leer, para conocer, para saber.

"El libro es un objeto perfecto, inmejorable" (dice Alberto Manguel). "El libro es el mensajero de un más allá cuyo rostro no acabamos de percibir" (define Álvaro Mutis). El libro es algo divino hecho por el hombre. Algo humano divinizado. ¿Por qué privarnos de él? ¿Por qué castigarnos de ese modo?

El motor de la maquinaria humana

¿Por qué ese interés y esa compulsión por leer que solamente desarrolla el hombre? ¿Por qué ese empeño suyo porque los demás también lean? ¿Por qué esa distinción trascendental que establecemos entre los libros y la televisión, por ejemplo? ¿Por qué el libro, y no otra cosa? Para responder estas preguntas tal vez tengamos que plantearnos antes otros interrogantes. ¿Cuál es la particularidad fundamental que distingue al ser humano de los demás seres? ¿Qué es lo que lo caracteriza y lo hace distinto? ¿Qué fuerza le permite al hombre trascender las trivialidades de la vida diaria, considerarlas con proyección, con profundidad, y ver más allá? ¿Qué es lo que le permite desarrollar la inteligencia y la creatividad? Tal vez nuestra verdadera riqueza, el primer motor, el motor principal que nos pone en acción sea *la imaginación*. El hombre posee una capacidad inmensa, un gran poder: es capaz de salirse de su cuerpo, liberarse de las circunstancias concretas, del cepo que lo aprisiona, abandonar las redes en que está atrapado y entrampado y echarse a volar. Es la imaginación la que nos permite hacer esto, la que nos infunde los sueños, la que nos induce a crear. En alas de la imaginación podemos divagar, fantasear, vislumbrar; sospechar, suponer, evocar, percibir, representar; pensar, conocer, comprender; planear, proyectar, discurrir, inventar; idear, concebir, crear; especular, esbozar, improvisar, descubrir. En alas de la imaginación el hombre inventa historias mágicas, crea ambientes y situaciones nuevos, se apropia de otros mundos que revolotean a su alrededor, y los aterriza en los libros, los encierra en sus páginas, los aprisiona. Y cada vez que en cualquier parte del mundo, en cualquier lugar de la geografía, remoto o próximo, alguien abre y lee un libro, todo lo que hay encerrado en él revive, cobra vida, se hace realidad. Los seres que pueblan los libros, que viven en las historias, en la literatura, resucitan. Muertos vivientes, criatu-



*La imaginación es un
agujero negro
donde todo cabe.*

ras que se someten al creador, recuperan el movimiento y se vuelven activos, viven su propia vida.

Y esa misma imaginación que posee el creador para escribir, para inventar historias, para crear de la nada personajes que nos conmueven, *esa misma imaginación es la que posee el lector*. Gracias a ella el lector, recorriendo el camino a la inversa, recrea, les pone rostro a esos personajes, los viste, los desnuda, vive con ellos sus indigencias y sus grandezas; gracias a ella el lector evoca las calles, los edificios, las costumbres, las gentes; experimenta sus mismos sentimientos, padece el mismo calor y el mismo frío. En fin, la imaginación nos transporta más allá de las palabras y nos hace recrear la historia que se cuenta. Y esto es lo único que necesitamos para ser lectores: imaginación. La imaginación es algo así como un inmenso cuenco vacío que se va llenando, a veces lentamente, a veces atropelladamente; es una capacidad sin límites para inventar y discurrir y soñar y crear. Es como un agujero negro donde todo cabe. Pienso que es esta sustancia inasible la que nos permite leer, la que nos exige leer, la que nos pide alimento para saciar su insaciable apetito, la que se satisface en la lectura, la que se ejercita, crece y se desarrolla con los libros. Y son precisamente los niños y los adolescentes quienes poseen esta inmensidad en estado bruto, en su inocencia original, todavía sin huellas. Por eso absorben con una insaciabilidad implacable todo cuanto les rodea. Por eso son ellos los primeros destinatarios de una campaña de lectura. Pero no olvidemos ni menospreciemos el hecho, la realidad profunda e incuestionable de que la imaginación es una cualidad que reside en todo ser humano, que se despierta en caso de que esté adormilada, que no se le niega a nadie, y que por eso mismo todos, absolutamente todos, somos destinatarios y promotores de esa campaña; todos estamos llamados a leer, a convertirnos en lectores, a practicar y defender la lectura. Es, a mi entender, en esta olla efervescente, en este gran caldero del mundo y de la vida donde radica, donde se arraiga, donde habita el hábito de la lectura.

The background of the page is a solid light gray. Overlaid on this are several concentric circles in a slightly darker shade of gray. A large, stylized lowercase letter 'q' is formed by the negative space between these circles, with its tail extending downwards and to the right.

Desde sus orígenes, la imprenta fue una industria regida por las mismas leyes que las demás y el libro una mercancía que los hombres hacían sobre todo para ganarse la vida, incluso cuando eran humanistas y sabios, como en el caso de los Aldos o los Estienne.

Lucien Febvre y Henri-Jean Martin,
La aparición del libro



Consuelo Sáizar Guerrero.

El FCE ha desempeñado un papel de liderazgo en el fomento a la lectura: Consuelo Sáizar Guerrero

Consuelo Sáizar Guerrero nació en Acaponeta, Nayarit (1961). Egresada de comunicación por la Universidad Iberoamericana (1983), estudió ciencias políticas y administración pública en la UIA, y diplomados en contaduría, administración y finanzas también en la UIA y en el ITAM. Realizó estudios sobre industria editorial en la Gran Bretaña (1991). Jefa de Prensa de Fonapas (1978-1979). Gerente general de Editorial Jus (1983-1990). Fundadora y directora general de Hoja Casa Editorial (1990). Colaboradora de La Jornada (1989). Fue consejera electoral en el D. F. (1997). Es miembro del Consejo Asesor de Causa Ciudadana, APN.

Obtuvo el premio Juan Pablos a la mejor enciclopedia mexicana: Milenios de México, 2000.

El reciente nombramiento de Consuelo Sáizar como directora del Fondo de Cultura Económica, editorial mexicana de suma tradición y relevancia en el ámbito nacional e internacional, marcó la pauta a Quehacer Editorial para invitarla a participar en este foro de reflexión y debate en torno a nuestra industria.

*Es usted la primera mujer que asume la dirección del Fondo de Cultura Económica.
¿Qué sensación le produce este acontecimiento?*

Es muy difícil traducir una responsabilidad abrumadora en el idioma de las sensaciones. En verdad, no tiene mucho caso mencionar mi alegría, mi entusiasmo y mi compromiso con las situaciones que me trascienden: la pertenencia a una generación y mi condición de mujer. En última ins-

tancia mi emoción permanece intacta y esto, así no sea fácil de verbalizar, sí espero que se verifique en mis acciones.

¿Por qué es Consuelo Sáizar la elegida? ¿Qué méritos reúne? Háblenos de su experiencia editorial.

El FCE ha sido dirigido por personajes de enorme talla. Mis credenciales al lado de gente que tanto admiro y respeto son básicamente mi decisión de trabajar de tiempo completo, con toda mi pasión y mi entusiasmo por los libros y el quehacer editorial, el entrenamiento que tengo en la parte administrativa y el conocimiento que he adquirido, a lo largo de veinte años, del circuito comercial.

Helen Fisher afirma en su libro El primer sexo que "la mujer empresaria sopesa más variables, considera más alternativas, estudia más opciones e introduce aspectos nuevos, aporta equilibrio e innovación al mundo profesional". ¿Qué piensa al respecto?

Por vanidad de género tendería a estar de acuerdo, pero desconfío de toda generalización. Las mujeres empresarias, los hombres empresarios deben ser juzgados uno por uno: no hay tal cosa como la capacidad de género aplicada a oficios que requieren cualidades tan específicas como es el caso de la edición.

Como en todo el mundo, también en México respiramos vientos de renovación que nos traen una mayor presencia de la mujer en la educación, en la cultura y en la política. En su opinión, ¿en qué etapa se encuentra nuestro país en lo que se refiere a la participación femenina en la vida pública, empresarial y educativa?

Falta muchísimo: no se vencen siglos de sujeción patriarcal nada más con fuerza de voluntad. Ciertamente se ha avanzado en lo educativo, pero todavía falta un desarrollo mucho mayor tanto en los aspectos de la vida nacional como en lo concerniente al desarrollo de igualdad de oportunidades.

*¿Cómo ha encontrado usted el FCE en el momento de hacerse cargo de la Dirección?
¿Qué lugar ocupa esta casa editora dentro de la industria editorial mexicana?*

El FCE es una editorial fundada en 1934 que ha cumplido una gran tarea y que goza de una enorme tradición: seguramente a lo largo de estos 68 años se han presentado errores e inercias a vencer, pero creo que un juicio de opinión es imposible. En términos numéricos el FCE tiene un indudable liderazgo, sobre todo en el ámbito iberoamericano por su amplio y prestigiado catálogo: sólo hay que recordar sus casi 8 000 títulos publicados.

Después de evaluar la situación actual del FCE, ¿cuáles son los proyectos a mediano y largo plazo que usted aporta? ¿Cuál será la línea editorial a seguir?

Entre los proyectos que estamos considerando se encuentran la publicación de un conjunto de obras completas de autores mexicanos, como Sergio Pitol, por mencionar al que ha firmado. Otro proyecto consiste en restituir a la difusión y venta el mayor número posible de títulos publicados en nuestro catálogo.

El Fondo tiene uno de los catálogos editoriales más importantes en el mundo de habla hispana; gran parte de estos libros, muy solicitados y muy necesarios, están agotados. ¿Qué piensa hacer al respecto?

Renovaremos cuantos contratos y derechos resulte posible para brindar a los lectores la mayor cantidad de títulos. También pensamos lograr una mayor sincronía entre la acción de las filiales y de la casa matriz en México. Pensamos seguir realizando coediciones, y entre estos proyectos está retomar la biblioteca compuesta por la Cátedra Alfonso Reyes con los títulos previos y los nuevos. Otro proyecto es el de crear un gran centro de promoción del libro infantil.

La línea editorial a seguir buscará equilibrar el interés humanitario, la capacitación técnica y el desarrollo comercial, respetando siempre la gran tradición y el rigor que han caracterizado al Fondo de Cultura.

Las nuevas tecnologías permiten producir libros en tirajes cortos, de cien ejemplares o menos. ¿Cree usted que esta alternativa sería una solución para el Fondo?

Desde luego. Echaremos mano de tecnologías nuevas, como la que menciona, particularmente para cubrir nuestras necesidades de impresión sobre demanda. Es decir, y para dar un ejemplo, si en tal universidad o centro de investigación requieren 100 o 250 ejemplares de *La democracia en América* de Tocqueville, la solución para tal demanda específica parecería ser, efectivamente, el empleo de herramientas que permitan tirajes cortos a un precio razonable, esto es, que verdaderamente sean una alternativa en cuanto a tiempos de impresión, costo de producción y calidad de edición. Por otra parte, habría que tener en cuenta hasta qué punto este método de impresión mantiene sus costos razonables si en vez de 100 o 250 ejemplares necesitamos 3 000 ejemplares para determinada cadena de bibliotecas, por ejemplo. Sin duda cada necesidad específica determina qué tecnología debemos emplear. Por lo mismo, implementaremos nuevas tecnologías si éstas nos ayudan a resolver demandas específicas.

En los últimos años viene adquiriendo fuerza la tecnología que permite convertir los libros en formato electrónico para ponerlos a disposición de la comunidad internacional. ¿Qué opina del e-book?

El libro electrónico es un instrumento que todavía necesita desarrollarse. No obstante, entendemos que en cuestiones de tecnología las cosas cambian de un año a otro, de modo que si el libro electrónico se convierte en una alternativa real para los lectores a quienes se dirige el FCE no dudaríamos en explorar esa posibilidad. Por lo pronto —y no olvidemos el ejemplo reciente de Stephen King, quien “subió” alguna de sus obras a Internet sin mayor éxito de ventas—, nuestra tarea es seguir de cerca la evolución del *e-book*. No desconocemos, por ejemplo, que a este respecto existen proyectos muy serios, como el de la Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, presidida por Mario Vargas Llosa o, para

dar un ejemplo no institucional sino comercial, el sitio español Libronauta, que ofrece una posibilidad realmente interesante, a saber: el *e-book* portátil, un equipo que no necesita de computadora para su uso y puede, asimismo, almacenar gran cantidad de *e-books* en un mismo dispositivo. La ventaja de este tipo de innovaciones tecnológicas es que no están supeditadas a la red —con los costos de *hardware* y tiempo de navegación respectivos— y se adquieren como cualquier libro impreso tradicionalmente en sitios dedicados a ello. En este sentido, el *e-book* puede ser una alternativa a corto o mediano plazo, dependiendo de la evolución de la tecnología y de cómo sea recibida en nuestro medio cultural. De nada serviría una maravilla electrónica si nuestro medio no tiene acceso a ella u ofrece ciertas reticencias, sea por desconocimiento o por prejuicio. Aunque en este caso, sin duda, algo de nuestra labor estaría en propiciar la creación de estas condiciones favorables a los nuevos soportes del libro y la palabra escrita.

Muchos de los libros agotados a que antes nos referíamos carecen de soporte electrónico. Se les puede digitalizar y publicar como facsimilares, o también rescatar por la vía del OCR (reconocimiento óptico de caracteres) y su recomposición electrónica. ¿Ha considerado usted esta última alternativa?

La digitalización de libros agotados funciona sólo en caso de ediciones facsimilares, lo que no reduce costos de impresión. Por su parte, el OCR sólo elimina una parte del trabajo de captura, ya que toda página impresa convertida de imagen a texto requiere aún de una cuidadosa revisión mientras no contemos con un *software* verdaderamente eficaz que rescate fielmente cada página de texto. Si a ello le sumamos que una vez revisado, hace falta volver a formarlo electrónicamente, veremos que el OCR apenas nos ha ahorrado, como dijimos antes, el trabajo de captura de un original. Haría falta considerar aún el costo de diseño y producción en caso de que se piense en una edición tradicional sobre papel o, si se piensa en un archivo digital para la red o un *e-book*, también debemos considerar cuáles son los

costos adicionales. En este sentido, la digitalización y el OCR son apenas unos pasos dentro de la larga cadena que implica la producción de un libro. Como tales, se usan ya en el trabajo cotidiano que realiza cualquier editorial.

*El gran cuello de botella para las editoriales mexicanas es la distribución.
¿Cómo piensa hacer frente a este problema?*

El escrutinio y discriminación de los controles burocráticos nos permitirán, entre muchos otros mecanismos, tener una mejor distribución y llegar de manera más eficiente a los lectores. De acuerdo con ello, el nuevo gerente general, Ricardo Nudelman, se encuentra realizando ya el análisis conducente para obtener una mejor distribución de nuestros libros, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, aprovechando la poderosa estructura de las filiales en el extranjero.

*Pasando al tema de la lectura, hablemos de su experiencia como lectora:
¿cómo fueron y cuándo ocurrieron los primeros contactos con los libros?*

Como en el caso de muchos, ocurrieron en la niñez y se intensificaron en la educación media y superior. Hacer una lista de los libros importantes para mí, sería casi confesar una sucesión de pasiones románticas y críticas.

*¿Qué papel viene desempeñando el FCE en el fomento a la lectura?
¿Habrá algún cambio al respecto?*

En los últimos años el FCE ha desempeñado un papel de liderazgo en el fomento a la lectura mediante todo su catálogo y, especialmente, de las colecciones de libros para niños. Este papel se acrecentará, sin duda, con la creación del Centro de Promoción del Libro Infantil antes mencionado.

¿Cómo ve el programa México, hacia un país de lectores, cuando las estadísticas dicen que los mexicanos leen medio libro al año?

Creo que las estadísticas son confiables hasta cierto punto, pues presuponen que sólo se leen los libros que se compran. Sin duda el fenómeno de la lectura va más allá del hecho mismo de adquirir un libro, leerlo y guardarlo en un librero. Hay que considerar, en este sentido, que mucho de lo que se lee pasa por los préstamos de persona a persona, préstamos que suelen ser abundantes sobre todo en la adolescencia y la juventud, cuando se vuelven absolutamente indispensables; la voluntad de leer pasa también por las bibliotecas públicas y escolares, o aun por las privadas, personales, institucionales, etc., en las que se verifica un tipo de relación libro-lector que no queda registrado por las encuestas. Por lo mismo, el programa *México, hacia un país de lectores* es un esfuerzo encaminado a ampliar en igual medida tanto el porcentaje de lectores formales —los que compran libros— como este otro tipo de lectura “informal”: la que se realiza mediante el acceso a una biblioteca o el préstamo entre amigos o conocidos. El papel del Fondo, en este sentido, radica en que la lectura vaya más allá de la realizada para obtener determinada información y se convierta, idealmente, en un hábito, en una manera de vivir y relacionarse con el mundo y con quienes nos rodean. Ir a un libro para obtener información no tiene que ver con la lectura en el sentido en que aquí la entendemos. Sobre todo porque este tipo de lectura se suspende en cuanto no tenemos ya necesidad de más datos. Por el contrario, una lectura como manera de vivir siempre permanecerá viva; de ahí la importancia de crear este hábito desde los primeros años en que los niños se acercan a los libros.

¿Cuáles son, en su opinión, los cinco títulos fundamentales para el joven lector?

Una editora de un catálogo tan amplio como el del Fondo de Cultura Económica, que además está al tanto de catálogos de otras editoriales, no puede formular cuáles son los

cinco títulos fundamentales, sobre todo porque cada joven lector decide cuáles lo son para él.

Para finalizar, ¿qué opina del proyecto encaminado a dotar a los editores de una revista especializada en el quehacer editorial?

Es un proyecto prometedor y necesario. Les deseo el mayor de los éxitos. Un instrumento de este tipo puede ayudar a desarrollar de manera notable la cultura editorial e incidir en mejorar la oferta de lectura. Felicito a la comunidad editorial por la aparición de su revista.

Lo fundamental es apostar por la calidad literaria y por la pertinencia cultural: Jorge Herralde

Jorge Herralde es fundador y director de la Editorial Anagrama. Su actividad tuvo comienzo en 1969, y a la fecha se han publicado alrededor de 2 000 libros, repartidos en una veintena de colecciones. En el trabajo de Jorge Herralde cabe señalar como una constante, la búsqueda de nuevas voces, es decir, la apuesta por posibles clásicos del futuro, tanto en narrativa como en ensayo; el rescate de clásicos del siglo XX imprescindibles; la exploración en torno a los debates políticos, morales y culturales más significativos de nuestra época, con cierta predilección por aquellas incursiones más arriesgadas y polémicas.

Herralde ha recibido diversos galardones; entre los más recientes: el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial Cultural en 1994, en España; el Premio Targa d'Argento-La Stampa Tutto-libri para el mejor editor europeo en 1999, y en la próxima Feria Internacional del Libro de Guadalajara se le otorgará el reconocimiento al Mérito Editorial.

En su libro Opiniones mohicanas (Aldus) dice que ser editor independiente es sinónimo de estar "nadando entre tiburones", ¿cuál ha sido su estrategia para salir librado desde 1969?

En los primeros años el pececillo, que segregaba textos heterodoxos y radicales, resultaba demasiado visible para la censura franquista (con la que hubo persistentes encontronazos), pero lógicamente invisible para los "tiburones". Luego, mientras editaba ensayo o narrativa de autores jó-

venes o inéditos, persistía la invisibilidad. Ya más adelante, Anagrama estaba lo bastante musculada para esquivar la mayoría de dentelladas.

Para fortuna de las letras y de los creadores, en el año de 1994 se creó el Parlamento Internacional de los Escritores, ¿cómo surgió el vínculo de Anagrama con él?

En primer lugar, debido a mi amistad con Antonio Tabucchi, uno de los impulsores iniciales de *Autodafé*, la revista del Parlamento.

Del otoño de 2000 hasta la fecha, ¿qué frutos y qué pormenores cree usted ha tenido la revista Autodafé?

El fruto han sido dos números de una gran altura intelectual, bajo la batuta de Christian Salmon. La difusión, en estos tiempos, de ese tipo de revistas resulta inmerecidamente escasa, como bien saben los responsables de *Letra Internacional*, *Claves de Razón Práctica* y otras excelentes iniciativas.

En relación con todas las ferias internacionales del libro, ¿qué le parece la Feria Internacional del Libro de Guadalajara?

Con diferencia, es la más importante de América Latina, la más estimulante culturalmente (con tantos actos y debates interesantes), la más fructífera para los contactos profesionales. Y la más divertida y con más tequila.

En esta próxima feria será merecedor del reconocimiento al Mérito Editorial, ¿qué particularidad tiene este premio para usted?

Por una parte el que sea un premio de México, país que tantas veces he visitado y donde tengo tantos amigos, autores y editores. También por su palmarés: lo ha ganado, entre otros colegas, mi muy estimada Neus Espresate.



Jorge Herralde.

¿Por qué momento pasa Anagrama? ¿Qué lugar piensa usted ocupa esta casa editora dentro de la industria editorial hispanohablante?

Pasa por un momento óptimo, un momento prolongado, gracias a los libros de muy buenos autores que publican en la editorial. Paradójicamente, en un momento en el que crujen los grandes grupos, véase el caso Vivendi, las editoriales que apuestan por la buena literatura y el ensayo riguroso, es decir, por los auténticos *libros*, capean mucho mejor el temporal.

¿Cómo ha llegado al equilibrio entre el ojo comercial y el rigor literario?

Lo fundamental es apostar por la calidad literaria y por la pertinencia cultural. Con suerte, a veces nos acompañan muchos lectores.

Para dictaminar, ¿cuáles son los pasos del proceso que usted realiza?

Digamos: buscar nuevas voces, rescatar escritores olvidados y hacer política de autor.

Anagrama cuenta con un catálogo de grandes autores, muchos de ellos no eran “conocidos” antes de la publicación, ¿cómo encuentra a esos autores “desconocidos” que poseen una gran calidad y voz poderosa?

Desde mis inicios como editor, en 1969, he acumulado y sigo acumulando muchísima información. El problema más bien es discernir acertadamente entre las posibles apuestas (y esquivar las dentelladas antes aludidas). Así hemos descubierto autores de diversas literaturas cuando estaban empezando, desde Tabucchi, McEwan, Echenoz, Ford, Arundhati Roy, o creando una “Biblioteca Nabokov” o una “Biblioteca Capote”. Y también, gracias a nuestro premio de novela, hemos impulsado la entonces llamada “nueva narrativa española” (Pombo, Azúa, Chirbes, Justo Navarro, Vila-Matas, etc.) y también excelentes autores latinoamericanos, desde Pitol hasta Bolaño.

Para entablar relación con los agentes literarios, ¿qué táctica utiliza?

Boxing clever, o intentándolo. Bromas aparte, tengo buenas relaciones con la mayoría de los agentes literarios, excelentes incluso: con Andrew Wylie, por ejemplo, el temible *Chacal*. Por otra parte, como escribió mi querido Mario Muchnik, lo peor no son los autores, ni siquiera los agentes sino quizá algunos colegas menos queribles.

Para entablar relación con los agentes literarios, ¿qué táctica utiliza?

Pienso que la distribución en España es excelente gracias a Antonio Machado en Madrid y Enlace en el resto del país. También en América Latina, en especial en Argentina (colapso del país, aparte), a través de la distribuidora Riverside, y en México ha mejorado notablemente en los últimos seis años, de la mano de Colofón.

¿Cómo construye el ambiente adecuado para que el lanzamiento de las novedades tenga éxito, por ejemplo, los libros de Antonio Tabucchi o de Catherine Millet?

En ambos casos, el éxito estaba bastante “cantado”, como decimos en España. Tabucchi, que era un autor muy minoritario cuando empezamos a publicarlo, en 1984, con *Dama de Porto Pim* se ha convertido, desde *Sostiene Pereira*, en uno de los autores imprescindibles de la literatura contemporánea. Y en cuanto a la sulfurosa (y muy lista y profesional) Catherine Millet, su libro ha sido un éxito clamoroso en todos los países. El mérito es, pues, suyo: nosotros los publicamos y promocionamos lo mejor que sabemos. Sin estropear la materia prima, ni pasarnos en el punto de cocción.

Además de haber publicado a Sergio Pitlor y a Carlos Monsiváis, ¿qué otros escritores mexicanos le parecen interesantes?

Muchos, aunque los conozco mejor cuando tengo una posibilidad de publicarlos. Si no, mi tiempo de lectura “dile tante”, por así decir, es escaso. De los que he leído, pongamos a Juan Villoro y Mario Bellatín. Y he hojeado bastantes otros de indiscutible interés.

¿Qué le motivó a publicar el libro Los huesos en el desierto de Sergio González?

El reportaje de Sergio González Rodríguez me pareció de un interés y de un coraje moral extraordinarios. Una publicación de interés prioritario.

¿Qué opina de que la participación femenina en el mundo editorial sea cada vez más representativa y constante?

En efecto, se trata de una presencia progresivamente en aumento, sobre todo en el ámbito de las editoriales independientes. Si no sonara demasiado paternalista, diría que me parece muy bien.

Hablando de participaciones femeninas, ¿de qué manera interviene su compañera Lali en el trabajo de Anagrama?

De muy diversas maneras, como la figura del “líbero” en el fútbol. Ya más en concreto nos “repartimos” la relación con los autores y se ocupa, con notable éxito, de aquellos escritores cuyos derechos de traducción gestiona Anagrama. Figuran entre ellos Álvaro Pombo, Enrique Vila-Matas, Roberto Bolaño, Carmen Martín Gaité o Rafael Chirbes, por citar escritores con muchas obras traducidas.

En los últimos años viene adquiriendo fuerza la tecnología que permite convertir los libros en formato electrónico para ponerlos a disposición de la comunidad internacional. ¿Qué opina del e-book?

A finales de los años noventa, un fantasma recorrió el mundo editorial: el *e-book*. Como corresponde a un buen fantasma, tras el considerable estrépito, se desvaneció apresuradamente.

Las nuevas tecnologías permiten producir libros en tirajes cortos, archivos digitales, reducir tiempos de manufactura, etc. ¿Cree usted que en algún momento requiera de estas alternativas para Anagrama?

La llamada “impresión bajo pedido” permite que se reediten, en tirajes cortos y a precios no prohibitivos, libros culturalmente valiosos pero demasiado minoritarios para una edición normal. Me parece una iniciativa excelente que permitirá que no haya títulos agotados.

Últimamente se viene hablando de la gran necesidad de crear programas para fomentar la lectura, ¿se ha planteado Anagrama aportar algún proyecto?

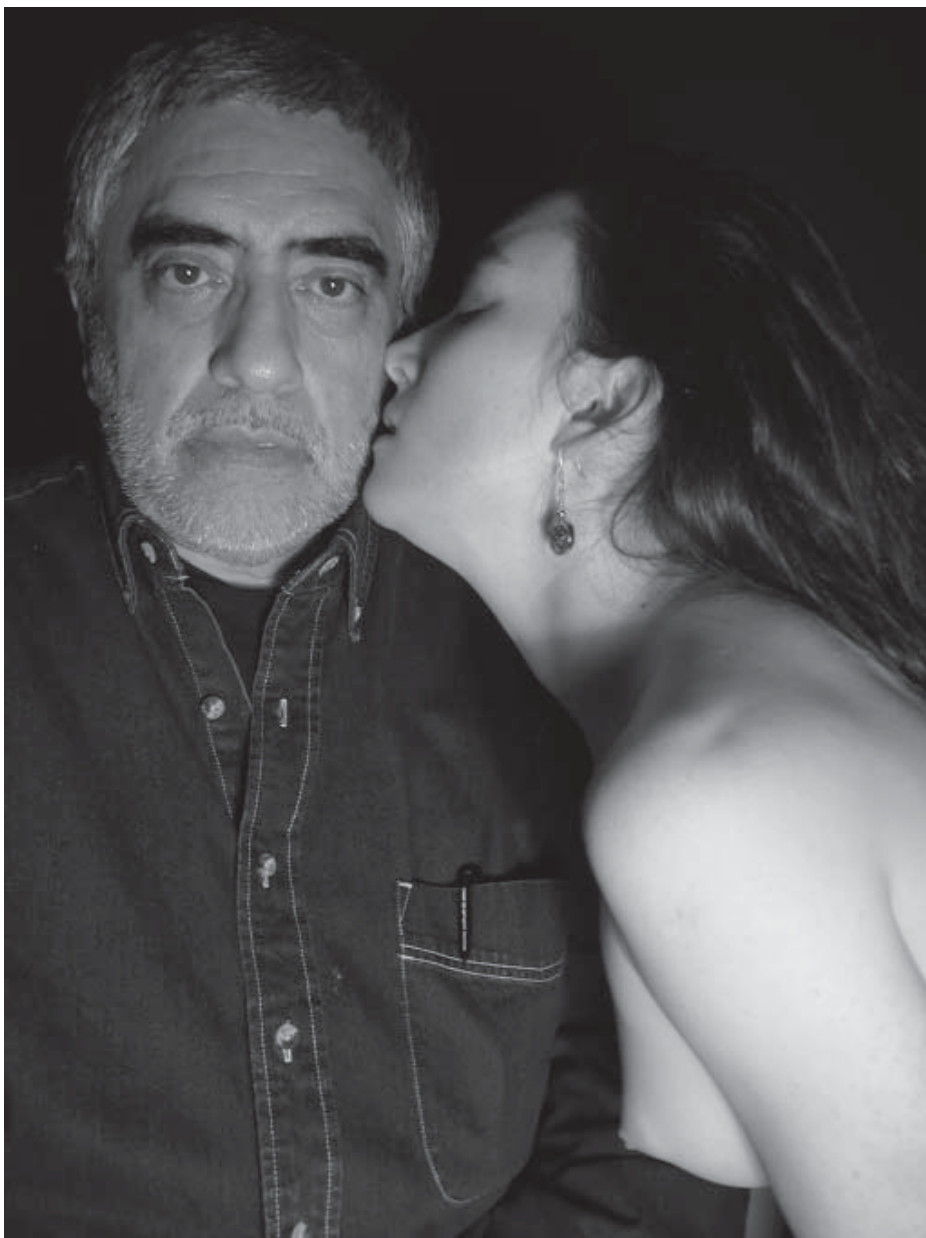
Un proyecto focalizado y modesto en el que perseveramos: publicar excelentes libros lo mejor que sabemos, de forma que el posible lector no quede desalentado, sino con ganas de reincidir.

¿Cuáles son en su opinión los cinco títulos fundamentales para el joven lector?

Ciñéndome sólo a títulos de narrativa publicados por Anagrama: *Lolita* de Vladimir Nabokov, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *Mientras agonizo* de William Faulkner, *Catedral* de Raymond Carver, *Bella del Señor* de Albert Cohen.

Para finalizar, ¿qué opina de este proyecto encaminado a dotar a los editores de una revista especializada en el quehacer editorial?

Soy un ávido lector de toda clase de textos relacionados con el quehacer editorial: memorias, biografías, epistolarios, revistas como *Actes de la recherche en sciences sociales* que dirigía Pierre Bordieu. Por ello, no puedo más que felicitarles y darles mi más cordial bienvenida.



Gustavo Sainz. (Foto: Alejandro Zenker)

Ahora soy más cínico frente a la escritura y no me interesa escribir mal: Gustavo Sainz

A partir de la publicación, en 1965, de *Gazapo*, el nombre y la obra de Gustavo Sainz se han ganado el reconocimiento como una de las voces más innovadoras y provocativas de la narrativa mexicana. Considerado como uno de los escritores que más ha explorado los límites de la escritura, es autor de novelas como *Obsesivos días circulares*, *La princesa del Palacio de Hierro* (Premio Xavier Villaurrutia 1974), *Muchacho en llamas*, y su más reciente publicación *A troche y moche*. Es profesor e investigador en la Universidad de Indiana y radica en Estados Unidos desde hace 22 años.

Próximamente publicará *Batallas de amor perdidas* como parte de la colección erótica de Ediciones del Ermitaño que se presentará en la FIL de Guadalajara. Es director de la revista erótica *Transgresiones*.

¿Puede definir por qué comenzó a escribir y por qué continúa escribiendo?

Pues no es nada fácil. Mis primeros ejercicios de escritura fueron a los 10 años de edad, en los que hice una revista a máquina y con dibujos a mano que alquilaba a mis compañeros de salón. Se llamaba *El globo de Gas*, que son mis iniciales, porque me llamo Gustavo Adolfo Sainz. En sexto año de primaria hice otra revista que se llamó *Las aventuras del Flaco Anemia* y también la alquilaba a 20 centavos.

A los 16 años tenía amigos que ahora son escritores famosos: Monsiváis, Sergio Pitol, Pacheco, Elizondo y José

de la Colina, e hicimos una revista con Elías Nandino que se llamaba *Estaciones* y duró cuatro años. Después él me la dejó, pero nunca pude conseguir el dinero para seguir con la publicación.

Cuando tenía 19 años escribí mi primera novela, *Gazapo*, pero me sentí muy inseguro de publicarla. Entonces empecé a hacer otras cosas con amigos del ámbito editorial.

Por ejemplo, Joaquín Díez-Canedo, que era gerente del Fondo de Cultura Económica y después creó la editorial Joaquín Mortiz y una distribuidora que se llamaba Avándaro, me llamó para que leyera los libros que iba a editar, por lo que soy responsable de la selección de títulos de los primeros 10 años de Mortiz. Escribía las solapas de esos libros y diseñé muchas portadas.

Después, cuando estuve más seguro de mi novela, se la di a leer a Guadalupe Dueñas, Juan García Ponce, Carlos Monsiváis, Elizondo, Héctor Mendoza y Ramón Xirau. Todos decían que mi novela era espantosamente mala y yo apuntaba los comentarios que me hacían en una carpeta que desgraciadamente perdí.

Monsiváis me decía que fuera un narrador más convencional, legible y que primero debía encontrar un público y después hacer los experimentos que quisiera. Pero yo no escribía para pasar un examen ante el público, mis razones eran otras que no puedo definir.

**Yo te la publico
porque eres mi
amigo**

Al escribir mi primera novela tuve una crisis terrible: ¿cómo debía hacerla?, ¿como Henry Miller, Dostoievski?; pero no podía, porque si imitaba a estos escritores resultaba paródico y ellos mismos ya lo eran.

Así que un día de desesperación y lágrimas decidí que escribiría como hablaba, como un miembro de la clase media idiota que vivía en la colonia del Valle y no tenía muchas cosas interesantes que decir; pero si esa escritura natural resultaba funcional narrativamente, significaba que lo había logrado, y me convertiría en escritor.

Entonces se la di a leer a otras cinco personas y todos eran muy crueles. Por ejemplo, Henrique González Casanova me comentó que era buenísima, pero me dio un consejo: “guárdala en el tercer cajón de tu escritorio por 10 años y después mírala, verás qué afortunado fuiste de no haberla publicado”. Pero yo quería que alguien me dijera que servía.

Después se la llevé a Díez-Canedo y me dijo: “Yo te la publico y no necesito leerla porque eres mi amigo”. *Gazapo* tardó dos años en publicarse.

Esos años fueron muy fuertes y lo cuento en un libro que se llama *Quiero escribir pero me sale espuma*. Son las aventuras de un personaje al que llamo “el escritor sin libro publicado”, porque en ese tiempo no podía demostrar que era escritor.

Cuando por fin salió el libro no pasó nada extraordinario, pero las cosas cambiaron muy rápido. La primera edición de tres mil ejemplares se agotó en tres semanas. En un mes mi obra estaba traducida al francés, italiano, inglés. A los seis meses ya estaba traducida a catorce lenguas. Se vendían tres mil ejemplares por mes, era el libro que más vendía la editorial.

Una vez me dijo Tomás Doreste, que era librero de la librería Juárez: “Usted ha sido muy astuto al decir que es líder y voz de la juventud”. Pero yo no había dicho nada. En Estados Unidos e Inglaterra decían que yo era hermano de los Beatles; en Alemania el letrero de la portada decía: “Un demonio mexicano: Gustavo Sainz”; en Francia llamaban a mi obra “la novela de la adolescencia”.

Entonces comenzó lo difícil y lo más horrible, porque catorce editores de todo el mundo me preguntaban por mi siguiente novela, y yo aún no sabía si era escritor.

Lo supe cuando recibí un paquete con 15 ejemplares de mi novela en francés publicada por una editorial muy famosa, y me sorprendí muchísimo porque pensé “¿cuál es el comportamiento adecuado para festejar que ya estás confirmado como escritor?”

Después me fui a Estados Unidos porque tenía una beca y ahí realicé mi segunda novela: *Obsesivos días circula-*

Un demonio mexicano

res, a la que llamo mi novela imposible porque no sabía qué decir, era muy difícil. Tenía 27 años y en cada hoja sufría mucho porque no sabía cómo continuar, viví muy angustiado los cinco años que tardé en hacerla.

¿Le resultaba difícil superarse a sí mismo?

Sí, porque *Gazapo* es una historia de mi grupo de amigos y no tenía otros, entonces ya no podía contar eso, además no quería que la segunda novela fuera una continuación.

Sin embargo, ahora creo que como escritor cada año estoy mejor armado, fíjate qué maravilla. Tengo más habilidad. Antes creía que en cada novela sabía escribir mejor, ahora pienso que conforme pasa el tiempo soy más cínico frente a la escritura y no me interesa escribir mal, no me importa nada; te diría que la profesión de escritor es la más agradecida de todas.

¿Se escribe para ser legible para el lector e indescifrable para sí mismo?

Yo soy indescifrable e inenarrable a su vez, al grado de que he escrito 15 novelas autobiográficas en las que hago 15 proposiciones posibles de lo que pudo haber sido mi vida, pero ninguna es verdadera.

En alguna conferencia mencionó que uno escribe lo que a uno le toca...

Sí, cada vez es más fuerte la sensación de que ésa es la verdad, o sea que no escribo lo que yo quiero. Fíjate qué tremendo es decirlo, porque entonces ¿yo soy? o ¿la escritura pasa a través de mí y se escribe? Cada vez lo siento más fuerte porque acabo escribiendo novelas que no sabía que hice.

¿Sus novelas son una interpretación de lo que para usted es el amor?

Pues creo que sí es mi interpretación, porque, mira: ¿el amor es una química?, ¿es una reacción que tengo cuando te veo?, ¿es una corriente eléctrica?, ¿es una cosa cultural?

He visto tantas imágenes de mujeres a lo largo de mi vida que el día que te veo tú te pareces a una de esas, entonces ¿me enamoro de ti perdidamente? ¿O es verbal?, ya ves esos clichés de *más vale verbo que carita*.

Entonces no sabemos muy bien qué es todavía, y yo en todas mis novelas trato de saber qué es. Es una ternura, es atención, es saber oírte, es estar mirando o ser mirado por ti. Y bien, ¿qué es?

Cuando escribí *Compadre Lobo* me di cuenta de que lo que veía —y creía que era el amor— era lo que Octavio Paz me había dicho que era; sin embargo, fue insuficiente para mí. Por ejemplo, Octavio dice en el poema “Piedra de Sol”: “si dos se besan el mundo cambia, encarnan los deseos, el pensamiento encarna, brotan alas en las espaldas del esclavo, el mundo es real y tangible, el vino es vino, el pan vuelve a saber, el agua es agua”. Paz es bellísimo, es precioso, entonces pensé que el amor no es una estructura que se imponga sobre mí.

Si te das cuenta, en las telenovelas que se ven mucho aquí, en todas hay largos meses de sufrimiento y la felicidad dura dos minutos. O, qué te puedo decir, en *Como agua para chocolate* por fin los amantes hacen el amor y ¡se mueren! Entonces, para llegar a una conclusión, pienso que la felicidad es incontable. Hice un recuento de cuáles son las novelas felices que he leído y ¡ni una! Todas son desgarradas. Entonces ¿la felicidad es improductiva? ¿Los felices no cuentan su historia? ¿O la felicidad no es un estado, es un instante? Esa podría ser otra posibilidad.

¿Qué es el erotismo para usted?

Es el motor de la vida, si no hubiera erotismo sería un planeta muerto.

¿Cuál es la diferencia entre erotismo y pornografía?

Creo que la pornografía no existe como tal, está en la mirada de quienes la califican. Me parece que es un mal gusto en la representación erótica.

Las mega- editoriales tienen los días contados

*Ha mencionado que le tiene fe a la belleza, al amor, entre otras cosas.
¿A qué no le tiene fe?*

A las megaeditoriales. Pienso que tienen los días contados. Porque sus expectativas son muy altas, tienen muchos empleados. El mercado está saturado de tonterías, meten la pata continuamente. ¿A quién se le ocurre pagarle 60 000 dólares a Sergio Andrade por un libro estúpido?, pues sólo a ellas. Y eso las va a llevar al fracaso. Ellas quisieran que todos los libros fueran *Harry Potter*.

Considero que el que muchas librerías hayan cerrado es en gran parte culpa de las editoriales. Al contrario de los que dicen que en México no se lee, yo creo que sí se lee.

No creo en la estadística de que “cada mexicano lee un libro al año”, porque están dividiendo los libros vendidos entre los mexicanos, y se les olvida que 50% de la población tiene menos de cinco años, y otro gran porcentaje vive en extrema pobreza, por lo que esta gente tiene que ser descartada. A mí, por ejemplo, me dicen que mis libros no se venden, sin embargo, me conoce muchísima gente. Las editoriales ahora le apuestan a escritores como Laura Esquivel, Ángeles Mastretta.

Para publicar un libro en los años sesenta los escritores se escogían entre ellos mismos, actualmente lo hacen los agentes de ventas. Son ellos los que deciden si se publica o no una novela. Estamos perdidos por eso, porque lo que más se publica es comercial, banal. Antes se apoyaba a los jóvenes que tenían talento, ahora estamos en manos de las megaempresas que nada más quieren ganar dinero rápido.

¿Qué papel desempeñan las editoriales en el éxito o fracaso de una novela?

En el fondo, creo que ninguno. Por ejemplo, en este momento no hay ningún libro de Sergio Galindo en el mercado, lo que no le quita nada como escritor. A quien le gusta lo encontrará en bibliotecas y llegará un día en que se haga su obra completa.

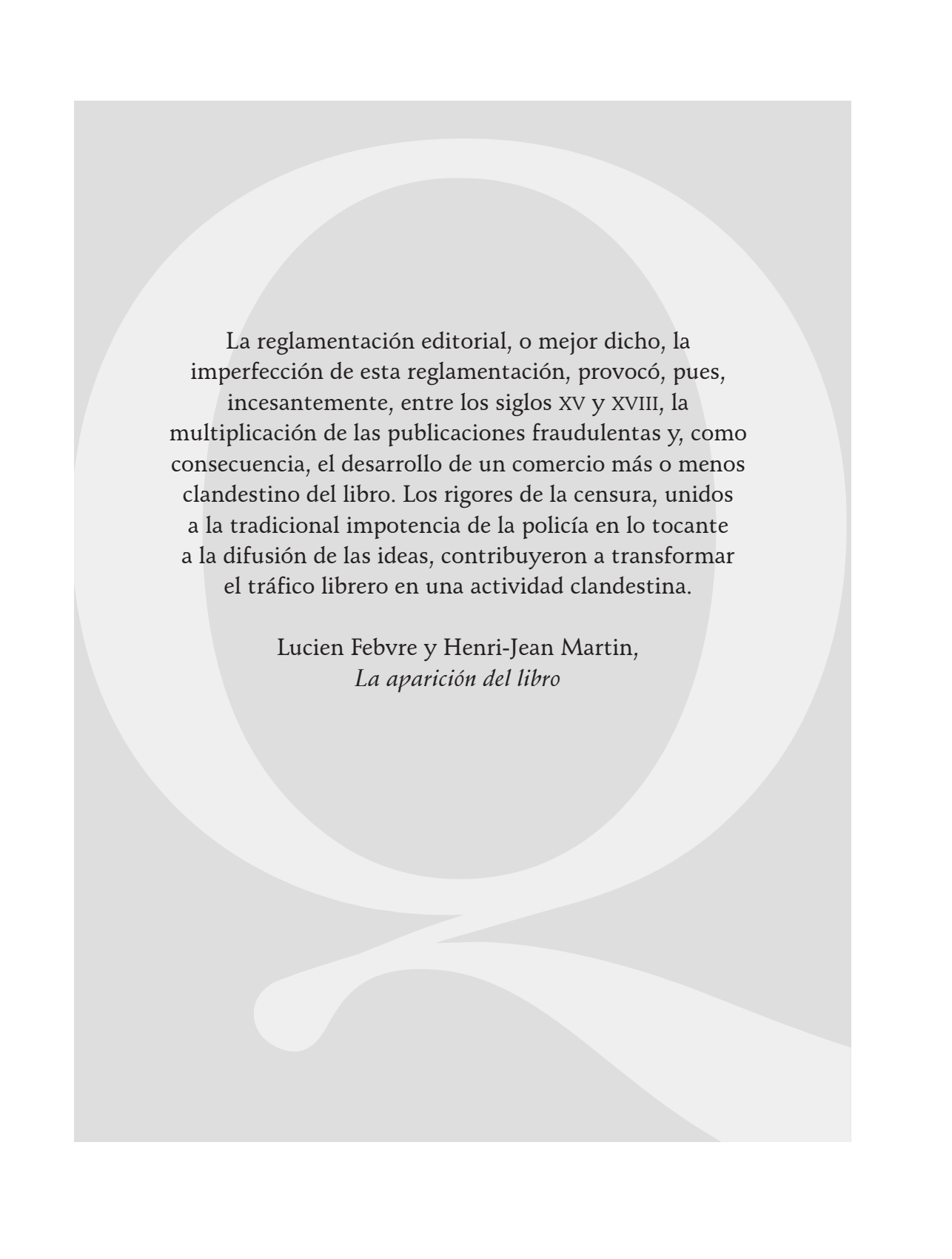
¿Cree que el escritor debe asumir en su obra una postura política-social o que la creación puede permanecer independiente del contexto?

Pienso que el arte es un compromiso. Si a eso le agregas que quieres apoyar a algún partido político, ése ya es tu problema. Primero debes cumplir con el deber que implica escribir.

¿Qué nos platica de Transgresiones, la próxima revista que hará con Solar?

Creo que es una revista que hacía falta en México, porque es para la reflexión de la representación erótica. Y también para contribuir a solucionar muchos problemas que tienen que ver con la sexualidad. Se publicarán ensayos, reflexiones, poemas, fotografías, dibujos, y cosas relacionadas con el erotismo desde un punto de vista de la experiencia, la comprensión, pero también de la travesura y el goce. Todo lo que presentaremos en la revista no podría salir en ninguna otra publicación. Y estamos abiertos a todos los que quieran participar en ella.





La reglamentación editorial, o mejor dicho, la
imperfección de esta reglamentación, provocó, pues,
incesantemente, entre los siglos XV y XVIII, la
multiplicación de las publicaciones fraudulentas y, como
consecuencia, el desarrollo de un comercio más o menos
clandestino del libro. Los rigores de la censura, unidos
a la tradicional impotencia de la policía en lo tocante
a la difusión de las ideas, contribuyeron a transformar
el tráfico librero en una actividad clandestina.

Lucien Febvre y Henri-Jean Martin,
La aparición del libro

Editores en busca de lectores

Desde hace unos años —tal vez 12 o 15— los editores dicen estar muy preocupados por la disminución, o la disminución proporcional, de lectores en México. Pero en realidad esta afirmación no parece obedecer realmente a una preocupación cultural, sino que se refiere más bien a una disminución de consumidores.

Originalmente, el libro era un objeto precioso y raro donde quedaba perpetuado un conjunto de conocimientos, ideas y reflexiones o producto de la imaginación y la fantasía. Este objeto precioso permitía que esa información fuera accesible —sobre todo después de la invención y el uso de la imprenta— para mucha gente, mucha más de la que tendría acceso a ella por vía oral.

Eso ocurrió hace mucho tiempo y siguió así hasta hace poco. Yo todavía tuve la suerte de conocer a editores que amaban no sólo hacer libros sino lo que eso significaba en la edificación de la cultura y el arte. Los editores eran unos maravillosos, y casi mágicos, intermediarios entre quienes producían los textos y quienes los absorbían. Todavía me tocó, de joven, la posibilidad de confiar tanto en una editorial —es decir, en el criterio de su editor— que compraba el libro sin saber siquiera quién era el autor: el nombre del editor me garantizaba la calidad de la obra, me garantizaba que —un poco más, un poco menos— la lectura de ese libro alimentaría mi curiosidad, mi imaginación y mis conocimientos.

Pero en un abrir y cerrar de ojos esas épocas se esfumaron casi por completo. No necesito abundar en lo que ha

Tuve la suerte de conocer a editores que amaban no sólo hacer libros sino lo que eso significaba en la edificación de la cultura y el arte.

Los grandes consorcios editoriales no se conforman sólo con eso; también compran periódicos, revistas y canales de televisión, además de incorporarse al negocio de los libros de texto.

El libro difícil es el que va a llevar al lector a pensar y a cuestionarse los valores dados como verdades absolutas, es el libro que uno relee varias veces y cada vez encuentra cosas nuevas.

pasado últimamente, pues es de todos conocido: la llamada industria editorial se confundió y se creyó parte de la industria manufacturera en general; era igual fabricar calcetines o corbatas de moda que fabricar libros. Y a partir de entonces empezó la voracidad monopolizadora de los grandes consorcios y las grandes corporaciones, que devoraron con facilidad a las editoriales más pequeñas; sus estrategias bien estudiadas han logrado una gran eficacia.

Primer resultado de estos movimientos: la industria editorial debe recuperar sus inversiones de inmediato y con suficientes ganancias para reinvertir y crecer. Lo que no se vende rápido (máximo tres meses), no sirve. Ahí se terminó la difusión del libro por recomendaciones personales de boca en boca; la única recomendación válida —y muy apresurada— es la publicitaria, ya sea a través de anuncios, cierto tipo de reseñas o algunos mostradores específicos en las librerías.

Segundo resultado: los grandes consorcios editoriales no se conforman sólo con eso; también compran periódicos, revistas y canales de televisión, además de incorporarse al negocio de los libros de texto. Así, la idea de la “cultura” queda determinada por muy poca gente, que se preocupa más por el negocio que por instigar curiosidades.

En las editoriales existe ahora un criterio —negativo según ellos, desde luego— que es el del “libro difícil”. Pero no se refieren con esto a mecánica cuántica, microbiología u otras cosas por el estilo, que deben incluirse en las colecciones de libros de texto. No. El libro difícil es el que va a llevar al lector a pensar y a cuestionarse los valores dados como verdades absolutas, es el libro que uno relee varias veces y cada vez encuentra cosas nuevas. Cada vez hay menos presupuesto —es decir, menos presupuesto recuperable de inmediato— para publicar estas obras. En cambio, los libros que los editores creen que se pueden vender en grandes cantidades y en poco tiempo son obras de reimpresión de autores clásicos solicitadas por los maestros de secundaria y preparatoria, o bien libros fáciles, ligeros, *light*, desechables y muy probablemente de la línea llamada de “superación personal”.

Y aquí vienen mis dudas, mi indignación y mi rabia, no lo niego. Las librerías han instalado en los sitios más visibles mesas y mesas con innumerables libros escritos por todo tipo de gurús o autores supuestamente “sabios” que nos dicen cómo ser felices, cómo estar sanos y cómo ser ricos, tal vez sólo en diez lecciones. Ya, con tantos que se han publicado y se han vendido, todos los habitantes de este planeta deberíamos ser sabios, bellos, felices, sanos y millonarios. Basta con hojear uno o dos o una docena de esos libros que los editores esperan y pretenden que se conviertan en *best sellers* instantáneos. Estos textos son el paradigma del desprecio a cualquier lector y, desde luego, no sólo por parte de los autores, sino sobre todo por parte de los editores que los solicitan, publican, distribuyen y difunden.

Recuerdo que hace mucho me pidieron que escribiera un guión sobre historia de quinto año de primaria para la “televisión educativa”. Me tocó hacerlo sobre la Edad Media y el Renacimiento. De fondo puse iglesias, haciendas, fortalezas, pintura, escultura y música europeas de la época. Mi guión fue rechazado con el argumento de que los niños mexicanos de provincia y del campo que no van a la escuela y estudian a través de la televisión “sólo entienden a los mariachis de Zacazonapan”, así, con esas palabras.

Lo mismo está sucediendo con las editoriales y los editores, que deciden cuáles son los libros en los que quieren invertir. Esas decisiones, esos criterios, no sólo reflejan el inmenso desprecio que tienen por el lector, el “consumidor” de su producto, sino que —peor aún— pretenden así ir moldeando la mentalidad y la (falta de) cultura de los consumidores de ese mercado. Al igual que las inmensas corporaciones que controlan gran parte de la ideología predominante, como Coca-Cola o Nestlé, los consorcios editoriales se han apoderado cada vez más de los grupos de medios de información. De esa forma se moldea tranquilamente y en poco tiempo el uso del idioma, la mentalidad y la ideología del público.

También recuerdo la época en que viajé por toda la República dando lecturas y conferencias, y descubrí que

Con tantos libros de “superación personal” como se han publicado y se han vendido, todos los habitantes de este planeta deberíamos ser sabios, bellos, felices, sanos y millonarios.

Las decisiones de las editoriales reflejan el inmenso desprecio que tienen por el lector, el “consumidor” de su producto.

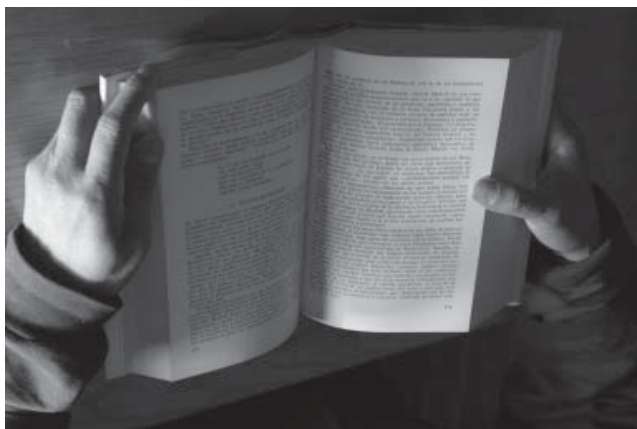
El público lector al que se dirigen los consorcios editoriales no es tan estúpido ni tan dócil como piensan los editores.

las escuelas técnicas, por ejemplo, casi no tenían libros en sus bibliotecas, y los pocos que había eran técnicos. Eso sucedía por problemas de distribución, sí, pero sobre todo porque los directores de esas escuelas habían decidido que a ningún alumno le interesaría otra cosa más que lo referente a la carrera técnica. Sin embargo, los muchachos se peleaban por un libro de literatura o de filosofía, y decidí llevar conmigo varios para repartirlos en esos lugares.

Hay un punto bueno en todo este asunto que se acerca peligrosamente a lo catastrófico. Ese público lector al que se dirigen los consorcios editoriales no es tan estúpido ni tan dócil como piensan los editores. Quienes compran libros ya se aburrieron de recetas simples, planas, inútiles y, además, repetidas hasta el hartazgo. Para mover las neuronas, que es una actividad saludable y muy entretenida, los lectores ya no quieren recurrir a los supuestos *best sellers* de superación personal. De ahí la “crisis” editorial y de lectura. Un libro que despierta la curiosidad, la reflexión y la imaginación invita inexorablemente a buscar otro libro; un libro que se burla de nuestro entendimiento se burla también de nuestro bolsillo, y lo menos que podemos hacer, en defensa propia, es no volver a caer en la misma trampa.

Y, mientras tanto, los editores organizan foros de discusión y análisis para buscar ideas brillantes acerca de cómo promover la lectura. Sinceramente les pregunto: ¿quién

va a querer leer la mayoría de las tonterías que se publican en decenas de miles de ejemplares? El desprecio no se resiste durante mucho tiempo. La industria editorial necesita más paciencia, más respeto y mucho más amor por el conocimiento y el ingenio humanos.



El espacio del libro en la posmodernidad

Je ne cherche pas à me souvenir de ce qui passe dans un livre.

Tout ce que je demande à un livre, c'est de m'inspirer ainsi de l'énergie et du courage, de me dire ainsi qu'il y a plus de vie que je ne peux en prendre, de me rappeler ainsi l'urgence d'agir.

RÉJEAN DUCHARME, *L'avalée des avals*

En un mundo visual que nos ofrece, de manera violenta, una sobreabundancia de estímulos e información, el hombre difícilmente puede, en esta sociedad de consumo, escapar a la bulimia de estímulos, al deseo de satisfacción inmediata. Lábilas son las horas de ocio. En ellas se desbordan las infinitas posibilidades de elección supuestamente individual para pasar el tiempo. Ante la profusa diversificación de opciones de entretenimiento y el afán actual de sacar la máxima ganancia con el menor esfuerzo y en el mínimo tiempo, ¿puede considerarse el libro como alternativa? ¿Tiene cabida en el mundo posmoderno? Y, en caso afirmativo, ¿a quién se puede acercar el libro?

Si se piensa en el nacimiento de la novela, cuando miles de personas quedaron entusiasmadas ante una nueva forma de entretenimiento que separaba la realidad de la ficción, podremos considerarla, ante todo, como producto de su momento histórico, más que como artículo de masas.¹

Ante la profusa diversificación de opciones de entretenimiento ¿puede considerarse el libro como alternativa?

¹ No hace falta ahondar mucho en el tema; existen sustanciales perspectivas de la transformación de la lectura a través del tiempo, co-



Nuestro tiempo, determinado por los medios de comunicación, ofrece una industria de entretenimiento sumamente sofisticada y diversificada que apologiza la imagen en movimiento. Ésta es la más efectiva, veloz y fugaz difusora. En el espacio de la imagen, con la televisión como principal medio de comunicación y culturización, el libro parecería no tener lugar, por ser, a pesar de su adaptación interactiva en los ámbitos tecnológico, digital y virtual, quizá, la actividad (o entretenimiento, si se quiere ver como tal) más demandante y paradójica.

Sin embargo, el espacio del libro persiste en todos sus sentidos. Dicho espacio necesita, para ser real, alguien que lo vea y lo experimente en toda su irrealidad. En ese espacio vive la imagen. ¿No es entonces propicio el libro a los tiempos? ¿Cuáles son sus ventajas en el mundo moderno? ¿Tiene que ver con el mundo de la generación digital? Las principales características de la lectura bastarán para ilustrar el espacio y la pertinencia del libro en el mundo posmoderno. Cada particularidad se presenta con su opuesto de la mano, confirmando así la experiencia paradójica y doble de la lectura.

Tiempo/Pérdida de tiempo. Al ser una actividad aparentemente improductiva e instalada en la inacción, la lectura se cree una pérdida de tiempo. De cualquier manera, el entretenimiento es siempre una manera de gastar el tiempo. Y, para ir más lejos, la ausencia de tiempo real en la lectura, su fascinante anulación en un tiempo irreal es, muy probablemente, la única posible liberación del tiempo irrefrenable. Sólo entonces somos capaces de detener el tiempo: llegamos a una tregua con él. La imagen propicia el salto a la intemporalidad.

La ausencia de tiempo real en la lectura, su fascinante anulación en un tiempo irreal es, muy probablemente, la única posible liberación del tiempo irrefrenable.

Acción/Pasividad. La lectura exige una posición física que, si bien puede cambiarse de cuando en cuando, requiere quietud. Sin embargo, a diferencia de la pasividad ante las

mo *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Cavallo y Chartier (eds.), Madrid, Taurus, 1998.

imágenes de la televisión, el cine o el teatro, esta actividad ocurre en el más íntimo de los espacios (el de quien escribe y su lector) y, por lo mismo, se presta para llevarla al espacio de preferencia: desde la cama, pasando por el baño, el escritorio y la cocina, hasta el parque, o bien, para los obsesivos, en el peligro de la lectura furtiva en el semáforo. Si bien a primera vista, la lectura parece alejarnos de la acción y el intercambio social, para ser posible necesita una circulación interna, un movimiento de las emociones, una introspección. El movimiento de la imagen no tiene lugar sino desde nuestro propio espacio interior, de afuera hacia dentro y viceversa. La historia que se lee no es un estímulo al que simplemente haya que responder sin participar de manera activa en toda su pasividad, que más bien es recogimiento y contradicción. La acción transcurre en las páginas del libro gracias a la acción que sucede dentro del que lee.

Si bien a primera vista la lectura parece alejarnos de la acción, para ser posible necesita una introspección.

Creación/Recepción. La creación es la acción de la lectura. A diferencia de la actividad artística o de entretenimiento, la lectura demanda una participación en la obra incompleta del autor. Incompleta hasta que alguien la lee. Y aquí no se habla de una labor mera o esencialmente intelectual, sino imaginativa. Más aún: la imagen *en movimiento* se encuentra aquí más viva que nunca y dotada de más recursos: la imagen, antes que el valor o el signo, se forma dentro, se transforma en la medida en que pasan las páginas y van cobrando mayor sentido las palabras; se trata de un movimiento desde las profundidades, de una creación de espacios.

Concentración-Atención/Olvido-Separación. Para la acción de la creación se requiere un escucha, un receptor. Como en el cine, el teatro, el cómic o los sueños, no se trata sólo de recordar o deglutir las imágenes, sino de leerlas. De igual forma, para sumergirse en el mundo de la lectura se demanda un olvido y una separación del mundo cotidiano.

Silencio/Voz. El silencio, antivalor de la sociedad contemporánea, aparece como otro atributo para la masiva im-

popularidad de la lectura. El receptor tiene que escuchar la historia y su silencio; en su propia voz se escuchan las palabras del otro. Silencio para escuchar otras voces, ojos para imágenes inexistentes. Silencio para escuchar los ecos.

Soledad, pero en compañía de otra voz. Como un médium, el lector se apropia de una voz ajena y se identifica con ella. Soledad que significa apartamiento, pero que no disipa la soledad esencial. No se trata aquí de un mero aislamiento: “La función de la novela es ayudar a los seres humanos a que se adapten a la fragmentación y aislamiento del mundo moderno”.² Es en esa adaptación como el texto y el individuo logran la fusión en la paradoja.

*Uno puede detener el
flujo de imágenes y
acciones en el momento
en que intuya que hay
algo más que lo que lee.*

Control/Abandono. La lectura puede interrumpirse en cualquier momento. No sólo temporalmente cuando el mundo real demanda acción, sino cuando el texto o la historia llevan a la reflexión. Uno puede detener el flujo de imágenes y acciones en el momento en que intuya que hay algo más que lo que lee, o bien cuando surja la necesidad espontánea de asociar ese mundo con el interno y el real cotidiano. De igual manera, la lectura exige abandono (un paso más allá de la separación inicial) del mundo: los quehaceres diarios y la rutina se dejan de lado para sumergirse en un mundo que es ajeno y que, sin embargo, nos remite a lo que somos; nos rodea y nos conecta a una mirada fresca, resplandeciente, con la distancia que crea la perspectiva. El abandono o anulación del mundo, paradójicamente, lo vuelven más presente; la distancia, más íntimo, más nítido, entrañable. Es el espacio del reconocimiento y la identificación que la imagen crea. “La imagen nos habla, y parece que nos hablara íntimamente de nosotros mismos [...] a propósito de cada cosa, nos habla de menos que la cosa, pero de no-

² Davis Lennard, *Resistir a la novela. Novelas para resistir*, Madrid, Debate, 2002.

sotros mismos, y a propósito de nosotros, de menos que nosotros.”³

Intimidad/Perspectiva. La intimidad de la lectura logra, gracias a la imagen de lo abandonado por un momento, la perspectiva del mundo en que se vive. No se trata de que, de pronto, gracias a la lectura, el mundo —¡por fin!— se vuelva comprensible, cobre sentido. El sentido y la estructura sólo se encuentran en la novela.

El alejamiento está aquí en el corazón de la cosa. La cosa estaba allí, y la captábamos en movimiento vivo de una acción comprensiva; pero convertida en imagen, instantáneamente se transforma en lo inasible, lo inactual, lo impasible, no la misma cosa alejada, sino esta cosa como alejamiento, lo presente en su ausencia, lo aprensible en lo inasible, apareciendo en tanto desaparecida, el retorno de lo que no regresa, el corazón extraño de la lejanía como vida y corazón único de la cosa. En la imagen, el objeto roza de nuevo algo que había dominado para ser objeto, contra el que se había edificado y definido, pero ahora que su valor, su significación, están suspendidos, ahora que el mundo lo abandona a la inacción y lo aparta, la verdad retrocede en él, lo elemental lo reivindica, empobrecimiento y enriquecimiento lo consagran como imagen.⁴

Se ha enfatizado la permeabilidad de la imagen en movimiento en la lectura y, por ende, su vínculo y espacio con la posmodernidad. Si bien muchas características mencionadas se aplicarían a cualquier acción, arte o entretenimiento, las peculiaridades de la lectura han quedado expuestas. Evidentemente, cada alternativa ofrecida al hombre contemporáneo, así como cada arte, debe ser diferenciada. ¿Por qué se insiste en querer privilegiar la lectura? ¿No resulta igualmente estimulante descubrir nuevas formas de ver o pensar por medio del cine? ¿No amplía los

Se ha enfatizado la permeabilidad de la imagen en movimiento en la lectura y, por ende, su vínculo y espacio con la posmodernidad.

³ Maurice Blanchot, “Las dos versiones de lo imaginario”, en *El espacio literario*, Buenos Aires, Paidós, p. 243.

⁴ M. Blanchot, *op. cit.*, pp. 244-245.

horizontes de una persona descubrir música de lejanos lugares descargándola de Internet? ¿No resulta informativo un documental en la televisión?

Quizá el punto por explorar no es si se debe privilegiar la lectura sobre otras obras artísticas, productos, actividades culturales o de entretenimiento, sino a quién se puede hacer accesible este espacio en una era en que, precisamente, la accesibilidad crea confusión y dificulta la elección real e individual. Quién puede integrarse al espacio de la lectura ahora de manera más espontánea, engrosar sus filas y hacerlo suyo. Pensemos para esto en otra característica del libro: el asombro. Asombro que es revelación, hallazgo, encuentro, identificación, admiración, fascinación, deleite (desde sensual hasta espiritual), desconcierto.

El público ideal para ser iniciado en la lectura, aquel con la capacidad de sorprenderse de manera espontánea, lo constituyen los niños.

Si se parte del asombro, el público ideal para ser iniciado en la lectura, aquel con la capacidad de sorprenderse, fascinarse y maravillarse de manera espontánea, lo constituyen, naturalmente, los niños. Cualquier libro contiene, en sí mismo, el germen con el que el niño desarrolla una manera luminosa de expresar lo que lleva dentro, de dominar las palabras, haciéndolas decir aquello que quiere expresar. El libro, siempre que sea estimulante y original, desarrollará su capacidad de atención, llevándolo a esa claridad que trae la precisión de la palabra escrita. Sin embargo, una vez que el escritor, padre de familia o institución decide deliberadamente acercar un libro de intención didáctica a un niño, lo más probable es que lo aleje de la lectura, al convertirlo ante sus ojos en algo *bueno y provechoso*, con todo el aburrimiento que estas palabras implican.

Hay más de una razón para acercarle un libro a un niño y dirigir hacia él mayores esfuerzos, independientemente de que no se asegure su fidelidad como lector. En un país como México, donde el analfabetismo alcanza poco más de 9%, la mitad de la población mayor de quince años tiene un considerable rezago educativo, y 70% de los estudiantes tiene un desempeño de regular a malo,⁵ la mayoría

⁵ Sergio Aguayo, *Almanaque mexicano 2001*, México, Grijalbo, p. 95.

de la gente no puede sino leer literatura fácil, principalmente historietas y fotonovelas.

La infancia es la edad más propicia para iniciarse en la lectura. “Si la lectura contribuye a la formación de la personalidad es, sin duda, porque interviene en momentos particularmente importantes de la formación de esa personalidad.”⁶ Si se da el contacto fascinante con el libro que nos marca de manera inesperada, el niño descubre parte del mundo por medio del libro, quizá se asome o vislumbre algo antes de vivirlo; desde ahí puede intuirlo y saborearlo antes de sufrirlo en toda su experiencia. Si el niño encuentra otros modelos⁷ a los cuales referirse, con los que identificarse, encuentra también otras posibilidades, un panorama de la vida que podría vivir o de todo lo que ésta puede ofrecerle: la lectura, entonces, invita a la acción, a la vida.⁸ Por supuesto, la fidelidad a la lectura dependerá de múltiples factores, pero, más que nada, de la suerte de haber tenido entre las manos la lectura propicia y asombrosa que invita a la continuación incesante.

El desmesurado incremento de los anticipos por derechos de autor de libros infantiles en las ferias internacionales es sólo una muestra de cómo la industria editorial responde al mundo. No se trata de que el mundo editorial de pronto se lance a la tarea altruista de publicar libros infantiles al por mayor para fomentar la lectura; se trata de vender libros, de responder a la demanda y necesidad que los niños han hecho evidente. Aquí se hace una llamada de atención, una señal por parte de ellos, una necesidad de alimentarse algo que no está satisfecho. Si bien ahora mismo se tacha a *Harry Potter* de fenómeno de *marketing*, la popularidad del libro fue de boca en oreja. ¿Qué tiene *Harry Potter* que ha llevado a los niños a leer novelas, a meter las narices en los supuestamente impopulares libros del mundo digital donde



¿Qué tiene Harry Potter que ha llevado a los niños a leer novelas, a meter las narices en los supuestamente impopulares libros?

⁶ Hélène Gratiot-Alphandéry, *El poder de leer*, Gedisa, Barcelona, 1985, p. 50.

⁷ H. Gratiot-Alphandéry, *op. cit.*

⁸ Véase epígrafe inicial del texto, cita de la novela de Ducharme, París, Gallimard, 1966.



*El libro tiene un espacio
en el mundo posmo-
derno, el niño es quien
introduce ese espacio en
su mundo.*

los videojuegos resultan más atractivos? La respuesta se encuentra en dos elementos que se fusionan en esta novela: los referentes al mundo que viven los niños y los “ingredientes” imaginarios a los que ya no tienen acceso fácilmente: iniciación, magia, mitología. *Harry Potter* es una novela ecléctica producto de su época, y en ese sentido, un pro-

ducto posmoderno de extraordinario éxito.

Si el medio cultural, social y económico impulsa al libro, la tarea de los editores sigue siendo la misma: “facilitar las lecturas necesarias”.⁹ Como en el caso de los libros infantiles, en todas las demás publicaciones los editores responden al mundo en el que viven, no viceversa. Publican, en su mayoría, libros comerciales para lectores sencillos.¹⁰ La dependencia de lo efímero, característica del mundo actual, es también destino de los editores en una industria difícil y en crisis.

Aunque no se puede pontificar sobre la forma de pasar el tiempo y la manera de reflexionar sobre lo que sucede a nuestro alrededor y dentro de uno mismo, se puede decir que hay un espacio editorial y comercial propicio para explorar y explotar libros infantiles, tanto para los editores interesados primordialmente en vender como para los que aún conservan las características del antiguo editor, ahora en vías de extinción, pero también sujeto a las mismas leyes de mercado. El libro tiene un espacio en el mundo posmoderno, el niño es quien introduce ese espacio en su mundo; el editor puede propiciarlo incluso en tiempo de crisis y de fragmentación de antiguas certezas.

⁹ Véase Jason Epstein, *La industria del libro: pasado, presente y futuro de la edición* (tr. Jaime Zulaika), Barcelona, Anagrama, 2002.

¹⁰ De *Kalimán* y *Lágrimas y risas* llegaron a circular en el país más de dos millones de ejemplares a la semana (ref. Cecilia Graves, “La Secretaría de Educación Pública y la lectura”, *Historia del libro en México*, México, Colmes, p. 357), y ahora las cifras, aunque han decrecido considerablemente, siguen siendo extraordinarias.

Los editores frente al fomento de la lectura

Según un multicitado estudio que la UNESCO realizó en 108 países sobre los hábitos de lectura de sus poblaciones, México ocupa el lugar 107. El nivel educativo y la aptitud lectora de los mexicanos, que van de la mano sin remedio, son alarmantemente deficientes. Lo sabíamos, pero nunca nos lo habían demostrado con tanta contundencia. Intelectuales, periodistas, editores, libreros, profesores, funcionarios de cultura, gente preocupada por tan triste situación, se preguntan qué hacer para conseguir que el público lea más y aprenda a leer mejor. Programas de fomento a la lectura vienen y van, siempre con nulos o poco visibles resultados. A ochenta años del proyecto educativo de José Vasconcelos, con la edición masiva de clásicos universales y la construcción de numerosas bibliotecas; a casi setenta años de la fundación del Fondo de Cultura Económica y más de una década de un intensivo programa de publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México todavía no es “un país de lectores”. A juzgar por las estadísticas, muy lejos está de alcanzar ese deseable objetivo. Así como somos una nación en permanente tránsito a la democracia, también estamos en permanente tránsito al aprecio generalizado por la cultura escrita. No es improbable que alguna relación haya entre ambos estados.

Gabriel Zaid ilustra con una atinada observación el tamaño de la cuesta que hay que remontar: “El problema del libro no está en los millones de pobres que apenas saben leer y escribir, sino en los millones de universitarios que no

Es difícil acercar a la lectura y al gusto por los libros a alguien que no haya adquirido el hábito en sus primeros quince o veinte años de vida.

quieren leer, sino escribir. Lo cual implica (porque la lectura hace vicio, como fumar) que nunca le han dado el golpe a la lectura: que nunca han llegado a saber lo que es leer” (*Los demasiados libros*, p. 52); así, “la gran barrera a la difusión del libro está en las masas de privilegiados que fueron a la universidad y no aprendieron a leer un libro” (p. 56).

En este desolador contexto, a un conjunto de editores nos invitan a preguntarnos qué podemos hacer, desde nuestra función de editores, en favor del fomento de la lectura. Quienes sólo publican libros para adultos y quienes publican libros para niños y jóvenes están a este respecto en una situación radicalmente distinta. La de estos últimos es mucho más ventajosa. Es difícil acercar a la lectura y al gusto por los libros a alguien que no haya adquirido el hábito en sus primeros quince o veinte años de vida, pero los editores que cuentan en su catálogo con colecciones infantiles tienen cierto papel activo en la formación de los lectores del futuro y participan, junto con madres y padres de familia y maestros de escuela, en el modelado temprano de inclinaciones lectoras. Qué privilegiados, y qué cara responsabilidad les toca enfrentar.

A diferencia de los editores de libros infantiles y juveniles, los demás se enfrentan a un público adulto que en lo básico ya es como es. Un público que con el tiempo y la experiencia podrá tal vez cambiar de opinión en cuanto a ciertos temas, ajustar su posición política, afinar sus inclinaciones lectoras, oscilar en sus gustos musicales, pero que o bien tiene la inquietud por ampliar su conocimiento y enriquecer sus fuentes de placer por la vía de los libros o bien no la tiene. Con quienes no la tienen, poco pueden hacer otros que no sean ellos mismos para lograr que se percaten de cuánto se pierden.

A la dramática escasez de público lector se suma un agravante: entre los lectores potenciales, una inmensa mayoría no sabe discernir entre los buenos y los malos libros, entre los autores valiosos y los mediocres, y se deja llevar por las modas o bien elige sus lecturas basándose en criterios dudosos (la publicidad, la portada, el “número de ejemplares

vendidos” según la fajilla, la exhibición en librerías y cadenas comerciales). Como señala Fernando Escalante Gonzalbo, “no es tan fácil saber de antemano si un libro es bueno o malo. Si no se tiene otra noticia, hay que leerlo para enterarse. Esa utilidad tenían en otro tiempo las revistas y los suplementos literarios: ayudaban a descubrir a los autores y los títulos que valía la pena leer. Hoy en día la crítica de libros es algo secundario e improvisado, si no tiene una función directamente publicitaria a cuenta de algunos consorcios editoriales, de modo que si sobrevive, es inútil” (“Los libros derrotados”).

Al parecer, en cierto tipo de editores, los de revistas culturales, recae una parte de la responsabilidad en la formación del gusto por los buenos libros. O más bien, ellos tienen la oportunidad de contribuir a forjar un país con más lectores y sobre todo más exigentes. ¿Sería tan complicado y costoso abrir unas páginas para las reseñas críticas e imparciales a cargo de lectores-autores experimentados, en lugar del consabido reciclaje al infinito del texto de contraportada? Quien quiera hacer un experimento deprimente asómese a los comentarios espontáneos de los lectorescompradores en la librería virtual Amazon y compárelos con cualquier reseña en alguna revista cultural mexicana escrita por alguien a quien se le pagó por hacerlo. Compare el sentido crítico de los comentaristas, su redacción, su criterio, su lucidez. Con esto tendrá patéticamente a la vista la abismal diferencia entre el primer mundo y el subdesarrollado, entre una población educada e instruida y otra que no termina de serlo.

Ahora bien, a los editores que publican “libros que se venden” aunque carezcan de valor intrínseco, en demérito de libros valiosos que jamás encontrarían más de dos mil o tres mil lectores (incluidos quienes los leerían en fotocopias o en ejemplares prestados), ¿qué se les puede reprochar? Sencillamente están aprovechando las ventajas que ofrecen el capitalismo y la libertad de expresión, y son astutos para responder a las coyunturas y a las modas. Tal vez lo que nos molesta de ellos es que están acabando con la concepción romántica del editor como alguien que busca, más

¿Sería tan complicado y costoso abrir unas páginas para las reseñas críticas e imparciales a cargo de lectores-autores experimentados?

que la ganancia económica, las recompensas de la actividad por sí misma y el orgullo personal por publicar a un buen autor, por mucho que no esté destinado a las masas (véase J. Epstein, *Book business*). O es posible que yerren al dirigir sus baterías a un público de lectores ocasionales y descuidar, en consecuencia, a los lectores por vocación, que a la larga son clientes más fieles y constantes, mejores compradores de libros a fin de cuentas.

Pero, por supuesto, el problema no reside en que haya editores-negociantes astutos que sepan responder a la demanda de libros facilones, insustanciales e intrascendentes, iguales unos a otros. El problema está en que haya tal demanda, en que los pocos lectores que de por sí existen prefieran comprar y leer esos libros y no otros que acaso les exigirían una mayor concentración, algo más de tiempo y tal vez más esfuerzo intelectual (a cambio, claro, de una mayor remuneración en especie, a saber, una más memorable, determinante y gozosa experiencia). El problema está en que la inmensa mayoría de la gente que mal que bien lee por lo menos dos o tres libros al año no se acerca a la lectura por el puro gusto de leer o por amor al conocimiento que se transmite mediante la palabra escrita, sino que busca manuales que le ofrezcan la solución a algún problema o el desenmañaramiento definitivo de su vida emocional. No, los editores de *best sellers* desechables y de libros que ofrecen promesas de transformación espiritual al instante no tienen la culpa de que tanta gente quiera leer el tipo de libros que con oportunismo ellos publican.

Incluso para los editores de libros dirigidos a públicos selectos, especializados y minoritarios, la actividad tiene que ser a fin de cuentas un negocio. Ninguna empresa (y no perdamos de vista que toda editorial es una empresa con factores monetarios en juego) sobrevive si no recupera en un tiempo más o menos breve el dinero que ha invertido en fabricar el producto, promocionarlo y colocarlo en los puntos de venta o hacerlo llegar al consumidor final. Una editorial movida por el voluntarismo, por noble que sea su finalidad, si sus libros no se venden, pronto terminará en la quiebra.

La mayoría de la gente que mal que bien lee por lo menos dos o tres libros al año no se acerca a la lectura por el puro gusto de leer o por amor al conocimiento.

Además de los pequeños editores que publican libros en tirajes modestos y mantienen viva la tradición del editor que trabaja más por amor al arte que por hacer el gran negocio, hasta hace poco era relativamente común que en los catálogos de las editoriales medianas convivieran libros “de larga andadura” que se vendían en cantidades nada espectaculares pero de manera continuada a lo largo de los años y libros que podían dar lustre a un fondo aunque sus ventas fueran modestísimas y con una sola impresión bastara hasta el fin de los tiempos, con libros que sí se vendían mucho, aunque no fueran las obras maestras de las que el editor pudiera sentirse precisamente orgulloso. Estos últimos libros cumplían la función de subsidiar a los otros, que no daban grandes beneficios monetarios sino un tipo de beneficio intangible aunque según la concepción romántica del oficio más valioso: el renombre del fondo editorial (véanse A. Schifffrin, *La edición sin editores*, y J. Herralde, *Opiniones mohicanas*). Hoy en día, sin embargo, sobreviven poquísimos editores que puedan y quieran darse el lujo de publicar obras que de antemano se sabe que jamás llegarán a vender 5 000 o 10 000 ejemplares, pero que a pesar de eso representan una contribución significativa a la cultura y sólo por eso vale la pena apostar por ellas. Este panorama amenaza la supervivencia del libro como vehículo de cultura y como instrumento democratizador mucho más que cualquier nueva tecnología o cualquier nuevo medio de comunicación.

Entonces, ¿qué pueden hacer los editores de libros para adultos a fin de que la gente lea más? Muy poco. Para que la gente lea mejores libros podrían hacer un poco más, por ejemplo, publicar más libros buenos. Pero el problema de la escasez de lectores viene de muy atrás y sin duda es responsabilidad central del Estado que no ha conseguido elevar el nivel educativo de la población. Porque, como se



Hoy en día sobreviven poquísimos editores que puedan y quieran darse el lujo de publicar obras que de antemano se sabe que jamás llegarán a vender 5 000 o 10 000 ejemplares.

Algunos pequeños editores de títulos selectos no han claudicado, e incluso de repente nacen nuevos, a pesar de lo golpeada que está la industria.

sabe, con la educación viene todo lo demás. Bien harían los funcionarios de cultura en preguntarse seriamente en qué han fallado todos los intentos anteriores por acercar a la gente a los libros. Cuando tuvieran respuestas y conforme fueran logrando esa finalidad, los editores, desde luego, aprovecharían la coyuntura. Publicarían más libros y en mayores tirajes en respuesta (como siempre ha sido) a las exigencias del mercado. Lo que les toca ahora y les tocaría entonces a los editores es seguir publicando libros, cada uno para el “nicho de mercado” en que se haya colocado.

Felizmente, algunos pequeños editores de títulos selectos no han claudicado, e incluso de repente nacen nuevos, a pesar de lo golpeada que está la industria, no sólo por crisis económicas sino sobre todo por el desinterés estatal disimulado con programas aislados e infructuosos. Algunos editores heroicos todavía se dan el costoso lujo de publicar por convicción personal, estar alertas a la aparición de nuevos talentos, apostar por autores en los que creen. Y con eso no logran que se lea más, pero sí ofrecen alternativas a los lectores no conformistas y más inquietos. Ojalá que siga habiendo editores que cooperen “con los autores en la creación y elaboración de sus obras y orienten a una sociedad ávida de lectura” (E. de la Torre Villar, p. 17). Con la acotación realista: a esas personas de la sociedad que efectivamente están ávidas de lectura.

Aunque más hacer que la generalidad de la gente lea más quede fuera de nuestras posibilidades, hay objetivos más modestos que no sería descabellado que cada responsable editorial se planteara. Contribuir a la profesionalización del oficio editorial y a que la gente se lo tome en serio, por ejemplo, es algo que sin duda cae en nuestro ámbito de influencia. ¿Cuántos editores todavía se preocupan por sacar ediciones limpias y cuidadas, libres no sólo de erratas sino de faltas de concordancia gramatical cuando no de ortografía? ¿Cuántos rechazan las traducciones que no son sino calcos de los idiomas de origen y no responden al genio de la lengua española? ¿A cuántos se les eriza la piel al encontrarse con una coma mal puesta, con una sintaxis enreda-

da? ¿Cuántos se preocupan por saber más que sus colaboradores a fin de juzgar mejor su trabajo? Tengo la impresión de que muy pocos.

Los editores tendríamos que ser más estrictos con nosotros mismos y exigir mejor rendimiento a nuestros correctores, lectores de pruebas y traductores. Somos los responsables últimos de la edición: vigilémosla, pues, más de cerca. Enseñémosles a nuestros colaboradores lo que sabemos y aprendamos cada día más junto con ellos. Leamos, nosotros mismos, libros sobre la lengua y sus avatares. Este propósito, aunque no tenga el resultado directo de que la población en general lea más o sea más selecta en sus lecturas, sí ayuda a evitar la degradación del idioma y del lenguaje escrito. Una alta aspiración que, con todo, está a nuestro alcance.

Con este fin recomiendo encarecidamente a mis colegas, además de la consulta permanente de diccionarios y gramáticas de la lengua, algunas lecturas muy disfrutables: *El dardo en la palabra*, de Fernando Lázaro Carreter; *Minucias*



del lenguaje y Nuevas minucias del lenguaje, de José G. Moreno de Alba; *Defensa apasionada del idioma español*, de Álex Grijelmo; *Diccionario de dificultades del inglés*, de Alonso Torrents dels Prats; *Manual de traducción inglés-castellano*, de Juan Gabriel López Guix y Jacqueline Minett Wilkinson. Estos dos últimos serán útiles no sólo para traductores del inglés, sino para cualquiera preocupado por el cultivo del idioma español e interesado en el lenguaje escrito en general.

Bibliografía

- De la Torre Villar, Ernesto, *Elogio y defensa del libro*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Epstein, Jason, *Book business. Publishing past, present and future*, Nueva York, Norton, 2001 (traducción al español: *La industria del libro*, trad. Jaime Zulaika, Barcelona, Anagrama, 2002).
- Escalante Gonzalbo, Fernando, "Los libros derrotados", *Nexos*, septiembre de 2001.
- Grijelmo, Álex, *Defensa apasionada del idioma español*, Madrid, Taurus, 1998.
- Herralde, Jorge, *Opiniones mohicanas*, México, Aldus, 2000.
- Lázaro Carreter, Fernando, *El dardo en la palabra*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 1998.
- López Guix, Juan Gabriel, y Jacqueline Minett Wilkinson, *Manual de traducción inglés-castellano*, Barcelona, Gedisa, 1997.
- Moreno de Alba, José G., *Minucias del lenguaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- , *Nuevas minucias del lenguaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Schiffrin, André, *La edición sin editores. Las grandes corporaciones y la cultura*, trad. Eduardo Gonzalo, México, Era, 2001.
- Torrents dels Prats, Alonso, *Diccionario de dificultades del inglés*, Barcelona, Juventud, 1989.
- Zaid, Gabriel, *Los demasiados libros*, Barcelona, Anagrama, 1996.

The background is a solid light gray. Overlaid on this are several concentric circles in a slightly darker shade of gray. In the lower half of the image, there is a large, stylized, light gray shape that resembles a figure with arms outstretched or a wide, open book, positioned behind the text.

Hacia 1500-1510 la imprenta había ganado la partida.
Cada vez más los libros impresos relegaban a segunda fila
a los manuscritos, y éstos, a partir de 1550, casi no eran
consultados sino por los eruditos.

Lucien Febvre y Henri-Jean Martin,
La aparición del libro

¿Quién abrirá los libros?

Hablar de los niveles de lectura en México es acercarnos a un asunto bastante ambiguo puesto que no existen índices confiables, según el estrato socioeconómico, la región del país y otros parámetros, que nos permitan contestar preguntas como las siguientes: ¿Qué leen los mexicanos? ¿Quiénes leen más? ¿Por qué a unos les gusta leer y a otros no? ¿Leen los niños algo más que los libros de texto? ¿Puede el editor formar lectores? ¿Cómo?

A poco que empiece uno a cuestionarse sobre la escasez de lectores, surgen preguntas que tratan de atribuir la responsabilidad o la tarea de formar lectores a unos u otros agentes de la sociedad. Y así nos topamos con que entre los responsables de formar lectores se encuentran el Estado, con





su infraestructura escolar y extraescolar ya montada y quizá desaprovechada, que va desde las escuelas mismas como espacios formales de aprendizaje de la lectoescritura hasta las bibliotecas, o los programas de lectura de algunas otras instancias, como el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, más el trabajo de

los estados en sus áreas de influencia; la familia como núcleo primario de convivencia social del niño; la sociedad civil, con su capacidad (o incapacidad) organizadora de actividades y espacios a favor de la lectura; los autores como procreadores de la materia prima: los libros; los editores como responsables de hacer que los libros existan; los libreros o distribuidores como eslabón final de la cadena que hace posible (y a veces imposible) que el libro llegue a su destino final: un ojo ávido de lectura.

Entonces, hay una infinidad de cuestionamientos y problemas por abordar si queremos obtener una panorámica de lo que significa formar lectores en México. Aquí nos interesa al menos responder dos preguntas básicas para explicar la escasez de lectores: por un lado, ¿por qué los niños no leen o no leen lo suficiente, más allá del material didáctico y los libros de texto?; y por otro, ¿qué papel pueden desempeñar los editores en la formación de lectores?

**La biblioteca,
esa mazmorra
llena de polilla**

Como núcleo primario de la enseñanza de la lectoescritura, la escuela debiera ser en términos formales la principal formadora de lectores, por una razón muy simple. Asumamos que vivimos en un país eminentemente urbano, pero con una proporción todavía importante de población rural cuyo único acceso al lenguaje escrito en su etapa formativa suele ser la escuela y los libros de texto.

El niño urbano, cuyo entorno está lleno de estímulos visuales que tienen que ver con el lenguaje escrito (anuncios, etiquetas de productos y mercancías, instructivos de juguetes, señalizaciones viales), llega a la educación formal con un bagaje nada despreciable sobre las múltiples funciones de la lectoescritura: como formadora de conocimientos, como fuente de acceso a datos para orientarse en el espacio urbano, como entretenimiento, como informadora de datos para actividades cotidianas (ir al cine, rentar un video, asistir a un espectáculo o concierto, llamar por teléfono y consultar un número en el directorio). Además, hay muchas probabilidades de que entre en contacto, tempranamente, con periódicos, revistas, folletos publicitarios, libros, etcétera.

El niño rural, por el contrario, probablemente esté alejado de este tipo de materiales hasta que ingrese a la escuela, por lo que su grado de maduración en el manejo de los materiales escritos como parte de la vida cotidiana no será el mismo que el del niño urbano. Así pues, la escuela debe asumir como tarea primordial la de promover en el niño una actitud positiva ante la lectura, presentándosela como una actividad gozosa, de disfrute, y no como una mera carga escolar cuyo objeto sea la acumulación de datos de contenido vacío para la mente infantil.

Algunos autores (Ferreiro, Castrillón, Goldin)¹ han analizado este papel de la escuela como formadora de lectores, y han llegado a la conclusión de que en el sistema escolar existe una forma equivocada de acercar al niño a la lectura que, a la larga, lo vacuna contra esa actividad tan necesaria para conformar individuos libres y capaces de razonar autónomamente.

En el aula de preescolar prevalece una actitud negadora de la lectoescritura que distorsiona los conocimientos previos que el niño ha adquirido en casa.

¹ Emilia Ferreiro, "El espacio de la lectura y la escritura en la educación preescolar", *Libros de México*, núm. 47, 1997, pp. 29-31; Silvia Castrillón, "¿Estamos formando lectores?", *Libros de México*, núm. 16, 1989; Daniel Goldin, "El poder y la formación de lectores en la escuela. Reflexiones en torno al papel de los directores en la formación de lectores", conferencia dictada en Oaxtepec, Morelos, el 29 de enero de 2000, en el foro de análisis Líderes educativos: por una nueva escuela urbana, edición electrónica en el portal web de la Secretaría de Educación Pública.

Emilia Ferreiro analiza lo que sucede en el espacio de la educación preescolar con la lectoescritura. Según la autora, hay una formulación errónea respecto de este aprendizaje que ha perjudicado la habilidad lectora de nuestros niños. En cuanto a la cuestión de si se debe o no enseñar a leer y escribir en el jardín de niños, hay que advertir que en el aula de preescolar prevalece una actitud negadora de tales actividades que distorsiona los conocimientos previos que el niño ha adquirido en casa.

Los maestros actúan en el aula como si no supiesen leer o escribir, pues todas las actividades que realizan ante los niños niegan esa capacidad, como si no formara parte de la realidad que el niño vive en todas partes. De esta forma, mientras que en la casa los estímulos son permanentes, y la curiosidad infantil lleva a una familiarización con la lectura como una actividad a la que se llega de manera natural, en la escuela se produce la ausencia de escritura y lectura, lo que en la mente del niño opera de tal modo que se asimila a algo que nada tiene que ver con él, salvo en el tiempo de tortura escolar. Y todo esto a pesar de que:

Los niños *inician* su aprendizaje del sistema de escritura en los más variados contextos, porque la escritura forma parte del sistema urbano [...] trabajan cognoscitivamente (es decir, tratan de comprender) desde muy temprana edad informaciones de distinta naturaleza y procedencia [...] No tiene ningún sentido dejar al niño al margen de la lengua escrita, “esperando que madure”.²

La lectura es sobre todo una habilidad que nos permite acceder al mundo para analizarlo, manejarlo, controlarlo y aportar nuestra propia experiencia en el ámbito en que cada uno se desarrolle.

Por su parte, Silvia Castrillón destaca la importancia de que el niño viva y aprenda la lectura como parte de su vida cotidiana, y no sólo como instrumento de aprendizaje escolar, pues

el niño contemporáneo se encuentra sometido a los estímulos de un mundo de imágenes, de informaciones, de datos, que se le presentan de forma caótica, sin discriminación ni

² Emilia Ferreiro, *op. cit.*, p. 30.

orden. Es preciso ofrecerle herramientas de análisis que le permitan organizar la yuxtaposición anárquica de la información que se le ofrece y puntos de partida desde los cuales el niño pueda construir un conocimiento que controle, analice y critique.

El libro, el texto escrito, encontrará aquí su primer papel, como instrumento de organización, de comprensión y de síntesis que permite al niño tomar posesión de la información, que reafirma su libertad y su autonomía y que le permite cambiar su papel de receptor pasivo de la información en interlocutor activo.³



Desde esta perspectiva, la lectura no sólo constituye, como actualmente sucede para una buena parte de la población, un deber escolar que termina el día que recibimos nuestro diploma de graduados y lanzamos al aire el birrete; es sobre todo una habilidad que nos permite acceder al mundo para analizarlo, manejarlo, controlarlo y aportar nuestra propia experiencia en el ámbito en que cada uno se desarrolle.

Ser lectores no sólo significa entonces que somos muy cultos y que nuestra casa está repleta de estantes con libros de pasta dura, lomos gordos de piel y temas insondables; significa principalmente que leemos para vivir en el mundo sin *handicaps*, puesto que vivimos inmersos en la información; información escrita, para más señas, porque incluso las nuevas tecnologías implican la capacidad de lectura, pero una lectura que comprende, analiza, se apropia y contextualiza lo que lee en el propio marco de referencia, que es individual e intransferible.

³ Silvia Castrillón, *op. cit.*, p. 40.

*Objeto de culto, los
libros parecen estar
condenados al estante,
lejos del ojo lector,
separados de su
propósito original:
la mirada cómplice.*

Resulta pues ilógico y nocivo que la escuela parezca alejar, desalentar al niño de la lectura. Y parece que sigue siendo así, porque el modelo actual de aprendizaje de la lectoescritura hace que el proceso sea árido, que esté descontextualizado del mundo real:

A este niño, por lo general ansioso por aprender, se le enfrenta a un sistema de aprendizaje que ignora por completo su experiencia de vida, y que presenta el lenguaje escrito en forma de letras, sílabas y frases sin sentido y organizado en una secuencia impuesta por el adulto por niveles de dificultad que no dicen nada al niño [...] la escuela da un carácter artificial a lo escrito, el cual aparece allí sólo como una materia para la enseñanza, separado de todo contexto de significación, divorciado de la vida.⁴

Jesús Anaya Rosique opina,⁵ además, que los libros siguen estando demasiado sacralizados, y que a esta actitud de exagerado respeto no corresponde en la realidad un afán por acercarlos a los lectores. Objeto de culto, los libros parecen estar condenados al estante, lejos del ojo lector, separados de su propósito original: la mirada cómplice, el diálogo irremplazable del autor con el lector.

Así pues, el niño es prontamente, en la escuela, amante desalentado de las virtudes de la lectura. Como actividad que el maestro controla, evalúa y regula, el estudiante asumirá ante ella la actitud pasiva de quien debe asimilar determinada carga para salir bien librado, y nada más. Por eso, lo deseable será huir de la lectura. No en vano a lo largo de los años escolares la biblioteca escolar suele ser un lugar de castigo, más que un espacio de convivencia con los libros como fuente de conocimiento y placer. El niño ignora la riqueza que esconden los libros, y pronto dejará de tener alguna expectativa sobre ese objeto inútil de tortura. En sus años más formativos ha recibido ya la vacuna contra los libros. Y a medida

*No en vano a lo largo de
los años escolares la
biblioteca escolar suele
ser un lugar de castigo,
más que un espacio de
convivencia con los libros
como fuente de
conocimiento y placer.*

⁴ *Ibid.*, p. 41.

⁵ Jesús Anaya Rosique, "Conquistar lectores", *Libros de México*, núm. 7, 1987, pp. 31-36.



que avance en el sistema escolarizado, reforzará esa actitud hacia el libro, a menos que otros factores de peso específico, como la influencia familiar o el entorno social, por ejemplo, lo salven desde el principio de esta contaminación, y conozca ya el valor múltiple de la actividad lectora.

Formar lectores se convierte así en una tarea ardua si se trata de “convencer” a alguien ya formado (o más bien, deformado) de que los libros valen la pena. El esfuerzo debe dirigirse, por tanto, hacia las etapas tempranas, cuando el niño aún está en posibilidades de desarrollar el placer de la lectura como una actividad imprescindible en su vida, comparable a la de hablar, comer o relacionarse social y afectivamente con los demás.

No podemos afirmar que el Estado se haya cruzado de brazos ante el fenómeno de la escasez de lectores. Al contrario, en los últimos años ha manifestado un interés creciente por privilegiar la lectura como una actividad necesaria para el enriquecimiento de la vida civil. Prueba de ello es la *Ley de Fomento de la Lectura y el Libro*, que entró en vigor en junio del 2000 y que habla de la necesidad de impulsar la lectura mediante la promoción, producción, distribución, difusión y calidad del libro, y de hacerlo accesible a toda la

El Estado como promotor de la lectura

*El editor tiene que
decidir si se compromete
o no a unir su esfuerzo
y su riesgo comercial
a esa tarea de elevar
el gusto de la población
por la lectura.*

población. Si bien reconoce la falta de parámetros que orienten esta labor, pues en el documento oficial del *Programa Nacional de Lectura 2001-2006* se dice respecto del diagnóstico de la situación: “Pocos niños tienen la posibilidad de participar cotidianamente en actos lectores y de escritura dentro de los jardines (de niños) y en sus núcleos familiares.

No hay lineamientos oficiales explícitos, si bien el Programa Nacional de Educación establece una reforma curricular del nivel que está actualmente en proceso”.⁶

Asimismo reconoce la “persistencia de prácticas pedagógicas que afectan la adquisición de habilidades comunicativas de los alumnos y maestros, en especial, su desarrollo como lectores y escritores”.⁷

Al margen del sistema nacional escolarizado, algunas otras instancias del Estado (CNCA, Red Nacional de Bibliotecas) han desempeñado un papel importante en la formación de lectores. Afirmaríamos entonces que hay un reconocimiento, tanto por parte de la sociedad civil como del gobierno, de que vivimos en un país no de iletrados sino de no lectores, y que la única manera de atacar este problema es sumando los esfuerzos de los diversos agentes sociales.

Y aquí es donde entran en escena los editores como formadores de lectores. Independientemente de los aspectos materiales de editar libros dirigidos al público infantil, el editor tiene que decidir si se compromete o no a unir su esfuerzo y su riesgo comercial a esa tarea de elevar el gusto de la población por la lectura, entendiendo que vender libros no sólo es una forma de vida lícita, un trabajo, sino, hasta cierto punto, un mesianismo.

¿Libros para quién?

Hace años que los editores hemos asumido el compromiso de contribuir con nuestro trabajo a la formación de lectores. Primero, por el gusto personal de estar en contacto con los

⁶ *Programa Nacional de Lectura. Diagnóstico*, edición electrónica del portal de la Secretaría de Educación Pública, www.lectura.ilce.edu.mx.

⁷ *Id.*

libros y de aprender a verlos no como objeto de culto sino como objetos cotidianos que nos permiten enriquecer nuestra manera de estar plantados en el mundo; después, por el reconocimiento de un problema concreto: la pobreza del mercado editorial mexicano dedicado exclusivamente a la producción de libros infantiles.

A pesar de todo, un número importante de editoriales mexicanas ha contribuido con su esfuerzo a abrir brecha en este árido camino de la literatura infantil. Por mencionar algunas: Patria, Amaquemecan, Citesa, Grijalbo, Fernández Editores, la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Aconcagua, Joan Boldó I Climent Editores y Trillas.

Y una vez abierta la brecha, ¿por qué no seguir cultivando, pese a la aparente sequía de lectores, en espera de que los deliciosos frutos atraigan, con sus aromas y vivos colores, al pequeño lector? ¿Por qué no pensar mejor, como aquella imagen del escultor y la piedra en bruto, que los lectores sólo están esperando ser despojados del velo que les impide disfrutar de esos amigos entrañables, los libros?

El panorama no es para entusiasmar a nadie, pero ante la realidad el editor sólo tiene dos opciones: pensar que las actitudes quijotesecas son un anacronismo que otros

El editor sólo tiene dos opciones: pensar que las actitudes quijotesecas son un anacronismo que otros deben asumir o echarse al ruedo del mercado incierto de los niños lectores.



deben asumir (nunca nosotros, visionarios del bueno y del mal mercado), y dedicarse al trabajo seguro de producir y editar libros de venta cautiva, o echarse al ruedo del mercado incierto de los niños lectores presentando libros de tal calidad y atractivo que el niño vaya creándose, poco a poco, la necesidad de buscar la novedad, el título interesante, la lectura como actividad voluntaria y gozosa.

En consecuencia, nosotros tuvimos que reconocer, en primera instancia, que los libros dirigidos a los niños debían ser escritos ex profeso para ellos. Así, instituímos en el año 2000, como buen propósito de inicio de siglo, el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil Castillo de la Lectura, que persigue dos propósitos fundamentales:

1. Estimular el trabajo de nuestros escritores ofreciéndoles atractivos premios y la publicación de su obra en tirajes importantes con distribución garantizada en nuestras librerías.
2. Ofrecer a los niños una colección de títulos infantiles con temática mexicana en los que puedan ver retratado su entorno, sus paisajes, sus preocupaciones, su marco cultural, sus valores y su modo, en fin, de ver la vida.



El trabajo, aunque arduo, ha sido gratificante. No sólo por la amplia respuesta que obtuvo el concurso por parte de los escritores, con la consabida revisión de materiales de muy diversa calidad, sino también porque nos llevó a revisar el directorio de los ilustradores nacionales, de manera que vamos conociendo lo que hay hecho y lo que falta por hacer en ese terreno. A la fecha hemos publicado 35 títulos, y estamos listos para la tercera edición del concurso, que será en este 2002.

Pensamos, sin embargo, que el trabajo del editor no termina cuando ha salido el libro a la luz. En vez de sentarnos a esperar a que el niño vaya a buscar los libros en los estantes de las tiendas o librerías, parte del esfuerzo de esta colección, y también el reto, es hacerlos llegar a las manos infantiles. Por eso hemos buscado mecanismos de acción conjunta con el sistema educativo institucional (público y privado) para hacer llegar los libros a los infantes a través de sus mentores como primeros educadores responsables de su capacidad y de su interés como lectores.

Por supuesto que las carencias son muchas. El país vive en crisis permanente y el consumo familiar en libros no puede ser muy alto. Por eso, a la vez que ofrecemos la colección infantil con temas cercanos a los intereses del infante, tenemos que pensar en ofrecer productos accesibles a toda la población. Si un libro infantil cuesta lo mismo que una entrada al cine, el acceso a un parque infantil, la renta de una película o un casete de nintendo, entonces tal vez no estemos tan errados si pensamos que los niños van a preferir comprar los libros. Pero estamos persuadidos de que lo que nos interesa no es vender el libro de igual manera que las palomitas en el cine: más que al volumen de ventas, en este proyecto editorial queremos apostarle a la importancia que nosotros mismos le damos a la lectura.

La lectura no sólo es proveedora de conocimientos utilitarios y obligatorios, para lo cual está el libro de texto; ante todo es un recurso de enriquecimiento que nos ayuda

**Y cuando el
niño llegó,
el libro ya
estaba ahí**

La formación de los niños como individuos implica también que nosotros, como formadores adultos, ya les hayamos concedido ese estatuto.

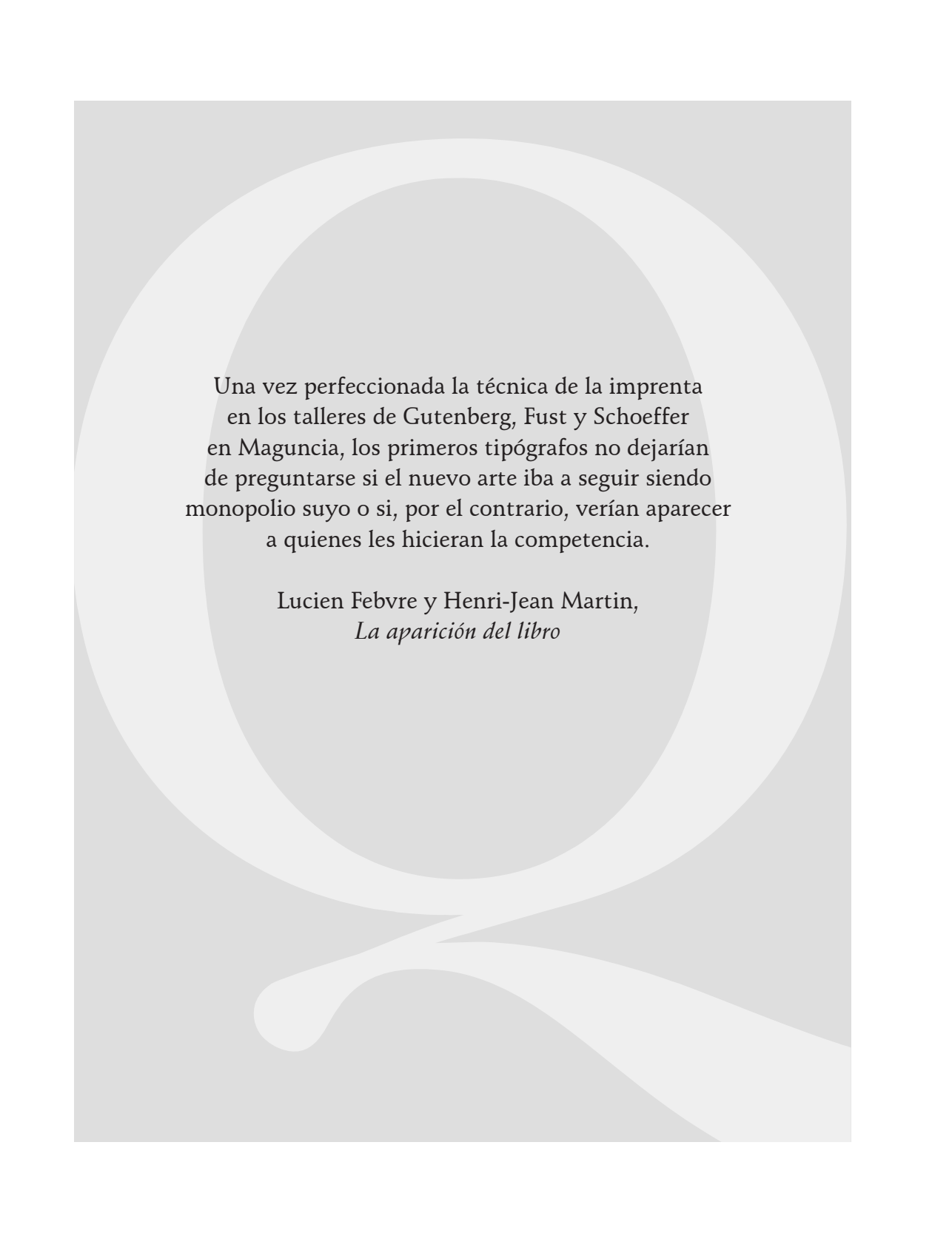


a ser mejores individuos, en tanto que ejercitamos nuestra capacidad de análisis de la realidad y hacemos valer nuestros derechos y obligaciones como civiles, pues al convertirnos en lectores disfrutamos mejor la realidad circundante, a la vez que influimos en ella en lugar de limitarnos a ver pasar los toros desde la barrera. En vez de gritar “¡Olé!”, nosotros preferimos entrarle al toro.

No queremos esperar a que el entorno cambie para “aventurarnos” con las publicaciones infantiles. Creemos en un futuro en el que la lectura será para los niños una actividad tan cotidiana, tan querida y tan natural como respirar; es decir, una actividad imprescindible para sentirse bien y expandir el espíritu. Y cuando eso suceda queremos tener la certeza de que hemos contribuido a ello. No es lo mismo que el niño vea en casa libros, revistas, documentos, que le son ajenos y áridos, que tener su propia, aunque minúscula, estantería en el cuarto, con sus propios libros sellados con su *ex libris*.

Porque la formación de los niños como individuos implica también que nosotros, como formadores adultos, ya les hayamos concedido ese estatuto, que nos hagamos cargo de esa necesidad de tender puentes que los conecten con la realidad, con su realidad, y que, según su nivel de maduración, dispongan de libros que los ayuden y estimulen a ponderar lo propio con lo leído, para ajustar, modificar y enriquecer, cada vez y de acuerdo con sus necesidades, su lectura de las cosas.

Ya se ha dicho hasta la saciedad que los libros son puertas de acceso a mundos de fantasía, de imaginación. Que los niños necesitan tener algo de eso en sus años de formación, cuando todavía la crudeza de la realidad no ha dañado sus más delicadas estructuras. Si somos congruentes con esas ideas seguiremos creyendo en el proyecto de formar niños lectores. Pues si es cierto que la felicidad no se encierra entre dos pliegos de papel, entre dos pastas, también lo es que los libros ayudan a construirla, a soñarla, le permiten a uno mismo conformarla.



Una vez perfeccionada la técnica de la imprenta
en los talleres de Gutenberg, Fust y Schoeffer
en Maguncia, los primeros tipógrafos no dejarían
de preguntarse si el nuevo arte iba a seguir siendo
monopolio suyo o si, por el contrario, verían aparecer
a quienes les hicieran la competencia.

Lucien Febvre y Henri-Jean Martin,
La aparición del libro

El que lee no se aburre ni se aburra, y si la zurra, la compone

El título de este artículo es el de una conferencia que he venido impartiendo desde noviembre de 1998 en muchas escuelas de bachillerato, siendo fundamentalmente el Instituto Politécnico Nacional la institución que más generosamente me ha apoyado y abierto sus puertas para que yo pudiera llegar a los salones de clase y explicar a los estudiantes por qué me parece importante que ellos descubran el placer y la magia de la lectura. Hasta la fecha he impartido más de cien conferencias en el IPN, ante grupos



de un promedio de cien alumnos, por lo que puedo afirmar que he llegado con mi semillita a un número aproximado de diez mil estudiantes.

Si a estas conferencias le sumo las que he impartido en el Colegio de Bachilleres, que también me ha abierto generosamente sus puertas, y las pronunciadas en varias preparatorias de lugares circunvecinos al Distrito Federal, tal vez sean unas ciento cincuenta las conferencias impartidas. Y haciendo un cálculo rápido podría concluir que mi invitación a la lectura ha llegado a un total aproximado de quince mil estudiantes.

Si la miro desde la perspectiva de mi esfuerzo individual, la cifra me gusta, me hace sentir bien conmigo mismo. Pero si la considero desde la perspectiva social, el desaliento se vuelve mayúsculo, porque esa cifra termina siendo nada frente a los cien millones de habitantes que tiene el país.

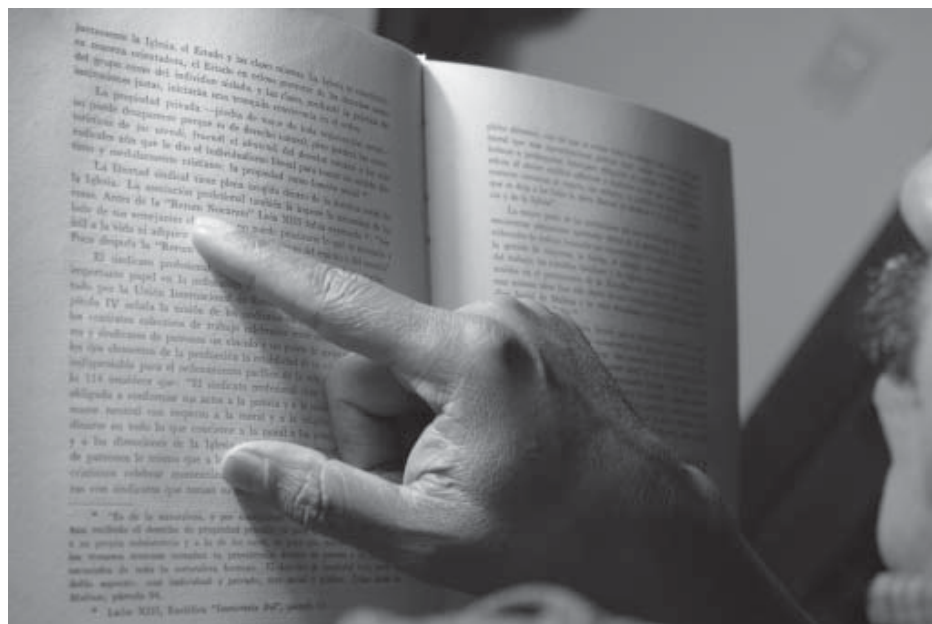
Claro, no soy el único que está haciendo este trabajo de promoción de la lectura. Hay muchos colegas escritores que también lo hacen; hay esfuerzos institucionales muy importantes como las recientes ediciones del ISSSTE, donde cien autores fuimos publicados en tirajes de veinte mil ejemplares, con un costo al público de veinte pesos por libro.

Si suponemos, en la mejor utopía posible, que esos dos millones de libros fueron a parar a manos de dos millones de personas, la cifra ya es más alentadora. Y si pensamos que por cada persona que adquirió el libro hubo cuatro más que lo leyeron, la proporción mejora: diez millones de personas leyeron un libro. ¡Excelente! Mas no basta, porque ese esfuerzo no se repitió.

Alguien dirá una frase que yo aplico mucho al teatro: pero si ya ganamos un lector porque el libro que leyó lo cautivó, entonces este nuevo lector irá por su propia cuenta a buscar nuevos libros en los que nutrirse, pues la lectura se le hará necesaria, indispensable y ya no podrá vivir sin ella. Ése será siempre nuestro mejor deseo.

Por mi experiencia de conferencista ante grupos de jóvenes que asisten a las escuelas públicas y cuyas edades oscilan entre los quince y los dieciocho años, puedo afirmar

Caí en el más común de los errores al pretender fomentar la lectura: querer convencer alabando a las letras.



categoricamente que hay dos obstáculos fundamentales que es necesario vencer para lograr que por lo menos consideren la posibilidad de hacerse lectores: traspasar su desinterés y que haya libros disponibles a bajo costo.

Al iniciar las conferencias creo que caí en el más común de los errores en que se incurre cuando se pretende fomentar el hábito de la lectura: por decirlo brevemente, quería convencerlos de que la lectura los haría mejores personas, despertaría su imaginación y, en fin, la sarta de alabanzas a las letras que muchos lanzamos cuando nos entrevistan o queremos sonar muy eruditos.

Aquí eso no servía. Si yo trataba de esgrimir que “el que lee no se aburre”, mi comunicación con el público producía un cierto aburrimiento: yo mismo estaba haciéndome el *harakiri*. A la tercera conferencia di un giro total. Pensé: “al chavo hay que contagiarlo, seducirlo, enamorarlo, darle una probadita, nomás la puntita”. Ahora bien, ¿cómo hacerlo?

Mi instinto me llevó al teatro. De las veinte páginas iniciales que había escrito para impartir mi conferencia sólo

En lugar de rollo y buenos consejos, me dediqué a leerles, eso sí, con el mejor entusiasmo posible.

*¿Por qué no distribuir
los libros de manera
gratuita? Porque lo que
no cuesta pierde valor.*

quedaron cinco. Al bote de la basura se fueron quince páginas que —según yo— estaban plagadas de sesudos comentarios y razonamientos lógicos que invitaban a sumergirse en el mar de la lectura. Esas quince páginas fueron sustituidas por unas diez que contenían fragmentos de mi obra de teatro *68: las heridas y los recuerdos* y otras cinco con fragmentos extraídos de diversos autores, como el sociólogo italiano Francesco Alberoni cuando habla del proceso del enamoramiento; Octavio Paz en su ensayo *La llama doble* cuando habla también del proceso del enamoramiento; Maquiavelo en *El Príncipe* cuando habla de la fortuna y nuestro libre albedrío; Pablo Neruda en dos poemas de *Los versos del capitán*, y un fragmento de “Los amorosos” de Jaime Sabines.

El resultado fue sorprendente. Mi audiencia no sólo se divertía sino que además se iba con la idea de que leer podía no ser tan aburrido como pensaba. Claro, en lugar de rollo y buenos consejos, lo que yo estaba haciendo era simplemente leerles, eso sí, con el mejor entusiasmo posible, los fragmentos seleccionados. Y, por supuesto, con el paso del tiempo fui adquiriendo una destreza poco usual que me ha convertido en un, y perdón por la falta de modestia, excelente lector (la práctica hace al maestro, ni hablar). Lector dramático, digo yo, porque utilizo los recursos del teatro: inflexiones y modulaciones de voz, gesticulación,



pausas, complicidad con el público. No se lo digo, pero mi apuesta es porque se les quede grabada la imagen de un señor que cuando lee lo hace con una entrega total, viviendo con la máxima intensidad la aventura de la lectura. Confío en el efecto de la imitación.

Con todos esos recursos había logrado franquear el obstáculo del desinterés por parte de los estudiantes. Faltaba el otro, la compra de libros a bajo costo. Los fragmentos que seleccioné de mi obra *68: las heridas y los recuerdos* lograron rápidamente enganchar al público asistente, que preguntó dónde se conseguía el libro y cuánto costaba. Hasta ese momento la obra sólo estaba editada en la antología *Teatro del 68*, selección y prólogo de Felipe Galván, en un esfuerzo editorial encabezado por la Universidad de Puebla, el Instituto de Cultura de la Ciudad de México, la Sogem y otras instancias. Contiene trece obras, mosaico interesante para todos aquellos que quieran saber más sobre el 68, pero... cuesta alrededor de doscientos pesos. ¿Y dónde se distribuye? Pues quién sabe. El obstáculo de acceso al libro no pudo ser superado en ese momento.

Venturosamente, alrededor de la conferencia número diez llegaron a mis manos quinientos ejemplares de *68: las heridas y los recuerdos* que el gobierno del estado de Coahuila, a través de su fondo editorial, me hacía llegar como pago de derechos de autor por la publicación del libro.

Maravilloso se portaba el destino, porque fue en Saltillo, Coahuila, donde en abril de 1998 hice mi primera lectura pública de la obra, acompañado por un grupo de actores de la entidad, y ese hecho había permitido que la obra se editara; y ahora llegaban los libros en el momento en que más se necesitaban. Así que, ejemplares en mano, los puse a la venta al final de las siguientes conferencias.

¿Por qué no distribuirlo de manera gratuita? Porque lo que no cuesta pierde valor. Además, quería medir cuál era la respuesta del público ante mis intentos de motivación a la lectura. Si al menos uno de los estudiantes allí reunidos se acercaba a comprar el libro, esto quería decir que sí había logrado despertar el interés.

Mi audiencia no sólo se divertía, sino que además se iba con la idea de que leer podía no ser tan aburrido como pensaba.



—¿Cuánto cuesta? —preguntaron varios estudiantes.

—Treinta pesos —dije, sólo por decir un número.

Los vi llevarse las manos a los bolsillos, hacer sus cuentas, mirarse unos a otros. Y entonces decidí:

—Si les interesa, se los dejo en veinte pesos.

Y un giro importante se dio allí: diez estudiantes compraron el libro. Aproximadamente 10% de los asistentes a la charla. Y desde entonces el promedio no ha variado: 10% del público es el que compra el libro. Cuando agoté los ejemplares que me había enviado el gobierno del estado de Coahuila hice una edición por mi cuenta y riesgo, pac-

tando con mi impresor que el libro tenía que costarme diez pesos, de tal manera que pudiera venderlo en veinte, puesto que ése era el precio accesible para un estudiante. Los obstáculos habían sido removidos.

Ahora bien, muchos dirán:

—Pero 10% no es nada.

Y yo responderé:

—Tienen algo de razón, porque 10% es muy poco. Pero es mejor que nada. Y si esto pudiéramos potenciarlo en todo el país, tal vez tendríamos un país con diez millones de lectores. Imaginen lo que sería diez millones de lectores que pudieran leer por lo menos un libro al mes... ¡ciento veinte millones de libros! No me parece despreciable.

Claro, la pregunta importante es: ¿a quién le interesa que existan, por lo menos, diez millones de lectores? Yo no sé si al Estado, aunque debería. Supongo que a los editores sí. Y estoy convencido de que a los escritores también. Deberíamos hacer un plan conjunto que nos permitiera llegar con nuestros textos hasta el salón de clases de primaria, secundaria y preparatoria. Mi experiencia me dice que algo reditúa este esfuerzo.

*Leer era un placer que
abría la puerta a otros
placeres como el cine, el
teatro, la charla con los
amigos... hasta querer
hacer la revolución.*

¿Cómo instrumentar el plan? Se requiere una institución que contrate las conferencias para que así el autor destine algún tiempo de su vida a esta aventura. En mi caso, hasta ahora ha sido el IPN, pero si pensamos en un proyecto nacional bien podría ser la propia Secretaría de Educación Pública quien contratara estas conferencias. Las editoriales tendrían que aportar los libros del autor a bajo costo. Y el autor tendría que ir dispuesto al encuentro con los estudiantes llevando consigo el mejor entusiasmo posible.

Si por lo menos una vez al mes los estudiantes se vieran sometidos a este tipo de experiencias, estoy absolutamente convencido de que quedarían contagiados del gusto por la lectura. Sin embargo, debo confesar que mi interés por dar estas conferencias no nació por mi oficio de escritor, sino por algo que me parecía muy dramático: el grado de aburrimiento respecto de la vida que me pareció advertir en muchos jóvenes.

De 1995 a 1998 tuve la inmensa fortuna de ser el gerente general de la Televisión de Oaxaca. Recorrí todo el estado e hice una cantidad de programas desde varios municipios, entré en contacto con mucha gente, aprecié las bondades y las bellezas que las distintas regiones ofrecían: su cocina, su danza, sus tradiciones, sus paisajes, su mezcal, sus mujeres. Sin embargo, algo subyacía a toda esta belleza. Los jóvenes, sobre todo los de esas poblaciones que estaban dejando de ser rurales y empezaban a transformarse en urbanas, evidenciaban un hastío muy profundo en sus vidas que sólo parecía ser mitigado por el alcohol. Horas enteras se la pasaban en la nada. Aburridos. Luego, al hacer viajes repentinos a la ciudad de México, me pareció advertir que también esos mismos rostros de aburrimiento los encontraba en los jóvenes de la gran ciudad.

Una sensación muy desalentadora empezó a recorrerme el cuerpo. Me recordaba a mí mismo en esos años leyendo a Tolstoi, Dostoievski, Stendhal, Chéjov, descubriendo el teatro y leyendo muchísimas obras de Emilio Carballido, Vicente Leñero, Rodolfo Usigli, Luisa Josefina Hernández,

*Nadie se vuelve
drogadicto si no hay un
mínimo de satisfacción
en esa actividad. ¿Qué
tenemos que hacer,
entonces, si queremos
un pueblo lector?*

y de autores extranjeros como Arthur Miller, Tennessee Williams, Eugene Ionesco y, por supuesto, Shakespeare y los griegos, Ibsen, etc. Y leer era un placer que abría la puerta a otros placeres como el cine, el teatro, la charla con los amigos... hasta querer hacer la revolución.

¿Por qué a estos jóvenes que yo descubría en muchos lugares no les pasaba eso? ¿Por qué, al contrario, reflejaban ese aburrimiento? La verdad, no me recuerdo a mí mismo aburrido. Hay situaciones y personas que me aburren, y entonces mi refugio es, precisamente, tomar un libro y leer. Claro, ahora mi problema es otro: me cuesta más trabajo encontrar libros que me cautiven.

*Hay situaciones
y personas que me
aburren, y entonces mi
refugio es, precisamente,
tomar un libro y leer.*

Me acerqué a preguntarles a los jóvenes oaxaqueños el porqué de su aburrimiento.

—No hay nada que hacer —respondían.

—¿Por qué no se leen una novela? —y les soltaba mi lista de libros favoritos: *Guerra y paz* de Tolstoi; *Humillados y ofendidos*, *Crimen y castigo*, *Apuntes del subsuelo* y *Los poseídos* de Dostoievski; *Rojo y negro* de Stendhal; *La taberna* y *Germinál* de Zola; *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno; *La gaviota*, que es una obra de teatro, de Chéjov; *Yo también hablo de la rosa*, también teatro, de Emilio Carballido; *El rey se muere*, teatro, de Ionesco; *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez... ¿no? ¿Nada les suena? ¿Nada les llama la atención? ¿Qué pasa?

Luego, a mediados de 1998, cuando terminó mi aventura oaxaqueña y regresé a vivir otra vez al D.F., me pareció advertir que había muchos más jóvenes de los que yo me imaginaba que eran también portadores del virus del aburrimiento. Jóvenes que entonces encontraron en las drogas, en los excesos, en la violencia, el estimulante necesario para sentir que estaban vivos.

“Para entender al ser humano hay que irse a lo básico, al comportamiento instintivo”, me repetía mi querida y respetada maestra Ikram Antaki. Siguiendo esa lógica: nadie va a leer de manera instintiva, a menos que descubra un cierto placer en ello. Lo más socorrido es acudir a los libros cuando se requiere un conocimiento que no encon-

tramos en ningún otro lado. Si el dato que necesitamos nos lo da el abuelo, la tía, el primo, el entenado, ya no vamos al libro.

Nadie se vuelve drogadicto si no hay un mínimo de satisfacción en esa actividad. ¿Qué tenemos que hacer, entonces, si queremos un pueblo lector? Actuar de la misma forma que los traficantes: darles la probada que cautiva, presentársela a costos muy accesibles, y así, poco a poco, ir envolviéndolos hasta que queden atrapados en la red de la lectura y no puedan —ni quieran— salirse de ella.

*Quiero volverme un
traficante de la droga
que nos abre la puerta
al placer de la lectura.*

A mí me gustaría que quienes no han descubierto el placer de la lectura, del teatro, del cine, lo descubrieran, porque esa aventura nos permite vivir muchas vidas que de otra manera sería imposible. Podemos vivir esas muchas vidas con gran intensidad, en plenitud, descubriendo los muchos lados del ser humano. Yo digo que hay que leer para vivir más y mejor, para poner en juego nuestras emociones y sensaciones, para compartir los tesoros que muchos hombres y mujeres como nosotros han descubierto, precisamente, para nosotros.

Cómo me gustaría que ahora me abrieran las puertas de las escuelas secundarias y tratar de lograr, al menos, lo mismo que he obtenido en las escuelas de bachillerato. De verdad, quiero volverme un traficante de la droga que nos abre la puerta al placer de la lectura, que es lo mismo que el placer de una vida más intensa, más plena y con menos riesgos para la salud y para la libertad.

La lectura como valor escolarizado

(Consideraciones antipedagógicas para ilustrar un fracaso)

Dedicadas a mis hijos, lectores por la gracia de la pasión.

La única razón lícita para leer obras literarias es el goce que producen. Pero ahí tenemos las escuelas, los maestros leyendo para dar clase y los alumnos leyendo para pasar el curso. De esta relación nació la idea de que los libros “buenos” son pesadísimos... Pero este pensamiento, tan natural en un asalariado, es una aberración. Ningún libro ha llegado a ser famoso por aburrido. Todos los libros “consagrados” tuvieron un momento o muchos en que resultaron fascinantes para muchas personas.

JORGE IBARGÜENGOITIA

El placer desinteresado

En su magnífico libro *El hombre que se volvió loco leyendo “El Quijote”* (Barcelona, Ariel, 1996), el escritor y profesor español Salvador García Jiménez dice enfático que el fruto de obligar a leer sólo conduce a un país de analfabetos, pues “no se puede esperar de quien ha aprendido la letra con sangre que disfrute con *La Celestina* o *El Quijote*”.

Más aún:

Quien aprendió las letras a cañazo limpio huirá de los libros como si estuviesen encuadernados con la piel del diablo. Aquellos chiquillos martirizados en los centros escolares son hoy los profesores que siguen censurando, en definitiva, con un lápiz rojo el “placer desinteresado” por la lectura.

Inconscientemente podrían estar vengándose de todos los absurdos exámenes y oposiciones que tuvieron que soportar para convertirse en funcionarios de la literatura.

García Jiménez cree, de hecho, que hay que acabar de una vez por todas con la enseñanza de la literatura que reparte castigos y recompensas según se cumpla con el penoso rito escolar de un lema cruel y estúpido (“la letra con sangre entra”), obcecadamente antipedagógico, mediante el cual enseñar la literatura “es como si te obligaran a tragarte un libro”. Esta visión coincide con la de un sector de escritores, intelectuales y aun profesores críticos de los excesos pedagógicos en el ámbito de la lectura de obras literarias, la cual ha probado con suficiencia que la enseñanza literaria suele ser contraproducente por obligatoria en los terrenos que se suponen dominios del placer.

El autor de *El hombre que se volvió loco leyendo “El Quijote”* ilustra, por ejemplo, los efectos nocivos, para España, de hacer obligatoria, por disposición oficial de los programas de estudio, la lectura de la obra maestra de Cervantes. El resultado es que una enorme proporción de estudiantes acaba por cobrarle aversión y aun rencor a esta maravillosa novela, en primer término, por el carácter coercitivo del supuesto placer que se obtendrá, y en segundo lugar, porque los métodos de enseñanza son incapaces —por rígidos, cuadrados y burocráticos— de hacer *sentir* la obra literaria clásica, para *revivirla* y convertirla en asunto de la experiencia inmediata, a quienes, de otro modo, la juzgan y la padecen distante de su interés y su pasión.

La naturaleza de la escuela como productora de lecciones cuyo aprendizaje se recompensa y cuya falta de aprendizaje se castiga genera en los potenciales lectores un sentimiento de desconfianza frente al deber presentado como experiencia placentera, más aún si les exige el disfrute co-



Los métodos de enseñanza son incapaces de hacer sentir la obra literaria clásica, revivirla y convertirla en asunto de la experiencia inmediata, a quienes, de otro modo, la juzgan y la padecen.

mo parte de lo que, de manera irrenunciable, se espera de ellos. Aun los más pequeños advierten la incongruencia de un planteamiento anómalo que delata su desmedida contradicción al insistir en la unión de antónimos que naturalmente se repelen: obligaciones placenteras, goces impuestos.

García Jiménez cita en su apoyo la reflexión de uno de los personajes femeninos de cierta comedia de Willy Russell, una muchacha (Rita) que se expresa en la obra del siguiente modo:

Eso es lo repugnante de los colegios... Que empiezas a hablar... lo estás pasando bien y de pronto, en el mejor momento, el profesor quiere que aquello se convierta en una lección... Y ya se jodió todo... Fíjate que un día... yo siempre me acuerdo de ese día, íbamos con una profesora dando un paseo por el campo... Yo me había quedado un poco retrasada, con un chico, y vimos un pájaro maravilloso... Tenía todos los colores del mundo juntos... Y cuando yo iba a llamar a gritos a todos los demás para que lo vieses, me dijo el chico: "Cállate o tendremos que hacer un ejercicio de redacción sobre el maldito pájaro".

Este pasaje es perfectamente ilustrativo de la contradicción que hay entre pedagogía y placer, entre lección y observación, entre deber y lectura, y parece del todo absurdo que los métodos de enseñanza no hayan podido comprender, a lo largo de los siglos, la certeza a la cual llegó García Jiménez a través de la experiencia directa con sus alumnos: *la lectura, y especialmente la literatura, no debe convertirse en un deber y en un riesgo de fracaso.*

*Sólo los lectores
de sensibilidad
indestructible pueden
sobrevivir a la educación
sobre literatura.*

En la literatura inglesa contemporánea, el escritor de origen húngaro Stephen Vizinczey ya había señalado en 1968, en un ensayo que recogió posteriormente en su libro *Verdad y mentiras en la literatura*, la malignidad de la cultura y la enseñanza cuyas consecuencias nos revelan que "sólo los lectores de sensibilidad indestructible pueden sobrevivir a la educación sobre literatura", pues la educación literaria, con sus mecanismos coercitivos, disciplinarios, pedestres y faltos de inclinación vital, es el principal instrumento

para alejar a los niños y a los jóvenes no sólo de la lectura sino incluso de la escritura.

La falta de sensibilidad para comprender que el hábito de leer no se fomenta, sino que por el contrario se inhibe y aun se ahuyenta, por medio de los mecanismos curriculares ha prevalecido a lo largo de los siglos y ha propiciado una sociedad mundial que aborrece de manera natural el libro. La escuela ha sido, en este sentido, culpable de un dogma que ha desterrado el placer y ha arrebatado a los niños, a los jóvenes y aun a los adultos el derecho al disfrute. Ahí donde se hace presente la recompensa o el castigo de la calificación, la lectura no se desarrolla. Ahí donde leer es un acto disciplinado que se sostiene en el dogma pragmático y abstracto del “provecho” y la “superación”, lo único que se logra son lectores fríos.

La falta de sensibilidad para comprender que el hábito de leer no se fomenta por medio de los mecanismos curriculares ha prevalecido a lo largo de los siglos.

Y respecto de la frigidez lectora, de la falta de apetito por un libro, de la anorexia por la imaginación y la fantasía sin otra recompensa que el placer mismo, es pertinente recordar lo que refiere la escritora e investigadora francesa Michèle Petit en su libro *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público* (México, Fondo de Cultura Económica, 2001):

Hay algo en la lectura que no es compatible con la idea de programación, de promoción. ¿Se le ocurriría a alguien promover el amor, por ejemplo? ¿Y encargar el tema a las empresas o a los estados? Sin embargo esto existe. En Singapur, donde realicé investigaciones hace unos quince años, el Estado fletaba barcos del amor y los ejecutivos de empresas, solteros de ambos sexos, eran insistentemente alentados a embarcarse en esos cruceros. Me parece que éste sería un buen método para fabricar todo un pueblo de fríos.

Lo mismo puede decirse de los métodos tradicionales con los que se ha pretendido y aún se pretende conseguir lectores diestros, expertos, informados, calificados, serios, disciplinados, profesionales; “competentes” pero por ello mismo inapetentes.

Decir que la lectura no es mensurable; decir que la lectura no es materia de estadísticas sino oficio y placer

*Legitimar un vicio
resulta por supuesto
inconcebible. Pero el
hábito de la lectura,
si verdaderamente
no tiene marcha atrás,
es un vicio.*

de ociosos, de hedonistas, de sibaritas, de libertinos, de individuos que tienden a la felicidad es algo que da miedo, que produce pavor entre las personas y las instituciones apegadas al valor de lo curricular como elemento fundamental para calificar el potencial humano (y profesional) del individuo. Reconocer que la lectura es un vicio y, en su mejor posibilidad una “perdición”, resulta incompatible con el concepto grave (grave, no serio; es decir, patético) que prevalece como valor inamovible en la institución educativa. Reivindicar la raíz latina de la palabra escuela (*schola*, *ocio* consagrado al aprendizaje) sería una de las exigencias principales para plantear verdaderamente un hábito de la lectura sin anteponerle el principio del deber que, en no pocas ocasiones, está acompañado de sevicia, insatisfacción, frustración y, por eso mismo, de rencor.

Dice bien Michèle Petit cuando advierte que la dimensión de “perdición” que tiene la lectura y el hábito de leer genera una reacción hipócrita, puritana, mojigata, expresada en un discurso de santurronería que anda buscando siempre una justificación práctica, y previsiblemente abstracta, para reconocer y legitimar el hábito de la lectura y sus consecuencias como beneficios institucionalmente aceptables.

Legitimar un vicio, una adicción (cuando se condenan todos los vicios, todas las adicciones) resulta por supuesto inconcebible. Pero el hábito de la lectura, si verdaderamente ha prendido, si verdaderamente no tiene marcha atrás, es un vicio, una adicción; más aún, una perdición. Una perdición donde, por paradoja, el individuo se encuentra a sí mismo y se pierde para la masa, para la muchedumbre, para la uniformidad.

Por eso, la idea de la lectura como un camino de perdición resulta desagradable para las instituciones y para muchas personas institucionalizadas, que



se encargan de cubrirla —dice Petit— con un manto de eficiencia: en cuántas familias, por ejemplo, los niños son alentados a leer porque parece que eso podría ser útil para sus estudios, pero provocan irritación cuando alguien los encuentra con un libro en las manos y perdidos en sus fantasías. Cuántos trabajadores sociales, e incluso formadores o bibliotecarios, encasillan a las personas de medios pobres en lecturas “útiles” o prácticas, es decir, aquellas que supuestamente van a serles de aplicación inmediata en sus estudios, en la búsqueda de un empleo o en la vida cotidiana.

¿Por qué ese manto de eficiencia sobre un hecho que está motivado, en su principio original, por una inclinación placentera? Porque a las instituciones y a las personas con mentalidad institucionalizada les da miedo que se vaya a pensar que están fomentando el ocio, el vicio, la relajación y aun la disipación en una sociedad cuyo discurso se fundamenta en la producción, en las aplicaciones para el trabajo y en la productividad.

El soñar despierto es un derecho subversivo y, por tanto, perseguido y castigado. Por algo en “Los diez mandamientos de un escritor” Vizinczey aconseja lo siguiente sabiendo que quien recibe el consejo está expuesto de manera per-

El derecho a soñar despierto



*La lectura en sí misma
parte de una disposición
natural de caos,
de indisciplina,
de anarquía,
de libertad.*

*Hay en el discurso del
orden y de la autoridad
un ejercicio anacrónico
de guardián de lo
conveniente que inhibe
en los lectores potenciales
la inclinación natural a
descubrir el placer por sí
mismos.*

manente a la reprobación: “No dejes a nadie decirte que estás perdiendo el tiempo cuando tienes la mirada perdida en el vacío. No existe otra forma de concebir un mundo imaginario”. He aquí el punto clave. Para quienes se conforman con el mundo real, toda imaginación es un desperdicio. Para quienes habitan descontentos este mundo pedestre, dogmático y muchas veces infame, el único modo de encontrar alegrías es imaginando otro que se añade al real y que le puede entregar las alegrías que el universo práctico le niega de manera sistemática.

La lectura y su poder de subversión siguen vigentes como activos son también los mecanismos que intentan “protegerlos” de su “poder maligno”, de su capacidad para inducirnos a la “indolencia” y a la “perdición”. La razón del fracaso de los programas oficiales de lectura en prácticamente todo el mundo hay que buscarla en los prejuicios institucionales con los que se quiere desvirtuar (y desterrar) el ejercicio del placer sin otro fruto que el placer mismo. Guardadas las distancias, el conocimiento que nos entregan los libros sigue considerándose hoy, lo mismo que en la Edad Media, potencialmente subversivo. La lectura puede llevarnos a desviaciones y no por la senda recta; por la bifurcación hedonista y no por la marcada vereda del deber.

Por eso los métodos pedagógicos se esfuerzan tanto en “orientar” el gusto, en disciplinar el hábito, en domesticar la pasión. Y no hay mayor contradicción que pretender que la gente lea como costumbre con estos métodos, siendo que la lectura en sí misma parte de una disposición natural de caos, de indisciplina, de anarquía, de libertad. Esto lo observa muy bien Armando Petrucci en su ensayo “Leer por leer: un porvenir para la lectura”, recogido en la *Historia de la lectura en el mundo occidental* (Madrid, Taurus, 2001), volumen bajo la dirección de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier.

Según Petrucci todos los lectores son, en un principio, anárquicos y caóticos, y sólo con la experiencia irán formando su muy exclusivo orden personal. De hecho, los lectores actuales, y sobre todo los jóvenes, rechazan de pla-

no la coerción del canon oficial, de lo que *se debe* leer para aprender, para formarse, para “superarse” o simplemente para estar en el camino “correcto”, y leen libre y caóticamente todo lo que encuentran a su alcance, “mezclando géneros y autores, disciplinas y niveles”, criticando y a la vez ignorando el canon oficial y sus jerarquías de valores. No debe extrañarnos que el miedo de las instituciones y de las personas institucionalizadas a la lectura sin coerción, sin orden y sin concierto no sea otra cosa que un miedo a la falta de control y, por eso mismo, a la pérdida de autoridad al entrar en crisis y ponerse en duda su derecho a la sanción.

Hay en el discurso del orden y de la autoridad un ejercicio anacrónico de guardián de lo conveniente (vigilar y castigar, diría Foucault) que inhibe en los lectores potenciales la inclinación natural a descubrir el placer por sí mismos. La conducción de la lectura, en aras de la orientación y de evitar la dispersión, ha obrado contra la lectura misma y ha impedido en gran medida que el hábito se genere a través del infalible contagio, que es como se adquieren exactamente los vicios, las habilidades, las aficiones y, desde luego, las enfermedades. El discurso edificante y el sermón protectionista teñido de nobleza y de buenas intenciones (“todo lo hago por tu bien”) han generado siempre desconfianza, y viniendo de la institucionalidad engendra siempre resistencia. El bien en nombre del que se habla desde el poder (el poder de la cátedra, el poder del jefe de familia, el poder del experto, el Poder, en fin), lo único que reparte es obligaciones. Y las obligaciones engendran a su vez deberes insatisfechos, jamás hábitos apasionados.

Subsiste hoy todavía —sostiene Petit—, más a menudo de lo que suponemos, el temor de que el libro instile en nosotros algo pernicioso, algo sedicioso. O que sea recibido de manera extraviada, incontrolable, que alguien encuentre en él algo distinto de lo conveniente. Pero más aún que el contenido de los libros, lo que da miedo, me parece, es el gesto mismo de la lectura, que constituye un desapego, una forma de desviarse. Los lectores y las lectoras irritan porque no se puede ejercer mucho ascendiente sobre ellos,

La escuela se ha esforzado por someter al orden, mediante la recompensa y el castigo, el ejercicio libre y anárquico de la lectura.

Ya adultos, lo que ven en el libro y en la lectura es un doloroso rito de pasaje, tan aborrecible como la enseñanza abstracta de las matemáticas.

porque se escapan. Son como traidores o desertores. Se les considera asociales y aun antisociales. Y constantemente son llamados al orden.

La obligación y el deseo

El fracaso de los programas de lectura institucionalizados tiene sus causas en ese orden que se pretende imponer sobre una materia que es en sí misma su opositora, su discutidora, su antagonista. La escuela se ha esforzado por someter al orden, por meter en cintura, mediante la recompensa y el castigo de la calificación, el ejercicio libre y anárquico de la lectura, cuando lo hay (y cuando no lo hay, establece su obligación nunca desprendida por supuesto de las evaluaciones). Lo que ha conseguido con ello no son lectores sino estudiantes que, en su necesidad de aprobar la materia de español o de literatura, se aplican y se esfuerzan en afirmar lo que el maestro y la escuela quieren oír, para, después de obtener la buena nota, abandonar por completo aquello que les significó negarse, restarse; es decir, se desapegan de los libros y la lectura que tantas mortificaciones les dieron.

*La sociedad
escolarizada todo
lo justifica a partir
de los valores
cuantificados.*

En el fondo, los estudiantes acaban profesando un profundo rencor a la lectura y el aborrecimiento de los libros, y si con un sentido responsable (ya adultos, ya maestros, ya padres de familia, ya profesionistas) van por la vida expresando un discurso positivista de la utilidad del libro y la lectura como formas de superación, lo hacen en función de todo aquello que tuvieron que sufrir para alcanzar la nota aprobatoria en la boleta de calificaciones. Lo que ven en el libro y en la lectura es un doloroso rito de pasaje, tan aborrecible como la enseñanza abstracta de las matemáticas y cuyo único beneficio radica en el promedio favorable para el diploma y el certificado.

La escuela ha conseguido tan eficazmente alejar a los estudiantes del placer de leer, por medio de lo curricular, que lo que ha reivindicado a lo largo de los siglos no es la libertad sino el orden; no la imaginación sino el paso para insertarse en el ámbito laboral, donde el libro acaba por verse como un instrumento más que deja de ser necesario

*Todo aquello que no es
cuantificable resulta por
tanto ocioso.*

en el momento en que se cumple el objetivo de conseguir el diploma, el título, el certificado que conducirá a su poseedor a alcanzar un empleo remunerado. (No está de más recordar que libertad e imaginación fueron las consignas que enarbolaron los movimientos estudiantiles, en todo el mundo, en el siglo XX. Si la libertad y la imaginación fuesen banderas consustanciales a la institución escolar, no tendría sentido expresarlas en un discurso reivindicatorio.)

En la década de los setenta, Ivan Illich describió a la perfección el problema de la sociedad escolarizada en relación con el proyecto vital del individuo. El problema, dice, es que la sociedad escolarizada todo lo justifica a partir de los valores cuantificados: el currículum que, como mercancía, desdeña y aun combate el aprendizaje extracurricular. De esta manera, en un ejercicio de abstracción les hace ver al individuo y a la sociedad que todo aquello que no es cuantificable resulta por tanto ocioso, insustancial, inútil o por lo menos sospechoso.

La diferenciación entre “lecturas útiles” y “lecturas complementarias” no hace otra cosa más que enfatizar el desprestigio (y no pocas veces el desprecio) de todo aquello que no sirve para acceder al mercado de trabajo. Contraria a su etimología misma, la escuela se convirtió muy pronto en la preparación para ingresar al centro laboral obviando el sentido humano y la realización íntima del individuo: hoy, realización equivale por lo general a conclusión de estudios, y abundan en todo el mundo las personas cuya edad escolar está entre los dos y los sesenta años, quienes pasan, como decía con sarcasmo Jorge Ibargüengoitia, de las aulas a la tumba sin que hubieran tenido otra ocupación que ser estudiantes ni otro ámbito de realización personal que no fuera la escuela (desde la materno-infantil hasta la universidad, con sus posgrados y sus especializaciones de rigor, incluidos los posdoctorados, muy en boga hoy).

Cuando la lectura placentera cae en el rango de lo complementario, lo verdaderamente importante es, sin duda, todo aquello que se lee para la superación, para el crecimiento intelectual, para la mejoría abstracta, porque

Hoy, realización equivale por lo general a conclusión de estudios, y abundan en todo el mundo las personas cuya edad escolar está entre los dos y los sesenta años.

*La verdadera riqueza
del hombre es la
capacidad de volverse
a crear recreando
el mundo.*

nunca como en la época contemporánea la compulsión de la utilidad, la productividad, la eficiencia y la justificación de un sentido práctico condicionó las relaciones hasta el grado de proscribir prácticamente el placer o de catalogarlo como tiempo perdido.

En el lúcido alegato sobre la escuela incluido en su libro *La sociedad desescolarizada* (Barcelona, Barral, 1974), Illich describió situaciones que tienen todavía plena vigencia o, mejor dicho, tienen hoy más vigencia que nunca:

Una vez que los jóvenes han permitido que sus imaginaciones sean formadas por la instrucción curricular, están condicionados para las planificaciones institucionales de toda especie. La “instrucción” les ahoga el horizonte imaginativo. No pueden ser traicionados, sino sólo engañados en el precio, porque se les ha enseñado a remplazar la esperanza por las expectativas... La escuela inicia a los jóvenes en un mundo en el que todo puede medirse, incluso sus imaginaciones y hasta el hombre mismo... Las personas que han sido escolarizadas hasta su talla dejan que la experiencia no mensurada se les escape entre los dedos. Para ellas, lo que no puede medirse se hace secundario, amenazante. No es necesario robarles su creatividad. Con la instrucción han desaprendido a hacer lo suyo o a ser ellas mismas, y valoran sólo aquello que ha sido fabricado o podría fabricarse.

En este contexto y con este esquema ideológico la lectura por placer tiene que ser, obviamente, una pérdida de tiempo, a menos que el placer acepte medirse, clasificarse, jerarquizarse, para los efectos de convertirse en mercancía, en utilidad, en clientes.

Por eso tiene razón también Raoul Vaneigem, quien actualiza el alegato desescolarizador de Illich y señala en su libro *Aviso a escolares y estudiantes* (Madrid, Debate, 2001) que lo que actualmente está en juego es la reestructuración radical de la sociedad “y de una enseñanza que aún no ha descubierto que cada niño, que cada adolescente, posee en estado bruto la única riqueza del hombre: su creatividad”.

*Si se busca prestigiar el
ejercicio de leer a través
de la propaganda, es
porque no se trata de un
placer al que todo el
mundo tenga fácil
acceso.*

Para Vaneigem la escuela lleva la marca sensible de una fractura en el proyecto humano, pues sólo así se entiende que la obligación haya sustituido al deseo y haya propagado la falsa certeza de que sólo aquello que tiene fines prácticos es “útil” para la vida.

La verdadera riqueza del hombre, piensa Vaneigem, es la capacidad de volverse a crear recreando el mundo, en un proceso donde “la educación incumbe a la creación del hombre, no a la producción de mercancías”, y donde “sólo el placer de ser uno mismo y de ser para sí le daría al saber esa atracción pasional que justifica el esfuerzo sin recurrir a la obligación”.

Personas bienintencionadas, inteligentes, nobles incluso, suelen poner en duda el argumento de que leer es, por principio, un acto placentero. Muchas de ellas sostienen que si la lectura fuese tan placentera no necesitaría ninguna propaganda. Y en esto tienen razón, porque de hecho así es: puesto que su consumo repetido sólo puede obedecer al placer, el libro en realidad no precisa ninguna propaganda; sólo volvemos, sin ser obligados, a las cosas que nos dan satisfacción.

En la infancia se aprende a hablar por imitación (y se adquieren los giros, los gestos, los circunloquios, etc., de nuestros modelos) y luego se llega al hábito de la lectura por emulación, por contagio, por el interés incluso morboso de saber qué es aquello que entretiene tanto y que apasiona de tal forma a nuestros mayores. Cuando descubrimos que su placer puede ser el nuestro, hemos dado el primer paso hacia la adicción de leer, una adicción que exige todos los días su alimento.

Si se busca prestigiar el ejercicio de leer a través de la propaganda es, precisamente, porque no se trata de un placer al que todo el mundo tenga fácil acceso, y porque, en este sentido, los demás vicios tienen ventaja sobre la lectura, pues aunque éstos son atacados, desprestigiados, perseguidos (sincera o hipócritamente), su fácil acceso hace que sus consumidores se multipliquen aceleradamente, mien-

La adicción a leer

Los vicios legales incluso se dan el lujo del autodesprestigio con advertencias clínicas (ordenadas por ley) que disuaden a muy pocos.

*La lectura no se presenta
como un vicio, como
una adicción o una
perdición, sino
como un deber,
como una obligación.*

tras que la lectura, aunque es ensalzada y enaltecida (con frecuencia en una buena-mala propaganda de sermón edificante), carece de pocos adeptos porque no es accesible y porque, paradójicamente, el énfasis que se pone en pregonar sus virtudes hace que el asunto parezca sospechoso. Las adicciones y los placeres prohibidos ni siquiera se alteran por la propaganda en contra; es más, hasta parece que con ella se ven beneficiados.

Los ejemplos de los vicios de beber alcohol y fumar pueden ser harto ilustrativos. Sincera o hipócritamente tienen el rechazo institucional y social pero no dejan de ejercerse ni de captar todos los días miles de adeptos y aun de dependientes. Estos vicios legales, o legitimados, incluso se dan el lujo del autodesprestigio con advertencias cónicas (ordenadas por ley) que disuaden a muy pocos, o a casi nadie, por las terribles consecuencias que advierten o que anuncian: “El abuso en el consumo de este producto es nocivo para la salud”; “Fumar produce cáncer”.

En cambio los libros y la lectura se presentan con recomendaciones nobles y sermones ejemplares: “Leer es provechoso”, “La lectura nos hace mejores personas”, “Los libros aumentan nuestro conocimiento”, etc. Y luego, cuando a esta propaganda se le añade la palabra placer, gozo, disfrute y demás sinónimos, todo el mundo duda de dichas virtudes al comparar su potencialidad placentera, casi ignorada, pocas veces experimentada, con la que tienen indudablemente los placeres prohibidos de beber y fumar.

Si leer es tan placentero como se dice; tan edificante, tan ennoblecedor, tan maravilloso, y nos hace mejores personas, ¿por qué el beber alcohol y el fumar le han ganado la partida? Porque, entre otras cosas, la lectura no se presenta como un vicio, como una adicción o una perdición, sino como un deber, como una obligación o, para decirlo con el término de Michèle Petit, bajo el manto de un asunto grave e importante que no puede sino despertar la suspicacia o el franco rechazo: *si tan placentero es el asunto, ¿por qué se exige mi obligación?*

En ninguna institución escolar existen, hasta el momento, y posiblemente nunca existan, las asignaturas para aprender a beber y a fumar. Lo que sí existe es la obligación de las lecciones literarias cuyo propósito es conseguir que los lectores se aficionen a los libros y la lectura. Pero los vicios, y esto parece muy claro, se adquieren por contagio, exactamente como han adquirido el hábito de leer aquellos que ya no imaginan la existencia sin la compañía de un libro, y exactamente también (pero más ampliamente) como han adquirido el hábito del alcohol y del tabaco quienes ya no imaginan la existencia sin una copa o sin un cigarrillo en los labios.

En una cultura que persigue y castiga el vicio ilícito (y conste que beber y fumar es tan lícito como consumir cafés y cocacolas, ver la televisión y navegar en Internet), algo bueno deben tener los placeres prohibidos que aun con la prohibición (o quizá por eso) resultan extraordinariamente seductores. En esta correspondencia de fuerzas, entre los materiales impresos, sólo la pornografía tiene modo de competir con el alcoholismo y el tabaquismo.

En conclusión, no es prohibiendo los libros como se conseguirá incentivarlos y como se logrará que la lectura sea un hábito, sino rompiendo las estructuras de un sistema obligatorio que compensa con muy poco disfrute los deberes relacionados con leer un libro, escribir un resumen, investigar las fechas de nacimiento y muerte del autor, esbozar el panorama histórico dentro del cual el escritor concibió su obra, resumir la corriente literaria a la que pertenece la obra en cuestión, explicar el género, el tema, el argumento, la génesis, el desarrollo y el desenlace de la historia, y todas las demás cosas que tienen que ver con los personajes principales y secundarios, con la gramática y la retórica, con las fechas y las fichas, con toda esa monserga que hace que la lectura de un libro resulte, en general, el más horroroso de los placeres y casi nunca el más placentero de los horrores.

Y es que eso son los vicios, eso son las verdaderas adicciones: el más placentero de los horrores cuando es im-

Escribir un resumen, investigar fechas, esbozar el panorama histórico, explicar el género, etc., hace que la lectura de un libro resulte, en general, el más horroroso de los placeres.

Algo que ha faltado en México para que la adicción del libro y la lectura prosperen: la biblioteca familiar en la cual diez libros constituyen el principio de una tentación.

sible dejar un hábito. A los fumadores les pasa; a los alcohólicos también. Si se les terminan los cigarros y se les acaba el alcohol, los hay que salen a la calle, a deshoras, para aprovisionarse y no morir. No conozco a nadie que haga lo mismo con los libros, en parte, por supuesto, porque los libros son infinitos y porque con uno solo que se tenga, en el peor de los casos, es suficiente para estar abastecidos y no morir de inanición.

“A los veinte años yo había leído muchos libros; creo poder decir que a los cuatro de haber llegado a México había leído ya una biblioteca. Y es que una biblioteca lo mismo son diez libros y no lo son un millón.” Ésta es una reflexión testimonial de Andrés Henestrosa que nos obliga a pensar en algo que ha faltado en México para que la adicción del libro y la lectura prosperen: la biblioteca familiar en la cual diez libros constituyen el principio de una tentación, el arranque de una vocación y la gloriosa oportunidad de caer irremediamente en un vicio. Tales bibliotecas se forman con los libros leídos placenteramente, que se conservan por ese recuerdo de goce. Pero mientras la lectura siga siendo oficio de obligación, pocas personas querrán conservar los libros que les recuerden permanentemente los fastidios por los que tuvieron que pasar para aprobar un curso.



Para el caso, bien vale concluir estas notas con una última reflexión que siendo ajena la hacemos nuestra, como hacemos nuestras todas las páginas de la literatura que verdaderamente nos apasionan; no hay mejor prueba que ésta para demostrar que un buen vicio como la lectura genera otras adicciones incurables: la siempre placentera adicción de citar. Dice Juan José Arreola en *La palabra educación*:

Nadie puede dar en un año un curso de literatura universal y nadie puede tampoco seguirlo con provecho. Más que el conocimiento “científico” de la literatura, debe importar el amor y el entusiasmo por sus obras. En vez de memorizar una larga y compleja historia (cuyos periodos sólo estarán vigentes durante los exámenes), el estudiante debe conocer a fondo diez o doce obras fundamentales. El maestro debe proponerse que el joven se acerque a ellas sin respeto y sin desdén. El maestro debe comunicar su personal deleite de lector, ilustrar el estudio con metáforas, hacer del curso mismo una obra literaria llena de animación y movimiento, de emoción y fantasía. No me importa que me escuchen las autoridades de Educación. Jóvenes maestros y maestras: sálganse del programa y den un poco de lección de humanidad. En el mundo de los fariseos no queremos que los fariseos sigan siendo respetados por los jóvenes.

Alexandro Roque

Jefe de publicaciones de El Colegio de San Luis Potosí

Desde el Estado y a pesar del Estado

Opciones para el libro y la lectura en San Luis Potosí

La cultura ha ganado principalmente
con aquellos libros con los cuales
los editores han perdido dinero.

FULLER

Años pasan y, con ellos, administraciones de diversos colores y sabores. Si en el fútbol la esperanza surge y muere cada cuatro años, en la política el periodo es de seis años. Programas como el *Año de la Lectura* (1999-2000) o *México, hacia un país de lectores* (2002) se presentan con fanfarrias, bombos y platillos, pero al menos en San Luis Potosí, en cada lectura, taller y conferencia, una de las preguntas de rigor es: “¿cómo inculcar el amor a la lectura en nuestros jóvenes y niños?” Y, casi siempre, el conferencista, creador o promotor se queda mudo varios segundos, ante la multiplicidad de ángulos desde los que se puede responder esa pregunta de profesores y padres de familia.

Hay muchos libros y consejos acerca de cómo escribir, manuales de artes plásticas y de cómo organizar una biblioteca, tratados muy completos acerca del arte-ciencia editorial y de historia y usos de la imprenta. El paso siguiente, el de distribuir y comercializar, de hacer que “se ame” ese libro, que se venda, ha sido poco explorado. Hay formas de trabajo que se han gestado en la práctica, pero por eso es necesario que quienes participamos en el proceso pongamos en la mesa las cartas que cada uno tiene escondidas bajo la

manga o veamos cómo se distribuyen las cartas para ganar esta partida.

San Luis Potosí gusta de definirse como un estado culto, pero luego se encierra en su centro y se habla de “una ciudad culta”. Entre los potosinos el concepto más frecuente de cultura es equiparable al gusto por las bellas artes, lo que Pierre Bordieu llama “alta cultura”, y esa percepción se extiende a la política cultural del gobierno del estado. Así, se piensa que un pueblo con cierta producción pictórica, literaria o musical es considerado, en principio, un pueblo culto.

Rogelio Hernández Cruz, periodista cultural potosino, escribió que, para ser patrimonio de todos, la cultura “requiere saber leer y escribir, haber cursado al menos la escuela secundaria, contar con un trabajo estable, un nivel de vida digno, conocer y respetar las más valiosas tradiciones propias y participar de un modo u otro en el proceso de transformación de la sociedad” (*El Heraldo de San Luis*, 31 de agosto de 1990).

La promoción de la lectura y el quehacer editorial en este estado, que cuenta ya con casi tres millones de habitantes, están básicamente apoyados por instituciones oficiales: la Editorial Ponciano Arriaga, dependencia del Instituto de Cultura de San Luis Potosí (ICSLP); la Editorial Universitaria, de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP) y El Colegio de San Luis.

Además, hay 27 bibliotecas públicas en la capital del estado y una por cada uno de los 57 municipios restantes; 16 librerías en la capital del estado y aproximadamente 15 en el resto de los 58 municipios que integran su territorio.

Revisemos un poco más en detalle programas, estadísticas y particularidades de la producción editorial y su promoción en San Luis Potosí, para después ver algunas propuestas.

En San Luis Potosí hay 27 bibliotecas públicas en la capital del estado y una por cada uno de los 57 municipios restantes.

Los programas El panorama

En reciente entrevista, la presidenta del ICSLP, María Elena González de Delgadillo, aseguró que el programa Rincones

*Hay 16 librerías
en la capital del estado,
la mayoría está ubicada
en sitios cercanos
a escuelas de la UASLP o
en el centro de la ciudad.*

de Lectura, de la Secretaría de Educación Pública, seguirá en San Luis aunque se acabe como programa federal, “porque es un resultado increíble, no podemos dejarlo”. Respecto de *País de Lectores*, dijo “aplaudir” este programa, pero aclaró que “lo que se haga no es un inicio [...] es una continuación”. En San Luis Potosí habrá elecciones para gobernador en 2003, y la funcionaria espera que en la siguiente administración haya alguna continuidad de programas: “Nosotros seguimos todavía un año más; entonces ya vamos paso a paso y aprendiendo, así les digo yo a los trabajadores, esta emoción, les digo que compartimos sueños, ellos lo siguen, porque ellos siguen en el sistema aunque nosotros no sigamos. Yo siempre les digo a los que trabajan en las instituciones por las que paso: ‘ustedes no cambian, nosotros sí nos vamos, ustedes tienen una responsabilidad’”.

En el Colegio de San Luis y en la UASLP se realizan presentaciones de libros referentes a sus programas académicos, con preponderancia de sus títulos propios. En la Casa López Velarde, sede de la Editorial Ponciano Arriaga, hay “Martes Literarios” en los que se presentan los libros de reciente producción, propia y ajena. Es el espacio en el que autores potosinos y foráneos dialogan con su público cautivo o potencial. Se invita constantemente a autores y talleristas y se realizan ferias y lecturas en fechas clave.

Las librerías

Hay 16 librerías en la capital del estado, de las cuales dos cuentan con una matriz y una sucursal, y sólo una tiene matriz y dos sucursales. De estas 16 opciones una depende de la UASLP (Librería Universitaria), otra de Educual (Hamlet), dos más son de cadenas nacionales (Gonvill y Librerías de Cristal), una es de libros religiosos, y las demás, de empresarios locales que ofertan en su mayoría libros de texto y *best sellers*, pero dan espacio a la literatura, las ciencias sociales y las humanidades. Debido a su búsqueda de com-

pradores, la mayoría está ubicada en sitios cercanos a escuelas de la UASLP o en el centro de la ciudad. A pesar de la crisis, varias tienen planes de expansión, sobre todo en el resto del estado.

La Librería Universitaria es la más grande, con capacidad para 40 000 libros, pero la mayoría son chicas (siete, con una capacidad de 4 000 a 7 000 libros), medianas (cinco, de 20 000 a 30 000 libros) y micro (dos, de 200 a 800 libros); además de los módulos y departamentos de libros que sobreviven en las tiendas de autoservicio, al lado de revistas de moda y de gente bonita, de política y espectáculos.

Un dato importante es que entre el año 2000 y el 2002 desaparecieron en San Luis Potosí seis librerías, por cambio de residencia a otro estado, escasa rentabilidad, o por cambio de giro a venta de revistas y periódicos, artesanías, papelería o regalos de temporada.

Las bibliotecas

Hay muchas, como en todo el país, y al igual que en otras partes dependen del gobierno del estado (o de los ayuntamientos) y de la universidad, que tiene tres grandes bibliotecas: la Central, una de ciencias y otra de humanidades. El Colegio de San Luis tiene la Biblioteca Rafael



Montejano y Aguiñaga, con 23 volúmenes, principalmente de ciencias sociales.

Las editoriales

El gobierno del estado publica en su editorial Ponciano Arriaga; mayormente se trata de resultados de concursos y becas (de narrativa, poesía, dramaturgia, historia, fotografía y pintura) en colecciones como Los Premios y Los que Escriben. Publicaba dos revistas, que pasaron a la historia por falta de presupuesto: *Runa* y *Verdesierto*. Su promedio es de 10 libros al año.

La UASLP es la única institución que cuenta con imprenta propia. El Colegio de San Luis tiene una producción promedio de 18 a 20 libros al año, sin incluir materiales de divulgación y de intercambio. Tiene una revista de historia y ciencias sociales, *Vetas*, y como Centro Público de Investigación Conacyt produce libros en coedición con instituciones como El Colegio de México o el CIESAS, entre otras.

Hay algunos esfuerzos independientes de libros de autor e instituciones que ocasionalmente editan, como el ayuntamiento o el Archivo Histórico, pero son excepciones. En cuanto a las revistas, constantemente surgen propuestas, sobre todo de jóvenes que buscan su propio foro para publicar sus textos, fotografías e historietas. Muchas veces apenas alcanzan dos o tres números, y otras dependen de la publicidad oficial.

Las propuestas

Al menos en San Luis Potosí, al no haber una editorial independiente que asuma los riesgos de lecturas para este público particular, la labor de producción de libros recae en el Estado, en cualquiera de sus formas, por lo que es su responsabilidad. Que el Estado se asuma como editor es considerado por algunos como competencia desleal, pero no lo es si vemos que casi siempre los libros que publica son libros que no tendrían cabida en una editorial comer-

*El lugar que las
librerías y algunas
ferias del libro destinan
a las instituciones de
investigación y
universidades son los
sitios menos accesibles.*

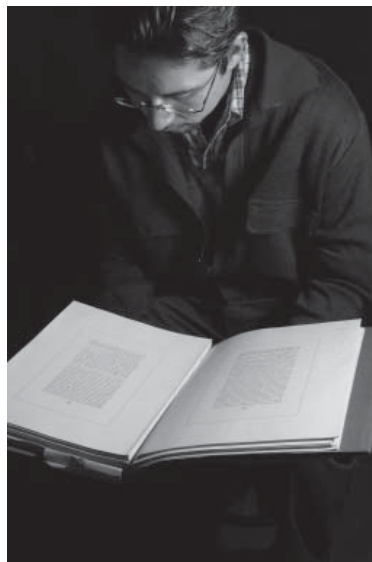
cial, por ser autores desconocidos, por el tema, o por estar sujetos a reglas de un sistema académico (el SNI, pongamos por caso).

Esta competencia entre editoriales comerciales y estatales, que no debería ser tal, se refleja en el lugar que las librerías y algunas ferias del libro destinan a las instituciones de investigación y universidades: los sitios menos accesibles, los que están fuera del circuito comercial. Y a veces nos lo merecemos por no presentar una imagen más atractiva, por no contar con portadas que llamen la atención, por usar un lenguaje rebuscado y abusar de las citas a pie de página, por pensar que la labor de investigación está concluida una vez que se publicó el libro, siendo que es ahí donde empieza. Una de las ramas presupuestales que primero sufre merma ante un recorte estatal o federal es el de la publicidad, y con ella se van las posibilidades de crear imagen como promoción de la lectura.

Las diferencias internas entre los editores se traducen en una imagen débil ante otras industrias editoriales. Si es poco lo que se lee en México, es menos lo que se lee en ciencias sociales, a no ser que se forme parte del sistema como investigador, profesor o estudiante. Suena utópico, pero deberíamos hacer equipo para demostrar que se puede hacer imaginar a las personas, que se puede dar educación sin que sea aburrida, pero el esfuerzo en las editoriales es bueno, cuando no excelente, a pesar del Estado. En las librerías y en las ferias cualquier interesado encontrará joyas de todos los géneros, pero al salir estamos rodeados por los medios electrónicos que no dan espacio a la lectura ni a la imaginación, por padres que no tienen ni un buen libro en casa, por escuelas donde se da preferencia a lo técnico y cuyos profesores repiten como loros (huastecos) palabras aprendidas de memoria.

Desde el Estado y a pesar del Estado, cada institución o cada empresa busca difundir

*En el cuento del huevo
y la gallina se da poco
presupuesto al sector
editor porque no se lee,
pero no hay una política
clara, directa, de
fomento a la lectura.*

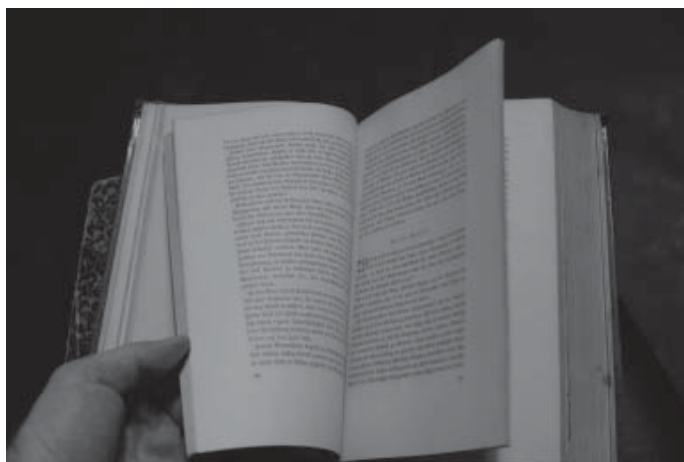


sus productos editoriales aunque la falta de lectores provoque que, al menos en lo que toca a las instituciones, los inventarios abultados sean la constante. En el cuento del huevo y la gallina se da poco presupuesto al sector editor porque no se lee, pero no hay una política clara, directa, de fomento a la lectura. En los espacios oficiales de los medios electrónicos —el famoso impuesto del 12.5%— no se habla del poder que adquiere el que abre un libro, de la desenajenación que representa. Tal vez sea eso.

La propuesta y petición es que los editores hagamos equipo, que veamos que esta carencia puede ser menor si presentamos una cara que atraiga y cree lectores, exigiendo al gobierno que asuma su responsabilidad educativa y cultural, con facilidades para vender y promocionar ideas, sueños, teorías y propuestas —ésas sí— de cambio.

Lenguaje y comunicación: editor-texto-alumno

La estrecha vinculación de la lectura, la expresión oral y escrita, la gramática y la ortografía propicia en el alumno el desarrollo de habilidades idiomáticas a las que el editor le presta una atención primordial y garantiza, en los libros de texto, el propósito esencial del estudio de la lengua materna: lograr que los estudiantes puedan hablar, leer y escribir con claridad, fluidez y corrección, función que corresponde a pedagogos y docentes, pero que implica también la dedicación de quienes permanentemente, con un trabajo especializado y competente, hacen realidad el libro a partir de un conjunto de recursos concatenados coherentemente con el fin de comunicar significados.



La palabra es portadora de saber;
el saber se transmite y, por consiguiente,
el aprendizaje se genera en la medida
en que la palabra es atendida, aceptada,
leída, respetada y oída.

ARNALDO ESTÉ

Los propósitos de la lectura pueden ser: “obtener una información (de ampliación, aprendizaje); comunicar un texto a un auditorio; practicar en voz alta; disfrutar; revisar un texto (propio o ajeno); seguir unas instrucciones”.

El lenguaje del libro de texto escolar y su correcta utilización influyen pedagógicamente en el alumno y en el maestro. Así, el interés por despertar en el escolar ideas y conductas adecuadas corresponde no sólo a pedagogos y docentes, pues implica también una dedicación editorial de quienes cotidianamente, con un trabajo especializado y competente, hacen realidad el libro. Pero para que un niño sea capaz de utilizar el libro de texto debe ante todo leer con el aprovechamiento que se espera de él. Esto depende mucho, desde luego, del grado de dosificación del lenguaje utilizado y de la dirección didáctica del maestro.

Para enseñar a leer se emplea en Cuba, desde 1975, el método *fónico-analítico-sintético*, de resultados positivos y de larga tradición en otros países donde existe una corriente bastante generalizada que apoya el uso de métodos que parten del análisis fónico del habla para regresar, en un proceso de síntesis, a la estructura oracional. En su empleo se ha tenido en cuenta que el lenguaje articulado (oral) es lo primero, y que el lenguaje escrito se desarrolla sobre la base de aquél, por lo que al utilizar el método fónico-analítico-sintético se quiere ir de lo más sencillo a lo más complejo, con el fin de lograr una mejor dosificación y graduación de las dificultades que han de vencer los alumnos. Éstos se ejercitan en el reconocimiento de cada uno de los elementos que integran el todo (oraciones y palabras) y aprenden a analizar y dividir las oraciones en palabras, las palabras en sílabas, y las sílabas en sonidos. Luego, mediante la síntesis,

Actualmente se presta gran atención al cometido de que la enseñanza, y por consiguiente los textos, se corresponda con las posibilidades cognoscitivas de los escolares.

aprenden a integrar de nuevo las partes hasta llegar a recomponer el todo y dominar el proceso de la lectura y, posteriormente, el de la escritura.

Actualmente, teniendo en cuenta las corrientes pedagógicas de mayor prestigio en Iberoamérica y en el mundo, se presta una gran atención al cometido de que la enseñanza, y por consiguiente los textos que se ponen en manos de los escolares, se corresponda con las posibilidades cognitivas y comunicativas de éstos y siga enfoques derivados de los avances de las ciencias psicológicas y pedagógicas, así como de la lingüística. Una línea que va tomando cada vez mayor auge es la que se refiere a la actividad comunicativa y constructiva de los educandos orientada por técnicas que tengan en cuenta su propia actuación, para que sean sujetos de su propio aprendizaje.

El autor de un libro de texto escolar debe guiarse por esas premisas si desea verdaderamente que su obra influya de forma favorable en el lector, y ha de considerar además que éste no es un recipiente en el que se acumulan todas las ideas referentes a la ciencia en cuestión, sino que debe tener en cuenta las nociones o conceptos esenciales que desea transmitir a los estudiantes, enriqueciéndolos con los datos imprescindibles y con ejemplos muy claros que permitan al pequeño o joven lector descubrir o aportar los significados complementarios e implícitos en el texto que estudia y evocar nítidamente aquello que debe aprehender primero para que constituya luego algo muy firme en el rendimiento o resultado de su aprendizaje.

El libro de texto escolar se realiza a partir de una fusión de recursos concatenados coherentemente, con el fin de comunicar sentidos a partir de letras, colores, ilustraciones, tipografía, papel, tinta, etc., y dar todo un conjunto de elementos que se combinan para evocar significados y que constituyen el apoyo fundamental del proceso docente-educativo.

El libro de texto, su contenido, depende del trabajo eficiente y tenaz del editor, y obedece a la organización interna que éste puede darle, tomando en cuenta tanto la

El libro de texto, su contenido, depende del trabajo eficiente y tenaz del editor, y obedece a la organización interna que éste puede darle.



estructura del conocimiento de la asignatura de que se trate como la fundamentación psicológica y pedagógica.

Existe la idea de que el libro de texto escolar es un concentrado de saberes, de conocimientos transmisibles, igualando la transmisión con el aprendizaje y la comprensión. Y aunque de este modo se reduzca el proceso de aprendizaje del alumno a una simple acción, la recepción de información, aprender “implica un procedimiento en el que intervienen simultáneamente las capacidades de decodificar, comprender, manipular la información y perseguir un objetivo”, así como una serie de factores técnicos mucho más complejos, que el editor puede añadir haciéndolo verdaderamente efectivo.

La principal fuerza comunicativa la constituye la palabra: un lenguaje que evoque significados reales afines al alumno, que adquiere su justo valor en la medida en que refiere, denota y designa aspectos del contexto psicológico, cultural y social en que el alumno se desenvuelve. La fuerza comunicativa de una palabra no se encuentra en su representación textual o visual, sino en la capacidad que ésta tiene de evocar referencias pertinentes para el estudiante, quien ve símbolos codificados por medio de los cuales se consignan los contenidos de su memoria. Para lograr la comprensión del lenguaje en un libro de texto esco-

*Leer es ver, decodificar,
asociar, entender,
descubrir y confrontar
el mensaje escrito
con la propia realidad
y las vivencias del lector.*

lar, éste debe ser habitual y corresponderse con el utilizado por los alumnos en su entorno, en su vida cotidiana. Hay que tener en cuenta que la lengua es instrumento de comunicación, y debe denotar al alumno estrategias para comprender y construir significados.

Leer es ver, decodificar, asociar, entender, descubrir y confrontar el mensaje escrito con la propia realidad y las vivencias del lector, por eso un libro de texto es una fuente de contenidos, llenos de significación, que se identifican con las experiencias e intereses de niños y jóvenes, y son un fiel reflejo del mundo en que viven, de la cultura acumulada por la humanidad, sin tergiversar la realidad, aun cuando se trate de obras imaginativas o de ficción. Leer es pensar y aprender a pensar, dar los elementos de análisis de forma tal que sean descubiertos, lo que garantiza un proceso de asimilación que parte del libro y nutre el conocimiento del alumno. Leer es también aprender a hacer algo, enriquecerse y recrearse, “saber andar”, como decía José Martí; es hacer del libro un juguete no tomado en su sentido literal sino en su verdadera esencia: “la de aquel juguete didáctico que permite ser armado y desarmado y que conduce al lector a ser protagonista de la construcción de su propio saber”.



*Uno de los objetivos
fundamentales del libro
de texto es desarrollar el
hábito y el gusto por la
lectura.*

Al editar un libro de texto es necesario considerar cuál es la función que se le asigna en la actividad educativa. Sólo si el autor maneja de manera justa las posibilidades de este instrumento de trabajo, permitirá al editor elaborar un juicio adecuado de lo que debe ser el libro y sus posibilidades. No hay que olvidar que uno de los objetivos fundamentales del libro de texto es desarrollar el hábito y el gusto por la lectura, por lo que los autores deben incluir obras que motiven, “agarren” y formen a los alumnos.

El editor tendrá en cuenta que el libro de texto debe introducir métodos avanzados en el aprendizaje con su contenido y estructuración metodológica, y contribuir a la formación de una concepción científica del mundo; debe ser un medio de educación política, moral y estética; un arma fundamental en manos del profesor y un instrumento eficaz del alumno en el estudio de una asignatura; una fuente donde adquirir nuevos conocimientos en una materia determinada y reafirmar los que le preceden; un medio importante para el desarrollo del pensamiento, de la memoria, del lenguaje; debe orientar la atención hacia los conceptos más importantes, asegurar la posibilidad de la realización de trabajos independientes con ejercicios, problemas y actividades que permitan conocer si se han alcanzado los objetivos propuestos; debe considerar las posibilidades cognoscitivas de los estudiantes, desarrollar los contenidos en un grado accesible que despierte inquietudes hacia la adquisición de nuevos conocimientos, reflejar la estrecha relación entre ciencia y vida y, por último, ayudar al estudiante a comprender los principales problemas de la actualidad.

De ahí que la contribución editorial al perfeccionamiento de la enseñanza y el aprendizaje tenga mayor trascendencia de la que realmente se le atribuye, y sea, por consiguiente, un factor esencial e imprescindible en el desarrollo progresivo de la cultura.

Bibliografía

- Doménech Pujol, Carmen, "Educar para la comunicación" (conferencia), en Pedagogía/95, Encuentro por la Unidad de los Educadores Latinoamericanos, La Habana, febrero de 1995.
- García Pers, Delfina, "Breve reseña de los métodos de la enseñanza de la lectura y la escritura en Cuba", en *La enseñanza de la lengua materna en la escuela primaria. Selección de temas*, primera parte, La Habana, Pueblo y Educación, 1995.
- Gómez, Carlos W., "Estructura y organización del libro de texto" (conferencia), en II Seminario-Taller Internacional sobre Diseño y Producción de Materiales Educativos, "Hacia un mejor libro de texto", Caracas, agosto de 1995.
- Romeu Escobar, Angelina, "Lengua materna: cognición y comunicación" (conferencia), en Pedagogía/97, Encuentro por la Unidad de los Educadores Latinoamericanos, La Habana, febrero de 1997.

Antonio María Ávila

Profesor, escritor, director ejecutivo de la Federación
de Gremios de Editores de España

El fomento de la lectura: el caso español

El papel de la lectura en la sociedad de la información

La consolidación de una sociedad cada vez más tecnificada e informatizada, en un mundo abierto en proceso de comunicación permanente, con agrupaciones humanas, las civilizaciones de los historiadores Fernand Braudel y de Arnold J. Toynbee, que tienen valores y perspectivas distintas, convierte en tarea imprescindible el fomento de la lectura, que debe constituir una política de Estado. No es casualidad que tanto los países en vías de desarrollo, mediante la ejecución de campañas de alfabetización de la población infantil y juvenil, como los países desarrollados (pensemos en el Año de la Lectura británico o en la campaña Primero a la Lectura del gobierno de Bush en Estados Unidos) coincidan en la conveniencia de fomentar la lectura, preocupación que se convierte en política prioritaria de las administraciones públicas.

La lectura ya no puede ser únicamente el instrumento de desarrollo personal, como quiere Harold Bloom (*¿Cómo leer y por qué?*, Anagrama, 2000). Desde luego, ése es, probablemente, el más inteligente de los fines y objetivos de la lectura. Y a la par el más duro, exigente y el más placentero. Pero no puede ser el único. Siendo la capacitación profesional y la educación la auténtica riqueza de las naciones, la palanca del desarrollo que además fortalece los lazos comunitarios y el desarrollo económico y social, la lectura es el pivote sobre el que gira la enseñanza. Y para ello, como señaló Pedro Salinas, “no hay más tratamiento serio y radical que la restauración del aprendizaje del

buen leer en la escuela” (“Defensa de la lectura”, *El defensor*, 1948).

Por otro lado, y tal como afirma José Antonio Millán en su reflexión sobre la lectura y la sociedad del conocimiento, la lectura es la llave del conocimiento en la sociedad de la información... ya que la colosal acumulación de datos que ha constituido la sociedad digital no sería nada sin los hombres que la recorren, integran y asimilan. Y no sería posible sin habilidades avanzadas de lectura (“La lectura y la sociedad del conocimiento”). Por eso concluye señalando que la lectura es la llave de plata para entrar en la sociedad de la información.

Estas razones —diálogo entre civilizaciones, desarrollo económico y social, constitución de una sociedad de la información— convierten la lectura en un elemento clave para la acción política y la cohesión social, haciendo de las campañas de fomento de la lectura una auténtica política de Estado, más allá de los vaivenes y los cambios políticos, con perdurabilidad en el tiempo.

La reciente experiencia española sobre el fomento de la lectura se basa en todas las ideas anteriores, y en un análisis de la situación y tradición españolas. El hecho del que se

La experiencia española



*El Servicio de
Orientación a la
Lectura (SOL) es un
recomendador
interactivo del libro.*

partió es un índice de lectura según el cual, aunque no deja de crecer en los últimos años, 56% de la población mayor de 14 años se declara lector, y 36% de éste es lector frecuente —cinco horas semanales—, porcentaje que sigue siendo bajo en relación con la media europea —70%—, debido a razones históricas, la tardía escolarización de la población y el déficit en la infraestructura cultural.

A partir de este dato objetivo, la Federación de Gremios de Editores de España (FGEE), que es la asociación que engloba la casi totalidad del mundo editorial privado, lanzó una campaña en pro de la acción continuada a favor de la lectura. La Federación se movió inicialmente en el plano político, consiguiendo que el Congreso Español votara por unanimidad, primero en febrero de 1999 y luego en febrero de 2001, resoluciones a favor del libro y la lectura que incluían, entre otras acciones, campañas imaginativas a favor de la lectura.

Con este fundamento político, la FGEE inició la preparación técnica de una campaña de fomento de la lectura que fuera distinta de una mera campaña de publicidad, que todos los expertos desaconsejaron, y con tal fin se consiguió que en el III Congreso de Editores de Bilbao estuvieran presentes los responsables públicos y privados del Año Británico de la Lectura, que fue el modelo a seguir. Se realizó un estudio cualitativo sobre la actitud de los españoles ante la lectura y un análisis de *marketing* estratégico que sirviera para modificar hábitos de consumo, y ambos condujeron a plantear las siguientes fases: 1) “Todos leen”, encaminada a sensibilizar a la sociedad sobre la trascendencia de la lectura, una acción permanente y lenta. 2) Fase denominada “compártelo”, encaminada a movilizar como prescriptores a los lectores habituales. 3) Fase “elige bien”, para lo que se ha creado, entre otras acciones, el Servicio de Orientación a la Lectura (SOL), servicio gratuito que funciona por Internet (el medio idóneo para un recomendador interactivo del libro), por teléfono y por vía postal, y que se describe más adelante.

Es de advertir que estas fases y lemas no son publicitarios ni de acción interna. Con este esquema se ha dise-

ñado una participación abierta en la que cada participante (empresa, municipio, comunidad autónoma, medio de comunicación) aporta su peculiar visión o perspectiva, o característica propia, con un mensaje particular. Dicho de otra manera, es importante que el público visualice que tal televisión o periódico, o que los fabricantes de refrescos apoyan la lectura, huyendo de un mensaje homogéneo que inevitablemente pudiera ser considerado autoritario o al menos dirigido políticamente.

1) Encuesta de hábitos

Queremos centrarnos ahora en algunos instrumentos de acción. Por un lado, las encuestas de hábitos de lectura y compra de libros, que tienen una doble finalidad: llamar trimestralmente la atención de los medios de comunicación sobre la lectura con el fin de generar debates, y disponer de un instrumento de medición equivalente al IPC en economía que nos permita analizar, de manera indirecta, la eficacia de las restantes acciones a favor de la lectura. En España se están consiguiendo estos objetivos, creándose con la encuesta de hábitos de lectura y compra de libros de la Federación de Gremios de Editores un instrumento de referencia, a la par que se siguen haciendo análisis cualitativos de lectura, bibliotecas, etcétera.

2) ¿Qué es el SOL? (página web: www.sol-e.com.
Tel.: 902-155-255.)

El Servicio de Orientación a la Lectura (SOL) es un proyecto dirigido, en esta primera fase de su desarrollo, a la población infantil y juvenil, que se lanzó en lengua española, y que posteriormente incluirá las producciones en las otras lenguas oficiales españolas (catalán, gallego, euskera, etcétera).

Sus objetivos fundamentales son:

- Ayudar a los lectores a encontrar la propuesta de lectura idónea en función de sus preferencias.

Especial relevancia de algunos instrumentos

Las encuestas de hábitos de lectura y compra de libros intentan llamar trimestralmente la atención de los medios de comunicación y disponer de un instrumento de medición.

El SOL es un proyecto que se fundamenta en no defraudar nunca al posible lector y partir siempre del propio libro como medio privilegiado para llegar a los libros.

- Permitir el encuentro entre el lector y los libros desde múltiples opciones.
- Generar el interés y la afición a la lectura a través de propuestas eficaces y divertidas.
- Crear más y mejores lectores.

El SOL es un *recomendador de lecturas*, no un *buscador de libros*. Por tanto, el valor de este servicio está en la calidad de su respuesta, fundamentada en la recomendación, que avalan las instituciones y personas que lo han realizado.

La selección de todo el material informativo acumulado en el SOL se basa en la labor del Centro Internacional del Libro Infantil y Juvenil de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, así como en la de multitud de prestigiosas instituciones y especialistas que han participado en su confección, ya que la FGEE, que es la impulsora de esta iniciativa, ha querido que la selección la realice una institución de prestigio independiente.

El SOL es un proyecto que se fundamenta en dos premisas: no defraudar nunca al posible lector, ofreciendo una selección de calidad incontestable, y partir siempre del propio libro como medio privilegiado para llegar a los libros. Y se completa con un amplio Banco de Recursos, destinado



preferentemente a los adultos —familias y profesionales de la lectura (docentes, bibliotecarios, editores, libreros...)—, con abundante y variada información sobre el mundo de la lectura. Contiene más de 30 000 entradas informativas distintas, basadas en 1 600 libros infantiles y juveniles y en más de 5 000 documentos.

El acceso a los contenidos del SOL puede realizarse por itinerarios adaptados a los distintos tramos de edad: lectores menores de 5 años acompañados; de 6 a 8, de 9 a 11, de 12 a 14 y de 15 a 18 años; y para adultos, familias, profesionales y lectores. Todos disponen de un escaparate con una selección de la oferta editorial, donde el usuario consulta novedades recomendadas, los más y los menos leídos, los preferidos por un autor o personaje famoso y los recomendados por los lectores, así como conocer datos curiosos o anecdóticos.

Para cada libro se ha creado un espacio de información y exploración: un resumen motivador, una “cuarta de cubierta” que el usuario encontrará siempre redactada en dos niveles: niños o jóvenes, y adultos. De muchos libros se puede leer un fragmento, ver alguna ilustración, saber si son novedades, si están recomendados por algún personaje famoso, si existen comentarios y críticas de otros usuarios... Del mismo modo, niños y adultos pueden recomendar esta lectura a un amigo o a los alumnos de su clase e incorporar su comentario personal.

El usuario del SOL puede también ir creando su biblioteca, ordenada por autores, títulos y editoriales, y anotar sus observaciones sobre la lectura. Además, es posible colocar en ese fichero el libro que más miedo le ha dado, el más emocionante, el más misterioso... Los libros se buscan por temas, géneros, personajes, autor, ilustrador, editorial y colección. Al usuario menos activo el SOL le ofrece recomendaciones en el Juego de la ruleta de libros y la posibilidad de escuchar a un cuentacuentos. Los mayores, a partir de 12 años, se reúnen en los Clubes del SOL: el club del humor, el club de la ciencia ficción, el club del amor, el club de misterio y terror o el club del cómic.

Al usuario menos activo el SOL le ofrece recomendaciones en el Juego de la ruleta de libros y la posibilidad de escuchar a un cuentacuentos.



En todas y cada una de sus secciones, el Servicio de Orientación a la Lectura ofrece una selección de materiales realizada por los mejores especialistas. El usuario adulto del SOL dispone de una Agenda de la lectura con información al día de conmemoraciones, cursos, conferencias, premios y reuniones profesionales; y de un directorio completo con referencias de organismos, instituciones, bibliotecas, librerías, editoriales y personas relacionadas con el mundo del libro y la lectura.

Los profesionales consultan un amplio catálogo de actividades de fomento de la lectura planteadas como recetas para realizar en diferentes contextos: campañas, clubes de lectura, presentaciones de libros, exposiciones, programas para bebés y para padres; y un extenso fondo de publicaciones sobre el libro, la lectura y áreas afines, con obras, documentos y artículos completos.

3) Concepto de lectura que se utiliza

Por último, quiero señalar que el concepto de lectura que se utiliza aquí tiene un sentido amplio, pues no se refiere exclusivamente a la literatura. Por supuesto, la literatura es la reina de la lectura, pero no se identifica totalmente con ella. La lectura de un periódico, de un artículo enciclopédico o de un cuadro macroeconómico también es lectura, y deben ser potenciados igual que la literatura.

Hasta el momento, junto con la acción de los editores, a través de la Federación de Gremios de Editores, en España han lanzado planes de fomento de la lectura el Ministerio de Educación, Cultura y Deportes (22 000 millones de pesetas en cuatro años), la Junta de Andalucía, el Principado de Asturias, la Junta de Extremadura, la Comunidad Autónoma de Cataluña, Valencia, FEMP, Coca-Cola, Tele 5, la Liga de Fútbol Profesional y numerosos medios de comunicación.

El hábito de la lectura en México

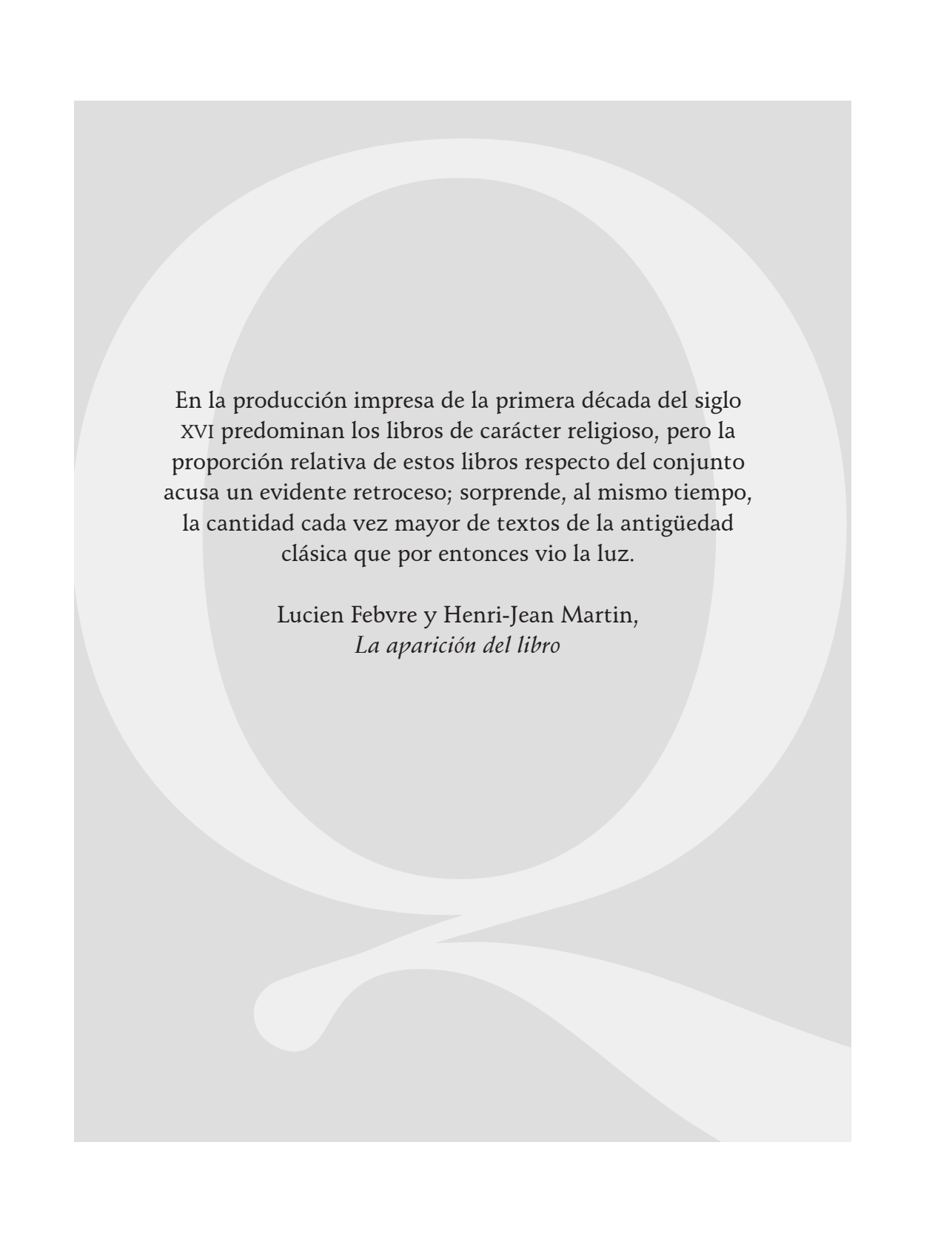
Bien sabido es que el hábito de la lectura en México es sumamente bajo. Existen diversos factores que explican esta situación: la baja escolaridad de los mexicanos (siete años), las deficiencias en la enseñanza de la lectura y la escritura, la insuficiencia de bibliotecas públicas desde el nivel primario y la competencia de la televisión.

La responsabilidad de esta situación recae en todos los actores de este problema. Desde luego en los gobiernos, también en los editores y en los libreros. Además, se va perdiendo la costumbre de que en las familias se lea con los hijos.

Yo encuentro necesarias las siguientes acciones para alentar el hábito de la lectura en México:



- 1) Mejorar la enseñanza de la lectura y la escritura.
- 2) Multiplicar las bibliotecas públicas y las escolares desde el nivel de enseñanza primaria.
- 3) Fomentar que los editores publiquen los libros pertinentes para nuestro mercado.
- 4) Multiplicar las librerías, procurando que las personas que las atiendan conozcan los libros.
- 5) Lograr una mayor colaboración de la radio y la televisión para dar a conocer los libros que se publican en México.



En la producción impresa de la primera década del siglo XVI predominan los libros de carácter religioso, pero la proporción relativa de estos libros respecto del conjunto acusa un evidente retroceso; sorprende, al mismo tiempo, la cantidad cada vez mayor de textos de la antigüedad clásica que por entonces vio la luz.

Lucien Febvre y Henri-Jean Martin,
La aparición del libro

Comercialización editorial

La comercialización es el último eslabón del proceso editorial —el primero es el autor— y todo parece indicar que es ahí donde se presentan los problemas más graves, conflicto que no es exclusivo de este país. La problemática es muy común e incluye a Latinoamérica y a algunos países europeos, pero del tema se habla muy poco y, por ende, resulta muy difícil repercutir en la opinión pública. Esto último tiene importancia porque, al parecer, sólo así se interferirá en políticas culturales que incluyan acciones como la comercialización, la promoción y la difusión.

En México esta realidad se debe a diversas causas que provocan que el problema se vea difuso y de muy difícil solución, entre otras, al aumento de editores que no ha ido a la par de la creación de comercializadoras, a las distancias territoriales que encarecen la producción y la comercialización, al estancamiento en diseño y procesos de impresión, a la recesión económica no confesada oficialmente y, sobre todo, a la idea de que en México no hay lectores. Las cifras, aun reales, suelen ser engañosas. Citemos lo más trillado: “en México no se lee...” Efectivamente, la frase no dista mucho de la verdad, pero podemos asegurar que sí existe una demanda, un consumidor potencial ya creado. Un buen distribuidor* debe regirse por un precepto en apariencia

* La comercialización implica la distribución. El distribuidor se encarga de analizar, revisar los títulos y puntos de venta. Es quien decide el destino comercial de los libros.

Cada libro requiere un lector, el problema radica en encontrarlo.

muy simple: “Cada libro requiere un lector, el problema radica en encontrarlo”.

Empero, para hablar de los problemas de los editores mexicanos necesariamente debemos partir de dos realidades, dos mundos distintos: el de las grandes empresas que se dedican, principalmente, a ediciones de fácil comercialización; y el de las medianas o pequeñas editoriales independientes o institucionales, dedicadas a la cultura y a la academia. Las primeras están debidamente registradas en la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (Caniem), cuentan con un área de distribución profesionalizada y editan libros de todo tipo: filosofías alternativas, espectáculos, pornografía, entretenimiento, ciencia, cultura y academia —muy pocas—, textos escolares, entre otros. Las segundas, salvo excepciones, no pertenecen a la Caniem. De ahí que no puedan ser cuantificadas y, por ende, no aparezcan en las cifras oficiales. Son inexistentes en las estadísticas editoriales, pero se calcula que suman más de 350 editores —identificados— de materiales culturales y académicos; aún más: con posibilidades de comercialización nacional e internacional. Pese a todo, la mayor parte de esos tirajes no salen de las bodegas.

En el país contamos con dos tipos de comercializadoras editoriales: las grandes empresas que ofertan productos de fácil desplazamiento y que, por lo tanto, ignoran los libros de nuestro interés, ya que sus puntos de venta no son los adecuados y, en los casos de excepción, requieren de grandes tirajes, por lo que el editor debe comprometerse a promocionar el producto. El segundo caso es Educal, empresa que se dedica a la comercialización editorial —cultura y academia— y depende de Conaculta. Cuenta con 55 puntos de venta propios y es la red de librerías culturales más grande de la República. Es importante puntualizar que estas comercializadoras se ubican en la ciudad de México. En los estados se han creado dos o tres pequeñas empresas que surten las ediciones locales en la misma región.

Editar y comercializar el producto son procesos muy caros. Tanto para el editor como para el comercializador.

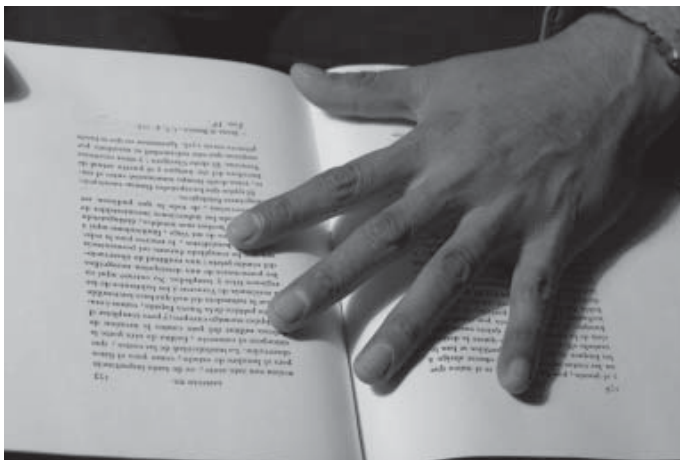
Educal se dedica a la comercialización editorial y depende de Conaculta.

El primero tiene que sacrificar alrededor de 50% del precio de portada del ejemplar vendido y entregar sus libros a consignación. El distribuidor requiere sufragar una estructura empresarial muy onerosa —instalaciones y servicios: bodegas, maquinaria, oficinas, vehículos, envíos foráneos, mensajería, telefonía... recursos humanos— sin asegurar la venta. Es decir, la comercializadora editorial debe cubrir los gastos que el editor no puede sufragar, por lo que solicita una comisión sobre la venta. Estos procesos conllevan riesgos para ambas partes: editor y distribuidor tienen que trabajar en confianza porque el resultado queda a futuro.

Es necesario hablar de porcentajes: de un libro vendido que cuesta 100 pesos al editor le quedará 50%, y el resto, el comercializador tendrá que dividirlo en un mínimo de 30% —la cantidad es variable— para el librero, en gastos de operación y en una muy simbólica utilidad, siempre y cuando el título tenga éxito comercial. Es decir, si sólo se comercializan unos cuantos ejemplares por título, no habrá utilidad sobre el producto. Por si esto fuera poco, la empresa necesita prestigiarse a través de un buen servicio que no le garantiza utilidad e invirtiendo en publicidad.

Estos costos —de ambas partes: editor y distribuidor— encarecen el producto y significa, por ejemplo, que

La comercializadora editorial debe cubrir los gastos que el editor no puede sufragar, por lo que solicita una comisión sobre la venta.



un ejemplar que sale de imprenta con un costo de 25 pesos se ofrezca al consumidor potencial a 75 pesos (37.50 para cada uno). De esta cantidad, el editor restará el costo inicial (25 pesos) y obtendrá una utilidad de 12.50 por ejemplar vendido; el distribuidor, por su parte, se quedará con un porcentaje menor. Atención: no hablamos de tirajes sino de libro comercializado.

La realidad es grave para las editoriales y también para las comercializadoras —me refiero a quienes se ocupan de la cultura y a la academia—. El oficio editorial y su comercialización, en este siglo XXI, todavía implica problemas y riesgos.

exlibris_mx@yahoo.com

Alejandro Zenker. México, D.F. (1955). Editor, traductor y fotógrafo. Director general de Solar, Servicios Editoriales y Ediciones del Ermitaño, realizó sus estudios de pedagogía en Alemania y de traducción en El Colegio de México. Entre muchos otros cargos y actividades fue fundador y presidente de la Asociación de Traductores Profesionales (ATP) y del Consejo de la Federación Internacional de Traductores, en cuyo marco presidió el Comité para los Centros Regionales y fundó el Centro Regional de los Países del Norte de América (México, Estados Unidos y Canadá). Fue director general del Instituto Superior de Intérpretes y Traductores y prosecretario de la Asociación Mexicana de Lingüística Aplicada (AMLA). Es director de la colección *Minimalia*, de la revista *Quehacer Editorial* y editor de la revista *Transgresiones*. Promotor y director del Pabellón Tecnológico de la Feria Internacional del Libro en Guadalajara, ha sido entusiasta difusor del uso de las nuevas tecnologías en el medio editorial.

Lauro Zavala. México, D. F. (1954). Profesor-investigador titular del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana (Xochimilco) desde 1984. Doctor en literatura hispánica en El Colegio de México y miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 1994. Autor de 6 libros y 15 antologías, entre las que destaca *Teorías del cuento* (UNAM, 1993-1998). Organizador del Primer Encuentro Internacional de Minificción, y director de la revista electrónica de investigación *El Cuento en Red. Estudios sobre la Ficción Breve*. Coautor de 36 libros publicados en Estados Unidos, Inglaterra, España, Francia y otros países. Sus libros sobre cuento más recientes son *Relatos mexicanos posmodernos* (Alfaguara, 2001); *Relatos vertiginosos (Antología de cuentos mínimos)* (Alfaguara, 2000); *La ciudad escrita (Humor e ironía en el cuento urbano)* (El Ermitaño, 2000); *La palabra en juego (Antología del nuevo cuento mexicano)* (UAEM, 1999), y *Borges múltiple* (con Pablo Brescia, UNAM, 1999).

Jorge Aller. Estudió sociología en Madrid y participó en diversas investigaciones sociológicas. Más tarde se pasó al ámbito de la edición, donde fue recorriendo las múltiples tareas del editor en colaboración con numerosas editoriales e instituciones de España y de México. Ha publicado artículos de análisis literario en varias revistas españolas y mexicanas. Escribe cuentos para niños y para adultos, y poesía; también ha incursionado en la traducción. Recientemente coordinó y prologó el volumen *El libro y las nuevas tecnologías. Los editores ante el nuevo milenio*, que se presentó en la FIL de Guadalajara (2001).

Mónica Mansour. Escritora, investigadora y traductora. Ha publicado libros de poesía, de cuento, una novela y muchos ensayos sobre literatura hispano-americana contemporánea. Su poesía y sus cuentos se han traducido e incluido en antologías de varios países.

Miriam Martínez Garza. Licenciada en letras modernas inglesas por la UNAM y el Blackburn College. Ha sido profesora universitaria y colaborado en diversas editoriales. Actualmente es editora de Grijalbo.

Laura Lecuona. México (1968) Estudió filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Se inició en el trabajo editorial en el Departamento de Publicaciones del Instituto de Investigaciones Filosóficas y durante varios años se dedicó a la traducción del inglés, corrección de estilo y lectura de pruebas en editoriales como Diana, Fondo de Cultura Económica y la UNAM. Desde 1995 es coordinadora editorial de Paidós Mexicana y responsable de la incorporación de autores mexicanos a su catálogo, con cerca de setenta títulos hasta la fecha; entre dichos autores se cuentan María Bertely Busquets, Isabel Cabrera, Marina Castañeda, Adolfo Castañón, Ángel Díaz Barriga, Fernando Escalante Gonzalbo, Fátima Fernández Christlieb, Luis González de Alba, Juliana González V., León Olivé, Víctor Roura, Eusebio Ruvalcaba, Marta Torres Falcón, Luis Villoro y Naief Yehya.

Juan Alfonso Castillo Burgos. Yucatán, México (1937). La escuela lo acogió hasta el tercer año de primaria, pero la vida le dio el título de autodidacta en las más diversas actividades, músico, cirquero y farmacéutico, hasta que en 1959, con el oficio de barrendero, obtuvo su pase al mundo de los libros en Editorial Iztaccíhuatl, donde en 1961 es nombrado gerente de ventas en la sucursal de la ciudad de Monterrey. Catorce años después, se independiza y funda Librerías Castillo y, posteriormente, en 1977, Ediciones Castillo. Consejero de la Cámara de Comercio de Monterrey, consejero del suplemento *Sierra Madre* del periódico

El Norte, presidente del Club Rotario del Valle, presidente de la Asociación de Profesionales del Libro de Monterrey, socio del Club Industrial. Activo promotor cultural, difunde la obra de escritores de Nuevo León, para lo cual ha organizado eventos y premios que lo constatan: premios internacionales de novela, Premio Alfonso Reyes, Premio Nacional de Pedagogía, Premio de Literatura Infantil y Juvenil; y desde 1992 se dedica a la producción de libros de texto para primaria y secundaria.

Miguel Ángel Tenorio. México, D. F. (1954). Dramaturgo, ganador de varios premios. Entre sus obras más importantes se encuentran *Cambio de Valencia*, *En español se dice abismo*, *Colgar la vida*, *Del hombre del sureste*. De su teatro para niños destacan: *Detrás de una margarita*, *El cielo nuestro que se va a caer*, *Yo seré tu serafín*, *Para jugar con un sombrero* y *La hora de los espantos y aparecidos*. En televisión tuvo dos programas exitosos: *Los cuentos de María Luisa* y *Kolitas*. Entre sus libros para niños están: *Que sí, que no, que todo se acabó* y *Los piratas de Campeche*. En radio, desde 1993, *Instantáneas de la ciudad* ha sido un programa transmitido por Radio Educación. Lo más reciente: su radionovela interactiva para niños *Estamos en la Mensa o el Paraíso Terrenal*. Fue gerente general de la Televisión de Oaxaca de 1995 a 1998.

Juan Domingo Argüelles. Quintana Roo, México (1958). Poeta, ensayista, crítico literario y editor. Estudió lengua y literatura hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado doce libros de poesía y cinco de estudios y ensayos literarios, entre ellos, *Como el mar que regresa*, *Canciones de la luz y la tiniebla*, *Agua bajo los puentes*, *Animales sin fábula* y *El vértigo de la dicha: diez poetas mexicanos del siglo XX*. Preparó y prologó diversas antologías literarias de divulgación, además de ediciones selectas de Honoré de Balzac, Benito Pérez Galdós, Augusto Monterroso, etc. Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta, Premio de Ensayo Ramón López Velarde, Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen y Premio Nacional de Poesía Aguascalientes. Ha sido coordinador de publicaciones periódicas de la Dirección General de Publicaciones de Conaculta y subdirector de la revista *Tierra Adentro*. Es columnista de varios diarios.

Alexandro Roque. San Luis Potosí, México (1971). Licenciado en ciencias de la comunicación y maestro en diseño gráfico por la UASLP. Periodista, artista gráfico y escritor. Actualmente es jefe de Divulgación y Publicaciones de El Colegio de San Luis, A.C. Algunas de sus publicaciones: *Un regalo para María*, *Desplegar las alas* (ISSSTE Cultura, 1995); *Miradas ajenas*, *Cuentos tipográficos y otras prosas sépticas* (ICSLP, 2000), *Promoción cultural en San Luis Potosí. El legado de Rogelio*

Hernández Cruz (ICSLP, en prensa). Ha recibido varios premios en pintura, cuento y periodismo. Becario individual del Fondo de Apoyo a la Superación del Periodismo Potosino (1994) y del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes (1997).

María Eugenia de la Vega García. (1947). Licenciada en filología, Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana, Cuba. Trabaja para Editorial Pueblo y Educación, del Ministerio de Educación. Profesora de la cátedra de historia del arte en la Escuela Provincial de Arte (1969-1971). Correctora, redactora y editora, jefa de redacción de Artes y Letras, Editorial Pueblo y Educación (1971-1994). Jefa de redacción de la revista *Educación* (1994).

Antonio María Ávila Álvarez. Doctor en derecho. Profesor de derecho político, comercio exterior y política comercial en universidades e institutos españoles. Autor de numerosas publicaciones sobre la materia en *ICE*, *BISE*, *Noticias de la Unión Europea*, etc., y de libros: *Manual práctico de comercio exterior* (Tecnos), *Regulación del comercio internacional tras la Ronda de Uruguay* (Tecnos), *Política comercial de la Unión Europea* (Pirámide). Premio extraordinario de Licenciatura de Derecho (1979), secretario general de Comercio Exterior (1982-1987), asesor ejecutivo del secretario de Estado de Comercio (1987-1992), asesor del secretario de Estado de Hacienda (1992-1997), vicesecretario general técnico de Economía y Hacienda (1997), director ejecutivo de la Federación de Gremios de Editores de España (1997-2002).

Miguel de la Madrid Hurtado. Colima, México (1934). Licenciado en derecho por la UNAM. Laboró en el Banco Nacional de Comercio Exterior y, poco tiempo después, en el Banco de México. En 1964, es subdirector auxiliar de Crédito en la Secretaría de Hacienda, y más tarde subdirector general. En 1970, subdirector de Pemex, y en 1972, director general de Crédito de la Secretaría de Hacienda. En 1975 subsecretario de Hacienda y Crédito Público, y en 1979, secretario de Programación y Presupuesto. Recibió el poder presidencial mexicano el 1 de diciembre de 1982 y gobernó hasta el 1 de diciembre de 1988. De 1990 al 2000 dirigió el Fondo de Cultura Económica.

Lourdes Cervantes Cota. Culiacán, Sinaloa (1954). Estudió la licenciatura en periodismo y tiene estudios de maestría en sociología. Se dedica a la administración cultural, escribe cuento y artículos culturales e imparte talleres de literatura. Actualmente labora en Educal-Conaculta como coordinadora de Publicaciones de los Estados y coordinadora de Videoteca Universal Conaculta.

Títulos de la colección

1. Felipe Garrido, *Tepalcates*
2. Alejandro Ramírez, *Entre mitos y flautas*
3. Eugenio Aguirre, *Ángeles y Demonios*
4. Alejandro Sandoval Ávila, *Agua zarca*
5. Ana María Jaramillo, *La curiosidad mató al gato*
6. Carlos Mongar, *Fragmentos sin fondo*
7. Virginia Jackson, *Géminis/Gemini*
8. Ricardo Bernal, *Metafísica del aborto*
9. Cristina de la Concha, *Historia de una perdida y otros cuentos*
10. Héctor Perea, *Aguasvivas*
11. Víctor Sandoval, *Coplas que mis oídos oyeron*
12. María Velázquez, *Aun sin saber quién eres. Cuentos, relatos y alebrijes*
13. Eugenio Aguirre, *Los perros de Angagua*
14. Saúl Ibargoyen, *Poeta en México City*
15. Luis Ignacio Helguera, *Ígneos*
16. Alejandro Ramírez, *Tiempo de cuentos*
17. Cristina Gómez, *Puentes bajo el asfalto*
18. Sex-Teto y otras piezas para cuatro manos
19. Blanca Martínez, *Cuentos del Archivo Hurus*
20. Francisco Segovia, *Rellano*
21. Vueltas de tuerca, *Cuentos de escritores politécnicos*
22. Felipe Garrido, *Voces de la Comarca*
23. Hélène Monette, *Montréal brûle-t-elle? ¿Arde Montreal?*
24. Arduo Suaves, *Canutero*
25. El surco y la palabra, *Literatura emergente de Aguascalientes*
26. Óscar Edmundo Palma, *Periodismo en crisis*
27. Alí Chumacero, *Poeta de amorosa raíz*
28. Iván Portela, *Cantos de fuego (Cantos ivánicos)*
29. Luis Reyes de la Maza, *Juan Xóchitl I (El pontífice mexicano)*
30. Iliana Godoy, *Secreter*
31. Otto-Raúl González, *Sea breve*
32. Animalia, *Bestiario fantástico*
33. Hugo Gutiérrez Vega, *Lecturas, navegaciones y naufragios*
34. Águeda Pía Fernández, *Una mujer en vilo*
35. Adolfo Castañón, *El reino y su sombra. En torno a Juan José Arreola*
36. Saúl Ibargoyen, *Bichario*
37. Mónica Mansour, *Poema para Silvia/ Nómada de mí*
38. Luz Elena Cabrera, *Abelardo y Heloísa. El arte de la pasión*
39. María Guerra, *Vocación de viento*
40. León Guillermo Gutiérrez, *No mueras esta noche*
41. Aníbal Rodríguez Silva, *Memoria de escriba*
42. Eduardo Zambrano, *A ras de todo*
43. Patricia Jacobs, *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y otros pueblos del Levante*
44. Pablo López, *El amor en pocas palabras*
45. Javier Contreras Villaseñor, *Cuadernos de humo*
46. Alejandro Ramírez, *Color de noche*
47. *Poesía ensayo y crítica en la vida de Ramón Xirau*
48. Eduardo Lizalde, *Las huellas del tigre*
49. La ciudad escrita, *Lauro Zavala*
50. Con Augusto Monterroso *en la selva literaria*
51. Mercedes Martínez Torres, *Clave de Sol y niebla*
52. Enrique Héctor González, *Anfropiflume*

Títulos de la colección

53. Águeda Pía Fernández, *En lo alto. Estampas de México y Europa (1939-1975)*
54. Jade Castellanos Rosales, *De locas por la gran ciudad*
55. Elia Espinosa, *Poemas de la distancia*
56. Saúl Ibargoyen, *Graffiti 2000*
57. Pablo Aveleyra, *Memoria que dura*
58. Teresa Aveleyra, *Mi cuervo azul*
59. Teresa Aveleyra, *Cabo y rabo*
60. Teresa Aveleyra, *Cuentos de dichos y hechos*
61. Teresa Aveleyra, *Pasos por el mundo*
62. Teresa Aveleyra, *El secreto de Lady Lucy*
63. Miguel Ángel Tenorio, *Instantáneas de la ciudad. Antología*
64. Carla Pataky, *Estancias*
65. María Velázquez, *Cosas que todavía existen. Cuentos, narraciones y sucesos*
66. Eko, *Denisse*
67. Arturo Azuela, *Extravíos y maravillas*
68. Alejandro Tarrab, *Centauros*
69. Encuentro de poetas, *Oaxaca 2000*
70. Teresa Aveleyra, *Carne de boiler*
71. Pablo Aveleyra, *Revoltijo*
72. Alejandro Osorio Ibáñez, *Agua lunar*
73. Poetas del mundo latino, *Oaxaca 2001*
74. Hernán Bravo Varela, *Comunión*
75. Jade Castellanos, *Riscorso*
76. María Luisa Erreguerena, *Un poco de alma*
77. La rebelión de los desobedientes, *Veinticinco años de poesía cubana*
78. Pablo Aveleyra, *Onirografías*
79. Voces de los Arcanos, *Antología de cuentos*
80. Federico Hernández Aguilar, *Último divorcio de Blannieves y otros cuentos*
81. Javier de la Mora de la Peña, *Toda la flor del Universo*

Separadores

1. Eko, *Los separadores de Minimalia*
2. Carlos Ranc, *Para ver antes de ir a la cama (taedium vitae)*
3. Marco Antonio Campos, *Antología del verso único*

Género y salud sexuales

1. *Derechos sexuales y reproductivos de niñas y niños desde una perspectiva de género*
2. *Masaje clásico terapéutico*, Socorro Rocha
3. *Agenda erótica femenina 1998, 1999, 2000, 2001 y 2002*
4. *Agenda erótica masculina 2001*
5. *Agenda erótica femenina 2004*

Títulos de la colección

Breviarios

1. Víctor Roura, *El destino del telegrama*
2. Arduo Suaves, *Canutero de España. Periquetes de literatura*
3. Andrés García Barrios, *Crónica del alba*
4. Alberto Blanco, *Más de este silencio*
5. Arduo Suaves, *Canutero de Brasil. Periquetes de literatura*
6. Arduo Suaves, *Los periquetes editoriales y otro tipografitis*
7. Arduo Suaves, *Canutero de Cuba. Periquetes de literatura*
8. Arduo Suaves, *Canutero de Quebec. Periquetes de literatura*

Infantil

1. Pedro Bayona, *Historias de cocodrilos*

Cómic

1. Jaime López y Felipe Ehrenberg, *Rolando Trokas. El trailero intergaláctico*

Erótica

- | | |
|--|---|
| 1. Gustavo Sainz, <i>Batallas de amor perdidas</i> | 7. Rafael Ramírez Heredia, <i>Aprisionarte quisiera</i> |
| 2. Edmée Pardo, <i>Flor de un solo día</i> | 8. Mauricio Molina, <i>El último refugio</i> |
| 3. Hernán Lara Zavala, <i>Muñecas rotas</i> | 9. Huberto Batis, <i>Amor por amor</i> |
| 4. Alberto Ruy Sánchez, <i>La huella del grito</i> | 10. Jorge F. Hernández, <i>Milonga para una intrusa</i> |
| 5. Josefina Estrada, <i>Te seguiré buscando</i> | 11. Poli Délano, <i>La película clara</i> |
| 6. Guillermo Samperio, <i>Despedrada</i> | 12. Andrés de Luna, <i>El aprendizaje</i> |

Yo medito, tú me editas

1. *El libro y las nuevas tecnologías. Los editores ante el nuevo milenio*, Varios
2. *Flashes sobre escritores y otros textos editoriales*, Jorge Herralde

Revistas

Transgresiones, núm. 0 y 1

Quehacer editorial, núm. 1, 2 y 3

Si deseas estar al tanto de nuestras publicaciones suscríbete gratuitamente a nuestro boletín poético **Literalia** enviando un correo a literalia-subscribe@yahoogroups.com o a minimalia@solareditores.com



Ediciones del Ermitaño

• Traducción • Diseño • Revisión y marcaje de originales • Tipografía y formación
• Cuidado editorial • Impresión digital en negro y a color • Impresión en offset
convencional • Impresión en gran formato (plotter) • Creación de libros
electrónicos (e-book) • Producción de manuales • Administración de la información
• Encuadernación y acabados

Calle 2 número 21, San Pedro de los Pinos, 03800 México, D.F. / solar@solareditores.com
Teléfono y fax (conmutador): 5515-1657 / www.solareditores.com

33 años de edición independiente

XX PREMIO IBERALDE DE LINGÜÍSTICA Ganador ARISTIDELE OLIVETTI <i>El mal de Montano</i> Montano, 1998  Finalista MARCOLO OLIVETTI <i>El rastreo</i> París, 1998  ANAGRAMA	Paranormo de narrativs IAN McEWAN  <i>"Quèdrem?"</i> (Català) (Liquidat) <i>"Una altra història"</i> <i>(Obituaris)</i> (Liquat) <i>"La major novel·la de Ian McEwan"</i> <i>(Times Literary Supplement)</i> ANAGRAMA	Poesia de narrativs W. G. SEBALD  <i>"Nostalgia el bany del aigua calda"</i> (El País) <i>"Una de les condicions prèvies hauria d'existir i conviuria amb les altres condicions"</i> (Públic Català) <i>"Nostalgia és un verb que denota que se l'ha d'afegir a la traducció, no a la traducció, sinó a la traducció, sinó a la traducció, sinó a la traducció"</i> (Claus Verlag) ANAGRAMA	H.M. ENZENSBERGER Premi Príncep de Astúries de Comunicació i Humanitats Model·la de Cus del Círculo de Bèl·les Artes de Stock II  <i>"Bèl·les Artes, Bèl·les Artes, un ballar impalpable. Compta perquè pugem estar connectats amb la literatura i la vida"</i> (Jochen Heide, Frankfurt, Deutschland) ANAGRAMA	Poesia de narrativs MICHEL HOUELLEBECQ <i>"La més provocativa novel·la del segle XXI"</i> <i>"Les partícules elementals"</i> <i>y "Ampliació del concepte de bel·lesa"</i> MICHEL HOUELLEBECQ <i>Plataforma</i>  ANAGRAMA
--	---	---	---	---

El libro y las nuevas tecnologías

*Los editores
ante el nuevo milenio*



María Luisa Armendáriz • Pedro Bayona • Adolfo
Castañón • Luis G. Coda • Sandro Cohen • Silvia
Isabel Gámez • Daniel Goldin • Sergio González
Rodríguez • Tomás Granados Salinas • David
Gutiérrez Fuentes • Jorge F. Hernández • José
Francisco Hernández • Julio Hubbard • Jaime
Labastida • Fernando Macotela • Víctor Manuel
Mendiola • Mauricio Molina • Ricardo Nudelman •
Philippe Ollé-Laprune • Ricardo Pacheco Colín •
Braulio Peralta • Alejandro Ramírez • Víctor
Salamanca • Marisol Shulz Manaut •
Alejandro Zenker

Pedidos al 5515-1657 o a solar@solareditores.com

www.solareditores.com



XVII Feria Internacional del Libro de Guadalajara



del 29 de noviembre al 7 de diciembre de 2003
Expo Guadalajara

www.fil.com.mx



Quehacer
Editorial

www.solareditores.com

Suscripción anual

Costo de la suscripción en México	\$ 500.00
Costo de la suscripción internacional (en dólares)	\$ 100.00

Nombre: _____

Domicilio: _____

Ciudad: _____

Código Postal: _____ Teléfono: _____

Giro postal núm.: _____

A favor de Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.

* El costo de la suscripción incluye los gastos de envío por correo aéreo. No se aceptan cheques personales.

Para mayores informes dirigirse a: www.solareditores.com/maryc@solareditores.com

erótica

Libros que abren un nuevo
y original espacio en donde
el texto erótico se funde
con las imágenes de los propios
escritores y poetas acompañados
de la presencia inquietante de
la desnudez femenina.



Pedidos al 5515-1657 o a solar@solareditores.com
o en nuestra tienda virtual www.solareditores.com

Año I, Número 0, enero-marzo de 2003

TRANSGRESIÓN ES

Revista de literatura y erotismo

www.solareditores.com



Gustavo Sainz
Diane Ackerman
Ramón Gómez de la Serna
Mauricio Molina
Alberto Ruy Sánchez
Alejandro Zenker

Número 1

TRANSGRESIÓN ES

Literatura y erotismo

www.solareditores.com



José Luis Cuevas
Francisco Hernández
Alejandro Zenker
Huberto Batis
Eko
Georges Devereux
Agustín Monsreal
Minerva Margarita Villarreal

erótica

LA EXPRESIÓN GRÁFICA Y LITERARIA DEL EROTISMO es una de las manifestaciones más claras del grado de madurez y libertad social, cultural e individual que ha alcanzado un pueblo. Partimos de esta tesis básica para fundar *Transgresión ES*, una revista no sólo lúdica dedicada al erotismo en todas sus manifestaciones, sino también un instrumento de experimentación, análisis y debate.

Pedidos al 5515-1657 o a solar@solareditores.com
o en nuestra tienda virtual www.solareditores.com



FIL 2002 30 de noviembre - 8 de diciembre, EXPOGUADALAJARA

HEIDELBERG lleva la revolución

Además, te invitamos al lanzamiento de nuestra nueva solución digital en blanco

digital del color a la industria editorial.

y negro, ahora más rápida y eficiente que nunca. ¡Te esperamos!

Heidelberg México S. de R.L. de C.V.
Oficina México: (0155) 5366-3666
Oficina Guadalajara: (0133) 3818-0700
Oficina Monterrey: (0181) 8150-2500
hmx_marketing@mx.heidelberg.com

HEIDELBERG



XXIV Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería

Tacuba núm. 5, Centro Histórico, Ciudad de México - 20 de febrero al 2 de marzo / 2003

Estados invitados: Baja California, Sonora y Baja California Sur

<http://feria.mineria.unam.mx>

Universidad Nacional Autónoma de México / Facultad de Ingeniería



La producción se realizó íntegramente
en las instalaciones de
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
5515-1657
solar@solareditores.com

www.solareditores.com

En su composición se utilizaron tipos Eras y Schneidler Light
de 8, 9, 10, 11, 12 y 14 puntos

El Tipo Schneidler, usado en la colección *Minimalia*,
se basa en la tipografía de los impresores venecianos
del periodo renacentista y comparte con ella su gracia,
belleza y proporciones clásicas. Es un tipo fino y legible
tanto para textos extensos como para carteles y folletos.
Una de las características más originales de esta fuente
son sus signos de interrogación. F. H. Ernst Schneidler,
diseñador de fuentes y maestro tipógrafo, concibió
originalmente la *Schneidler Old Style* en 1936
para la Fundidora Bauer.



QUEHACER EDITORIAL es una revista especializada, en proceso de transformación desde su nacimiento, dirigida no sólo a los editores o a quienes se conciben como tales, sino a todos los que componen la cadena de producción y el ciclo de vida del libro: autores, traductores, correctores, tipógrafos, diseñadores, distribuidores, libreros, promotores, bibliotecarios, en fin, ese amplio mundo de especialistas que hace llegar la palabra del autor al lector y que hemos convocado a constituir el Instituto del Libro y la Lectura.

La revista se propone como un foro abierto de información, análisis y debate en torno al libro en una época de rápida evolución, no sólo tecnológica, sino también política, cultural y social. Queremos contribuir a la preservación del libro en cualquiera de sus soportes presentes y futuros, y a su progreso e innovación. Percibimos el libro como una herramienta para el desarrollo de la cosmovisión de la humanidad, tanto desde el punto de vista de la adquisición de conocimientos, como de la recreación y el goce hedonista, lúdico.

El libro ha pasado por muchas revoluciones. La que hoy vivimos es quizás una de las más impactantes, una de las que más han calado en nuestro quehacer. Esperamos colaborar con quienes comparten el oficio de hacer llegar la palabra del autor al lector, para comprender mejor la época que nos tocó vivir y saber no sólo adecuarnos a lo que la tecnología y las transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales nos imponen, sino aventajarlas, adelantarnos a los tiempos y hacer propuestas que favorezcan, ante todo, la lectura.



Ediciones del Ermitaño

MINIMALIA es una colección que aprovecha y explora las nuevas tecnologías de composición y producción digital con el fin de crear nuevos paradigmas que lleven la palabra del autor al lector.

www.solareditores.com